



TAMARA

Gill



SER ATREVIDA
CONTIGO

LIGA DE CABALLEROS INCASABLES. LIBRO 4

SER ATREVIDA CONTIGO

LIGA DE CABALLEROS INCASABLES. LIBRO 4

TAMARA GILL

Traducido por
JORGE RICARDO FELSEN



ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)

[Otras Obras de Tamara Gill](#)

[Acerca de la autora](#)

CRÉDITOS

Ser Atrevida Contigo
Liga de Caballeros Incasables. Libro 4
Copyright 2021 por Tamara Gill
Portada Wicked Smart Designs
Editor Grace Bradley Editing
Todos los derechos reservados

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

SINOPSIS

Evie Milton sabe que nunca se casará. Pero eso no significa que no pueda celebrar el compromiso de su hermana con Finlay Stone, duque de Carlisle. Hasta que la futura esposa se vaya con el hombre equivocado, claro. Ahora, si tienen alguna esperanza de evitar un escándalo devastador, Evie y Finlay deberán encarrilar a la novia fugitiva. Y Evie tendrá que ignorar de alguna manera su creciente atracción por el apuesto duque que nunca podrá ser suyo ...

Para evitar la desheredación, Finlay necesita una esposa, y ahora la necesita. Encontrar una pareja no era muy difícil. Sin embargo, retenerla era otra historia. Ir tras la mocosa era su última opción. Lo que nunca esperó fue lo que empezaría a sentir por Evie. Es hermosa, amable, madura ... y una novia completamente inadecuada. Si tan solo pudiera convencer a su corazón de eso ...

Todo lo que se necesita es un beso espontáneo para esparcir al viento sus mejores intenciones. Pero a medida que surgen secretos y se revelan las verdades, ¿podrán Evie y Finlay encontrar el camino hacia la felicidad para siempre, o su perversa relación está condenada a terminar en un desamor?

CAPÍTULO UNO

1827, Marlborough, Wiltshire

Finley Stone, duque de Carlisle, miró fijamente a su abogado. No creía lo que le habían dicho. Su padre no controlaría su vida, incluso después de la muerte. Su decreto no se cumplirá.

—Disculpe, Smithers, pero ¿puede repetir lo que acaba de decir? Estoy seguro de que no escuché correctamente.

Su abogado se aclaró la garganta y volvió a levantar el pergamino. —Ha sido duque durante un año, desde que su padre descansa en paz. Sin embargo, ahora tengo la libertad de decirle que su padre estipuló su testamento que, si no se casa dentro de un año de su muerte, tiene sesenta días desde el aniversario de su fallecimiento para hacerlo. Si no cumple con esta estipulación, la mayor parte de su fortuna, el dinero y cualquier activo no implicado, se revertirá a su primo, Andrew Stone de Kent.

Finn se reclinó en su silla, pasando una mano por su cabello. Su mente se resistía a la idea de casarse. Por no hablar de lo que se suponía que debían hacer los hombres con el sexo opuesto. La idea de verse obligado a realizar esa ocupación lo aterrizzaba y lo emocionaba. Pero más lo aterrizzaba.

—Así que mantendría Carlisle Hall en Wiltshire, pero no tendría dinero para mantener la propiedad en funcionamiento, aparte de los ingresos que produce, que todos sabemos que no es suficiente.

—Eso es correcto, Su Excelencia. Como propietario de varias propiedades rentables, perderlas y que pasen a ser de su primo le afectaría económicamente de forma importante. Y tendría consecuencias devastadoras para aquellos que dependen de sus propiedades para su sustento. Le sugiero que se case de inmediato, conserve sus activos y asegure su futuro lo antes posible.

¿Una esposa? Se le encogió el estómago y se volvió para mirar por la ventana. No podía perder su hogar, el único lugar que había amado. Dios sabe que su malvado padre había estado demasiado ocupado paseando por Londres como para preocuparse por su familia en casa.

Su madre había fallecido cuando él tenía ocho años y su padre rara vez se había preocupado por él. Finn había prometido ser una mejor persona que eso. Alguien a quien sus sirvientes y amigos respetarían, un propietario que fuera confiable y no frívolo.

—Bueno, entonces supongo que tengo que volver a Londres y encontrar una novia.

Su abogado se aclaró la garganta y Finn miró hacia arriba, encontrándose con su mirada. —¿Hay algo más que deba tener en cuenta, Smithers?

Su padre ha decretado que debes buscar esposa aquí en Wiltshire. Preferiblemente alguien de Marlborough. Ha decretado que se case con una mujer de su condado de origen, ya que pensó que sería mejor para el personal que tuvieran una ama que esté familiarizada con el área y la gente

local.

Finn miró fijamente a su abogado. ¿Estaba loco su padre? Muy posiblemente, antes de su muerte su mente se había descarriado en Londres. Sin duda, Finn había pensado que su sire había perdido la cabeza. ¿Pero una esposa de Woodstock? Solo había dos familias nobles viviendo cerca, si es que podía llamarlas así.

Una familia tenía varias hijas, todas ellas menores de diez años. Ellos no contaban. La segunda familia, los Miltons... Finn trató de recordar la dinámica de la familia. El padre era un caballero que vivía de los ingresos de su pequeña propiedad. Dudaba que hubiera dote para alguna de las chicas. Sin embargo, tenían un hijo, aunque todavía llevaba abrigos cortos.

—En efecto, mi padre dice que necesito casarme con una de las chicas de Milton, que si recuerdo bien son dos.

Smithers asintió con la cabeza, se sentó en la silla frente a su escritorio y revisó el papeleo en su cartera de cuero. —Eso es correcto, su Excelencia. La mayor de las señoritas Milton está más allá del matrimonio, pero su hermana menor, Lucy, no.

—¿Quién es la señorita Milton mayor de nuevo? —Preguntó Finn, un rostro resonando en su mente desde la temporada pasada cuando estaba en la ciudad.

—Ah —dijo Smithers, buscando más en el papeleo. La Señorita Evie Milton. Creo que es amiga de la duquesa de Whitstone y de su esfera social.

Una visión de una belleza de cabello oscuro que estaba en camino de estar en el estante entró en su mente. Había bailado con ella si recordaba, su conversación un tanto incómoda ya que ella no estaba tan comprometida para hablar. Realmente sorprendente, considerando que ella y sus amigas eran algunas de las mujeres más influyentes de la sociedad.

—¿No vive la señorita Milton en Londres en Marchioness?

—¿La casa de Ryley? —Frunció el ceño, seguro de haber oído que después del matrimonio del marqués, la marquesa había permitido que sus amigas se quedaran en su casa de Londres. La señorita Milton era una de ellas.

—Eso es correcto, Su Gracia.

—Hmm. —Finn se reclinó en su silla, preguntándose cómo sería Lucy Milton, la más joven. Si fuera tan llamativa como su hermana, lo haría muy bien. Era joven todavía, de una familia respetable y del área local. Todos los requisitos que satisfarían el testamento de su difunto padre.

—¿Espera que el señor Milton tenga alguna dote para sus hijas? —No es que importara, era más que rico y podía permitirse tener una esposa que llegara con muy poco o nada en absoluto. Aun así, mantener a niñas en el caso de no engendrar un heredero le decía a Finn mucho sobre el carácter de un hombre. Si era cariñoso, progresista y honorable. Todas las características que le faltaban a su padre.

—Doscientas libras al año. La señorita Milton mayor entró en su estipendio cuando cumplió veinticinco años. Por supuesto, asumieron que ella estaría casada para entonces, y bueno, eso no ocurrió. La señorita Lucy, la más joven, tiene veintidós años.

—Muy bien. Bueno, entonces —dijo Finn, poniéndose de pie y poniendo fin a esta reunión. Mañana empezaré a cortejar a la señorita Lucy Milton y lo tendré todo resuelto para fin de mes. Le llamaré cuando todo esté en su lugar.

Smithers hizo una reverencia. —Muy bien, Su Gracia. Le deseo lo mejor en sus esfuerzos y espero escuchar la feliz noticia.

—Sí, bueno... —dijo Finn, volviendo a sentarse y mirando a su abogado salir de la habitación. 'Buenas noticias' puede ser demasiado exagerado. Más bien resignado encajaría en este contexto.

Finn acercó un trozo de pergamino, cogió la pluma y garabateó una carta para que el señor

Milton lo esperara mañana a las once. No le diría al caballero por qué, simplemente le dejaría creer que era una atracción natural y un cortejo lo que lo llevaría a ofrecerse por la señorita Lucy. Eso sería lo mejor.

Una cosa que sí comprendía era que ninguna novia quería escuchar a su prometido que solo se lo pidiera por necesidad. O, en este caso, el dolor de la desheredación.

CAPÍTULO DOS

Tres semanas después, Marlborough Wiltshire

El carruaje tomó el corto camino de la casa de su familia en las afueras de Marlborough, la carta había sido escrita apresuradamente por su hermana la semana antes de hacer un agujero en su vestido. Fue pura suerte que le hubiera llevado una semana organizar el viaje a Wiltshire desde Londres, porque necesitaba una semana para prepararse y aceptar que su hermana menor se iba a casar.

La última vez que había tenido noticias de Lucy, no había mencionado una palabra sobre Su Excelencia, por lo que ahora estar comprometida con él surgió de la nada. Su hermana, aunque animada, no era una mujer tonta propensa a tomar decisiones apresuradas. Que se casase con el malvado libertino, el duque de Carlisle le había hecho pensar que su tranquila e inteligente hermana había perdido la cabeza. Ella hablaría con sus padres cuando llegara, se aseguraría por sí misma de que ellos tampoco habían perdido la cabeza con respecto a que su hija se casara con un duque.

Sin duda, se sintieron llenos de alegría ante la idea de que Lucy se casara con un título tan elevado. El duque era su vecino más cercano, pero nunca antes había mostrado interés por la familia. Evie miró hacia los robles que pasaban junto al camino de entrada. Había bailado con él en Londres, había estado un poco distraída en ese momento con las tribulaciones de su amiga esa noche, pero aún podía recordar su olor. Sándalo y especias. Sus manos habían sido grandes y fuertes contra la parte baja de su espalda. Había tenido que mirar hacia arriba para encontrarse con su mirada, y el recuerdo incluso ahora la hizo temblar. Una mirada del malvado duque de Carlisle y las rodillas de una se debilitaban un poco.

Tan guapo con su mandíbula cortante y su nariz recta y perfecta. Su sonrisa era mortal y su mirada intensa y acalorada peor. No es que ella hubiera sido la receptora de esa mirada, oh no, él había mostrado poco interés en ella. De hecho, él parecía aburrido y desinteresado en su intento de charla trivial para pasar los minutos del baile, Evie finalmente fingió estar pasando un momento encantador en sus brazos mientras contaba los minutos para que termine el baile. Ella lo había observado a veces en la alta sociedad y envidiaba a las mujeres que captaban su atención. Cuán afortunadas serían si tuvieran un pícaro tan atrapado por su belleza.

Que su hermana hubiera capturado su corazón la dejó descolocada. Estaba feliz por ella, por supuesto, pero una parte de ella también deseaba haber encontrado a un hombre así. Casarse, amar y ser amada a cambio. Evie suspiró y se dejó caer sobre los cojines de terciopelo. Supuso que no pasaría ahora. No a su edad, pero al menos podría contentarse con ser tía algún día. Mimar a sus sobrinas y sobrinos al contenido de su corazón.

Su hermana se merecía toda la felicidad que se le concediera. Ella era la persona más dulce que conocía Evie, aparte de sus amigas favoritas en Londres.

El carruaje se detuvo ante la mansión georgiana de su familia. Evie miró hacia la casa de

pedra dorada que brillaba como un faro bajo el sol de la tarde. Las muchas ventanas brillando y dando la bienvenida a su hogar.

Un lacayo abrió la puerta y ella bajó, tomando su mano en busca de ayuda. —Gracias —dijo, dirigiéndose a la casa. Un caballo estaba atado a uno de los postes de enganche cerca del frente de la residencia, y un pensamiento espantoso entró en la mente de Evie.

Por favor, no seas la bestia del duque. Necesitaba hablar con sus padres y hablar con su hermana a solas. Debía asegurarse de que este fuera un matrimonio bienvenido. No solo porque un duque se ofreció por una mujer que solo vivía cerca. Su falta de una dote sustancial al menos le decía a Evie que la unión se basaba en el afecto.

Evie se quitó los guantes mientras caminaba hacia la entrada, mirando hacia arriba cuando la puerta se abrió y Lucy estaba de pie ante ella, más alta de lo que recordaba, pero igual de hermosa con sus cabellos dorados y su figura ágil. Evie sonrió. —Lucy —dijo, riendo mientras su hermana casi corrió hacia ella y le rodeó la espalda con los brazos—. ¡Has crecido! —dijo, su voz apagada por todos los abundantes cabellos de Lucy.

Lucy se rio entre dientes, abrazándola con más fuerza antes de retirarse. —Es tan bueno verte. No puedo decirte lo mucho que te necesito aquí. Tenemos mucho que discutir.

Evie lanzó una mirada hacia la casa y se unió a su hermana. —¿Supongo que el duque está aquí ahora?

Lucy asintió. —Así es. Están en el salón tomando el té. Escuché el carruaje y dije que serías tú. Están esperando verte. Mamá está muy contenta de que estés en casa con nosotros durante algunas semanas.

—Yo también estoy contenta. —Se dirigieron hacia la casa y entraron en el vestíbulo donde Evie le dio a una doncella su pelliza y su sombrero—. Ven, Evie, es hora de conocer a mi prometido.

—Todo esto es tan rápido. Ni siquiera sabía que te estaba cortejando. —Evie miró a Lucy y notó el ligero rubor que besaba sus mejillas. ¿La había seducido el duque? Ella no lo dejaría pasar por alto al caballero. Sus labios besables eran los que formaban las fantasías de las mujeres en la ciudad.

—Vino hace tres semanas para visitar a papá, por algo sobre la tierra o algo así, pero fue durante su tiempo aquí que nos presentaron. Fue muy amable y atento, y ha vuelto a menudo desde entonces.

—¿Entonces es un matrimonio por amor? —Preguntó Evie, esperando que fuera cierto. La reputación del duque hacía imposible no juzgar y preguntarse si sus motivos eran honorables.

—El me gusta mucho. Es muy amable. Creo que a ti también te gustará, Evie.

Evie no se molestó en mencionar que ya conocía a Su Excelencia, no había necesidad de enturbiar el agua por algo tan pequeño. En cualquier caso, bailó con muchas mujeres de la ciudad. Era muy poco probable que la recordara.

Entraron en el salón del frente, una habitación pequeña, especialmente con las manualidades y tejidos de su madre y los muchos libros de su padre. La sala era donde se reunían la mayoría de las noches antes y después de la cena, y no se parecía en nada a los salones de las grandes casas que salpicaban el paisaje inglés. Esta era reducida, y con la presencia alta y dominante del duque, la habitación parecía aún más diminuta.

—Evie —dijo su padre al mismo tiempo que su mamá cuando apareció. Ambos se dirigieron hacia ella, con los brazos extendidos y ella los abrazó—. Estamos muy contentos de que estés en casa con nosotros durante algún tiempo. Te hemos echado de menos, querida.

Ella sonrió, alejándose de su mamá y su reconfortante aroma a lavanda que siempre le

recordaba a Evie su hogar. —Estoy feliz de estar en casa. Los extrañé a todos.

— Ella miró y se encontró con la mirada calculadora del duque. Él la estaba mirando y Evie volvió a mirar a su padre para hacer las presentaciones.

—Oh, perdóname, querida. Permítame presentarle a mi hija mayor, la señorita Evie Milton. Evie, este es Su Gracia, el Duque de Carlisle. Con quien Lucy está prometida.

Lucy se sonrojó cuando se acercó al duque, su estatura más corta contra su cuerpo más alto la hacía parecer aún más pequeña y delicada. Hermosa y perfecta para él.

El duque hizo una reverencia. —Señorita Milton. Qué gusto verla de nuevo.

Evie hizo una pulcra reverencia. —Yo ... también, Su Excelencia. —Ella lo miró un momento y, como si recordara que su prometida estaba a su lado, extendió su brazo para que Lucy pusiera su mano sobre la de él.

—¿Cómo está Londres, Evie? —Preguntó Lucy, brincando junto a su prometido, sus rizos dorados saltando junto a su rostro.

—Ocupado. Todos los que son alguien están presentes. Molly y yo hemos empezado a montar en el parque la mayoría de los días para mantener la cordura. Creo que nos hemos convertido en excelentes jinetas, mucho mejores de lo que solíamos ser en cualquier caso.

—Oh, me preocupo por ti, querida —dijo su mamá—. ¿La señorita Sinclair todavía está instalada en la antigua casa de la marquesa Ryley?

—Lo está, mamá —dijo Evie, hablando de la antigua compañera de Willow que ahora acompañaba a Evie y Molly por la ciudad. —No podría quedarme allí si no.

—Eso es muy cierto —dijo su padre, indicándole que se sentara frente al fuego.

Evie hizo lo que le ordenó y extendió las manos hacia el calor, agradecida de estar fuera del carruaje y estar en casa. Se volvió hacia su hermana y el duque, estudiándolos mientras ellos también tomaban asiento.

—Supongo que las felicitaciones están en orden. Estoy muy feliz por ti, Lucy. Su excelencia —dijo Evie. Eran una pareja extraña, incluso si aparentaban o al menos intentaban aparentar otra cosa. El duque se sentaba rígido como una vara junto a su hermana, quien, comparada con él, estaba relajada y burbujeante según su naturaleza.

Tal vez le gustaran las mujeres que eran más extrovertidas que él, aunque eso iba en contra de todo lo que ella sabía de él. Uno pensaría que un libertino consumado, un hombre que seducía al sexo opuesto con malas intenciones, no se vería tan incómodo con su hermana.

Los ojos de Evie se entrecerraron, observando sus rasgos. ¿Estaba sudando?

—Estamos muy contentos de que estés aquí para las nupcias, Evie. Su excelencia hará que su buen amigo el marqués Ryley lo sustituya, y me gustaría que estuvieras a mi lado si estás dispuesta.

El placer llenó a Evie al pensar en ayudar a hacer un regalo a su hermana en su gran día. Aunque había una diferencia de edad relativa entre ellas, habían sido cercanas cuando eran niñas y, como todas las mujeres jóvenes, soñaban con conocer a sus maridos y tener una boda memorable. —Por supuesto. Sería un honor para mí. —Miró al duque y trató de ignorar su intensa inspección sobre ella. Evie le lanzó una mirada a Lucy, pero su hermana parecía ajena a la atención del duque. Evie se aclaró la garganta, insegura de lo que hacía el duque o por qué la encontraba tan interesante. Evie levantó la mano para comprobar que su cabello no se había soltado de las horquillas, o que su pañuelo no estaba en su vestido. No, todo estaba en orden—. ¿Dónde se llevará a cabo la boda? —preguntó, queriendo seguir comprometida y emocionada con las próximas nupcias de su hermana.

—En mi finca —dijo el duque, interrumpiendo la respuesta de su hermana—. El salón del

Stoneheim Palace es muy grande y se adaptará a los invitados que pretendemos invitar.

Evie ajustó su asiento, ahora más cálido. —Tengo curiosidad por saber cómo se conocieron. ¿Me diría?

—Tenía negocios con el señor Milton y vine una tarde —respondió el duque antes de que nadie pudiera hablar—. Una visita encantadora que lo fue aún más cuando me encontré con su hermana, la señorita Milton. Pedí volver a venir y, a partir de ahí, descubrimos que nos llevábamos muy bien.

Lucy le sonrió a Evie, pero había algo en los ojos de su hermana que la hizo detenerse. La luz dentro de ellos era un poco menos brillante cuando se habló de su compromiso. Los ojos de Evie se entrecerraron y se preguntó por qué. Exteriormente, su hermana parecía feliz y emocionada por el próximo matrimonio, pero Evie no estaba convencida. Conocía a su hermana mejor que nadie en el mundo, y no era tan alegre como pretendía. Sin embargo, la pregunta era por qué.

—Esa es una historia preciosa. Estoy muy feliz por los dos. —Evie le sonrió a su hermana y se prometió a sí misma que cuando estuvieran solas le preguntaría si todo estaba bien. Que sus sospechas eran incorrectas y que su hermana estaba simplemente nerviosa. Casarse con un duque no era poca cosa, especialmente para mujeres como ellas que podían tener un padre caballero, pero poco más que ofrecer más que su persona.

Lucy sonrió. —No sabía que habías conocido a Su Alteza, Evie. ¿Cuánto tiempo hace que se conocen?

Evie miró al duque mientras trataba de recordar exactamente cuándo se conocieron por última vez.

—A mitad de la última temporada, creo. Bailé el cotillón con la señorita Milton en el baile que celebro anualmente en Londres.

Los ojos de Lucy se agrandaron ante la exactitud de los detalles y la mirada entre el duque y ella. Evie le devolvió la mirada, sin haber esperado que él lo recordara, ciertamente no hasta ese detalle. Sabía que había bailado con él en su baile, pero no comprendía qué era ese baile precisamente. Ella no había pensado que él siquiera recordara su nombre.

—Creo que puede tener razón, Su Gracia. Admito que tienes mejor memoria que yo —dijo Evie, haciendo más ligera la situación.

—Fue un agradable hechizo en la pista de baile. Uno que apreciaré siempre ahora que vamos a ser cuñado y cuñada.

Lucy miró a Evie a los ojos, una pregunta se veía en sus orbes azules. Evie se encogió de hombros, sin saber que el duque recordaba tan bien su baile.

Su madre intervino y empezó a hablar sobre el tiempo y quién presidiría la boda, y Evie dejó que la conversación fluyera sobre ella. El duque y Lucy eran una pareja impresionante, sin importar que Lucy no tuviera título. Ella habría esperado que el duque se casara con una mujer noble y con título, no con la hija menor de un caballero sin un centavo. Pero aquí estaban, discutiendo las invitaciones y adónde iría la feliz pareja en su viaje de bodas.

Evie escuchó y participó en la conversación cuando pudo, pero una parte de ella no pudo evitar estar un poco celosa de su hermana menor. A la edad de veintisiete años, había asumido que ya estaba casada y era madre. No era así, y era muy poco probable que ocurriera ahora. Pero al menos su hermana estaría feliz, y eso era un consuelo.

EL DÍA siguiente fue un día perfecto de verano. Evie se sentó afuera en un escenario que daba a los modestos jardines de su padre. No eran tan grandiosos como los del duque en el Palacio de

Stoneheim, pero pocos lugares en Inglaterra eran tan grandiosos como su sede en el campo.

Evie observaba cómo el duque y Lucy paseaban por los jardines, deteniéndose de vez en cuando para hablar de una rosa o un árbol en particular. Su hermana parecía contenta y feliz por fuera, pero no se sentía cómoda con el duque, y Evie no podía evitar preguntarse por qué. ¿Qué estaba escondiendo su hermana?

—Mamá, ¿tuviste algún indicio de que Lucy sentía algo por el duque o que él, a su vez, sentía algo por ella? Nunca hemos circulado con esa familia. Incluso yo en Londres solo sabía realmente del duque debido a mis amigas y sus elevados matrimonios. ¿No crees que Lucy puede estar un poco fuera de sintonía con él? ¿Abierta al ridículo debido a su falta de conexiones?

Su madre terminó su sorbo de té antes de dejar su taza sobre la mesa frente a ellos.

—Tenía mis preocupaciones, por supuesto, con respecto a esos asuntos, pero estoy seguro de que el duque es un buen hombre y no dejará que Lucy sufra de ninguna maldad o celos que puedan surgir por su noble logro matrimonial.

Evie no quería molestar a su mamá y decirle que Lucy sería el objetivo y durante bastante tiempo de aquellos en la alta sociedad que pensaban que su matrimonio con el duque estaba fuera de su alcance. Le harían pagar por casarse con un hombre al que solo las dignas deberían haber quitado el mercado matrimonial.

—En cuanto a sus sentimientos por el duque, creo que se quieren mucho. Incluso espero que con el tiempo el duque llegue a amar a nuestra Lucy. Creo que ella ya ama al duque.

Evie le lanzó una mirada a su mamá, sin creer eso por un momento. —Lucy ama al duque. ¿Te ha dicho eso?

—Bueno, no —dijo su madre, echando un vistazo a su hija menor—. Pero mírala, la forma en que mira al duque, cómo se aferra a cada una de sus palabras. Oh, sí, creo que ella lo ama mucho.

—Mamá —dijo Evie con tono reconfortante—, también miro a los caballeros cuando les hablo, eso no significa que esté enamorada de ellos. No se conocen desde hace mucho tiempo, y me preocupa que a Lucy no le guste ser duquesa. Sabes cuánto ama su libertad, su vida aquí en Wiltshire y la gente que conocemos en Marlborough. Ya no podría circular en esa esfera cuando se convierta en la duquesa de Carlisle.

—Oh, la duquesa de Carlisle, qué bien suena eso, ¿no crees?

—Mamá —reprendió Evie—. Lucy echará de menos a sus amigas. Ella nunca ha intentado ser más de lo que nos educaron para ser. Hijas de un señor sin título y sin dote. ¿No crees que es extraño que el duque acaba de llegar un día, supuestamente por asuntos relacionados con la propiedad y al momento siguiente está comprometido con nuestra Lucy? Eso es raro. No me importa lo bien que te suene Duquesa Lucy. Lo encuentro extraño.

Su mamá se volvió hacia ella y extendió la mano para estrecharla. —Querida, sé que es difícil ver a una hermana menor casarse antes que tú y en un puesto tan alto, pero por favor, alégrate por Lucy. Ella te ama mucho y necesitará tu guía y apoyo durante las próximas semanas.

—No estoy celosa, mamá, si eso es lo que estás insinuando. Si bien he esperado que el matrimonio se convierta en una posibilidad para mí, algo que parece cada vez menos una opción a mi edad, estoy feliz por Lucy. Solo quiero asegurarme de que Lucy esté satisfecha y apaciguada. Una vez que esté segura de esto, me lanzaré a los preparativos de la boda con tal entusiasmo que incluso tú estarás harta de mí.

Su mamá se rio y Evie sonrió, pero cuando se volvió para mirar a Lucy y al duque, la inquietante duda no cedió. Algo estaba mal. Nada de este apresurado noviazgo tenía sentido, y ella satisfaría sus preocupaciones antes de permitir que su hermana pequeña, alguien a quien siempre prometió proteger, se casara con un hombre al que no amaba.

—Gracias, querida —dijo su mamá—. Y no desesperes. Ahora que su hermana se va a casar con un duque, es solo cuestión de tiempo antes de que un caballero desee asociarse con la familia Carlisle y te ofrezca su mano. Esta conexión te pondrá en el camino de los hombres sustanciales y reproductores, estoy segura.

—No creo

—Ya verás, Evie —dijo su madre, interrumpiéndola—. Tú también estarás felizmente casada al final de la próxima temporada. La hermana de la duquesa de Carlisle no puede ser solterona.

Evie gimió, cogió una galleta de azúcar y le dio un mordisco sustancial. —Nunca me propuse ser solterona, mamá, como bien sabes, pero tampoco permitiré que nadie me pasee como un ganso nuevo y reluciente lista para ser desplumada.

Su mamá jadeó, y Evie la miró a los ojos, queriendo que su madre supiera lo que estaba insinuando. El hecho de que su hermana fuera duquesa no significaba nada. No para la sociedad. Algunas de sus amigas más cercanas estaban casadas, una con un duque, las otras con un marqués y un conde. Eso no había cambiado la posición de Evie o Molly. Simplemente les dio acceso a bailes y fiestas que de otro modo estarían cerradas para ellas. Ningún hombre sustancial o de buena educación se había arrodillado ante ella y le había ofrecido la mano simplemente porque sus amigas estaban bien situadas en la sociedad.

No sería diferente si su hermana fuera duquesa. Tener una hermana tan alta en la esfera social no cambiaba su circunstancia. Después de todo, seguía siendo una mujer sin rango, sin herencia y con veintisiete años. Los caballeros, por desgracia, eran inmunes a verla a ella o a mujeres como ella por lo que podían dar. Un premio invaluable que valía mucho más que cualquier otra cosa.

CAPÍTULO TRES

Más tarde esa noche, Evie se sentó sola en su habitación, cepillándose el pelo. La puerta se abrió de par en par, revelando a su hermana desconcertada. —Tienes que ayudarme, Evie —espetó Lucy mientras irrumpía en su habitación, cerrando y bloqueando la puerta detrás de ella—. No puedo casarme con el duque.

Evie miró a su hermana un momento con horror. ¿Se había vuelto loca desde que la dejó en el salón, ni una hora antes con su familia? —¡Qué! ¿Por qué no?

Lucy se acercó a donde estaba sentada frente al fuego, secándose el cabello después de lavarlo. Su hermana se dejó caer en la silla frente a ella, con las mejillas y los labios de un blanco fantasmal. —Llegó aquí no hace un mes y me ha cortejado desde entonces. Mamá estaba tan contenta y feliz que no quería molestarla. Sabes que no se ha sentido bien estos últimos meses, y fue bueno verla animada de nuevo.

—¿Madre ha estado enferma? —Evie no lo sabía. ¿Por qué no sabía eso?— Ella nunca me escribió sobre tal cosa. Espero que no sea nada grave.

Lucy frunció el ceño, estropeando su frente por lo demás perfecta. —No lo creo. Creo que gran parte del semblante desolado de madre tiene algo que ver con que papá no quiera viajar a Bath esta temporada. En cualquier caso, ella estaba feliz y animada, y el duque fue atento y amable, y antes de que me diera cuenta, se inclinó ante mí y me pidió que fuera su esposa.

Evie suspiró. Era propio de su hermana meterse en un lío así. —No tenías que decir que sí, Lucy.

Lucy hizo un sonido que representaba a un perro herido. —Sé que no tenía que decir que sí —gimió—, pero me sentí obligada. Es tan rico y poderoso. Es dueño de la mayor parte de la tierra que rodea la finca de Papa. No quería ofenderlo, y simplemente solté un sí antes de pensar en ello. Pero no puedo casarme con él. No quiero ser duquesa.

Evie resopló, incapaz de creer tal cosa. Las mujeres de la ciudad harían casi cualquier cosa para llevar una corona ducal sobre la cabeza, pero esta era Lucy, y nunca le habían importado esas cosas. —Son muy pocas las que no querrían ser duquesas. ¿Estás segura de que no eres tú la que está enferma?

—No es una broma, Evie. No puedo casarme con el duque porque, bueno, porque ya estoy enamorada de otra persona.

—¿¡Qué!? —Evie se puso de pie de un salto y el cepillo que tenía en el regazo cayó al suelo—. No puedes estar enamorada de otro hombre y haberle dado la mano al duque. ¿Qué estabas pensando, Lucy?

Lucy se puso de pie y empezó a caminar de un lado a otro de la cama al fuego. Sus puños a los costados le decían a Evie que su hermana estaba molesta y sin saber qué hacer. Evie respiró para calmarse, necesitando una mente clara para pensar en lo que se debía hacer.

—Si recuerdas el año pasado, mamá me llevó a Gretna para visitar a su prima. Lo que ella no sabe es que estaba viendo al Sr. Anthony Brown, ya sabes, el granjero del otro lado de

Marlborough. Me ha estado cortejando durante algunos meses y Evie —dijo Lucy, acercándose a ella y uniendo sus manos—. Lo amo mucho. Él es todo lo que siempre quise, y cuando estoy con él, no me importa nada más.

—¿Te has acostado con él? —Evie cerró la boca con un chasquido, sabiendo que estaba mirando boquiabierta a su hermana. ¿Cómo y cuándo había ocurrido todo esto? ¿Y cómo no lo supo? Debería haber estado aquí para su hermana. Para guiarla y ayudarla a superar esto. Aunque el padre no hubiera querido que ninguno de los dos se casara con un granjero, si hubiera visto la felicidad de su hija con el caballero, habría cedido. Ninguno de sus padres era duro o tan implacable.

—No claro que no. El Sr. Brown es un caballero, pero yo deseo ser su esposa y me ha pedido la mano. En secreto, por supuesto, nadie puede saber todavía de nuestro amor. Papá nunca lo aprobará. —Su hermana se sentó de nuevo, juntando las manos en su regazo—. Admitiré haber besado a Anthony, pero nada más. Te lo juro.

Eso era algo, supuso Evie.

—Así que ya ves, no puedo casarme con el duque, y si Anthony se entera de que acepté casarme también con el duque de Carlisle, nunca me perdonará. Padre va a hacer que se llamen las prohibiciones. Mi vida se acabará si pierdo a Anthony. Por favor, Evie. Por favor, ayúdame.

Evie se mordió el labio, sin saber qué hacer. ¿Qué hacía una en situaciones como estas? Su mente saltaba de una idea a otra, cada una descartada tan pronto como la tenía. Lo único que quedaba por hacer era decir la verdad, no importa lo difícil que fuera. —Tendrás que decirles a mamá y papá la verdad y romper el entendimiento con Su Gracia. Esa es tu única opción.

—No —Lucy jadeó, su mano corriendo hacia su cuello—. Estaré arruinada si hago eso. Todo el pueblo me considerará una descarada intrigante por rechazar al duque. Cuando descubran que el Sr. Brown ya era mi prometido, me rechazarán y me odiarán. El duque podría estar tan enfurecido que podría intentar perjudicar económicamente a papá para buscar venganza. No, nadie debe saber que fui yo quien huyó del compromiso. Tenemos que evitar que papá publique las prohibiciones, y tienes que seducir al duque para que piense que le ha pedido a la hermana equivocada que se case.

—¿Yo? —Preguntó Evie, señalándose a sí misma. —No puedo seducir a un duque. Estaré arruinada. Piensa por un momento en lo que estás preguntando, Lucy.

—Eres una solterona confirmada. No pensé que te importaría.

La ira reemplazó la compasión que tenía por su hermana. —Puede que no esté casada, pero no soy una puta que ejercerá su oficio para reparar un error que ha cometido otra persona. Necesitas decir la verdad. Tú eres la que les mintió a ambos hombres. Tienes que hacer esto bien.

Lucy se arrodilló ante su silla y estrechó las manos de Evie. —Lo siento, Evie. Estoy desesperada. Por favor, ayúdame por favor —suplicó su hermana, apretando sus manos con más fuerza.

Evie negó con la cabeza, mirando a su hermana, a quien había comenzado a preguntarse si conocía en absoluto. ¿En qué estaba pensando, metiéndose en tal mentira? —No sabría nada acerca de cómo robártelo y te ha pedido que te cases con él. Le gustas a él, no yo. Esa idea nunca funcionará. Me temo que debes reconocer este error.

—Eres mucho más guapa que yo. No habrá ningún problema. Solo muéstrale más atención que yo. Me distanciaré en los próximos días, no estaré disponible o estaré fuera cuando él llame, y tú tomarás mi lugar. En cualquier caso, solo habla, no ha intentado besarme, gracias a Dios, y es aburrido. —Su hermana frunció los labios y volvió la cabeza pensativa—. Los chismes de Londres lo pintan como un libertino, un pícaro y, sin embargo, no lo creo. Nunca ha intentado

seducirme, ni una vez. Sin embargo, estoy seguro de que intentaría besarte. Como dije, eres mucho más guapa que yo.

La idea de que el duque besara a Evie hizo que el calor se acumulara en su interior y se dejó caer en la silla, con el estómago en un nudo. —Si intento robarlo, pensará lo peor de mí. Nadie le hace tal cosa a una hermana, y él es un caballero, no le haría eso a su prometida.

—No, no, no, no, simplemente creerá que los sentimientos que tenía por mí estaban fuera de lugar. Como dijiste, lo conociste antes. Seguro que puedes trabajar con eso. Él no me ama, eso lo sé, así que al final no será tan terrible para él. No tienes que casarte con él, simplemente aleja su atención de mí el tiempo suficiente para que decida poner fin al compromiso.

—¿Pero y si luego se ofrece por mí? Como dijiste, me he resignado a mi suerte en la vida. No sé si podría casarme con un hombre que pudiera ser tan inconstante con sus sentimientos.

—Evie, mis acciones hacia el duque, mi matrimonio, podrían arruinar a la familia si se conociera. Tienes que hacer que gire la cabeza hacia ti, que se enamore de ti si es posible, pero debes hacerlo pronto. Por favor, ayúdame.

—Lucy —suspiró Evie—. ¿Cuándo será la próxima vez que llame? —preguntó, resignándose a decirle al duque la verdad ella misma, sin importar lo que Lucy quisiera que hiciera. Ella no podía seducirlo. Hacerlo era un pensamiento abominable. No porque no fuera mortalmente guapo, con su mandíbula cincelada y su nariz recta y cortante, no. Era tan encantador a la vista, pero porque ella no podía seducir a un hombre y alejarlo de su hermana, incluso si se lo pidiera.

Era imposible de imaginar, y él cuestionaría su lealtad hacia su familia si intentaba tal cosa.

Él la consideraría una persona horrible.

Y ella sería una persona horrible. No, le diría la verdad al duque y haría que Lucy reconociera su error. Era lo mejor para la familia. El duque seguramente lo entendería. Como dijo Lucy, apenas se conocían. No era como si su matrimonio fuera un matrimonio por amor. Todo saldría bien, y mañana ella resolvería este problema, y todos podrían volver a sus vidas normales.

CAPÍTULO CUATRO

Finn se había esforzado mucho para hacer su visita vespertina a la señorita Lucy Milton. Lo habían retenido con su mayordomo con respecto a una carta de su abogado que preguntaba sobre su matrimonio. Es decir, cuándo se llevaría a cabo y recordarle la restricción de tiempo que tenía sobre su persona.

Detuvo su montura ante la arenisca, una modesta finca, y suspiró, pasándose una mano por la mandíbula. ¿Qué estaba haciendo? Se casaba con una mujer a la que no amaba y todo por dinero.

Por supuesto, era mucho dinero y fondos que se requerían para mantener sus muchas propiedades y las personas que dependían de él para ganarse la vida. Aun así, la idea de casarse con una mujer que no le importaba le irritaba la conciencia. La señorita Lucy Milton era una joven encantadora, brillante y feliz, y aparentemente muy enamorada de él. Debería estar satisfecho de haber encontrado una esposa, una chica local que no solo era hija de un caballero, sino de su condado natal. Tal como su padre decretó en su testamento, pero no era así. No la amaba más allá de una conocida pasajera, no más que una amiga.

La imagen de la señorita Evie Milton pasó por su mente y su sangre se agitó. No había pensado en verla tan pronto, pues esperaba que se quedara en Londres. No se le había ocurrido el hecho de que ella regresaría a casa temprano para participar en los preparativos de la boda de su hermana.

Estúpido error y ahora uno que perseguía sus sueños.

Evie era un poco mayor que Lucy. Parte de un grupo de amigas de algunas de las mujeres más poderosas e influyentes de la sociedad. Y maldita sea, era hermosa. Si ella hubiera sido un poco más joven, él la habría cortejado a ella en lugar de a su hermana, pero ella tenía casi treinta según sus cálculos, sus años de crianza habían quedado atrás.

Ella no era para él.

Necesitaba una esposa que le diera hijos. Una esposa joven era más adecuada para ese puesto. Si tenía que casarse, al menos se aseguraría de tener hijos y pronto. Tener un heredero sería al menos una cosa menos de lo que tenía que preocuparse.

Finn saltó y entregó su caballo a un mozo de cuadra que esperaba, arrojándole al chico un penique por su molestia. El chico le agradeció profusamente, y caminó hacia la puerta, armándose de valor para actuar como el prometido enamorado que no era.

La puerta se abrió y miró hacia arriba, esperando ver al joven lacayo que también servía como mayordomo. La persona que tenía ante él ciertamente no era un hombre. La señorita Evie Milton era toda una mujer. Voluptuosa y curvada en todos los lugares correctos. Sus manos comenzaron a sudar en sus guantes ante la idea de pasarlos por cada parte de su cuerpo que pudiera. Sus mejillas se enrojecieron, sus ojos muy abiertos y brillantes, y él se armó de valor para no actuar como el pícaro que se rumoreaba que era, y arrastrarla contra él para besarla profundamente. Tomar esos labios carnosos y fundirlos con los de él.

Finn tragó, recordando hacer una reverencia. —Señorita Milton, buenas tardes. Espero se encuentre bien hoy.

Ella lo miró por encima de su nariz, con su mirada deslizándose sobre él como una caricia. No debería reaccionar ante ella de esta manera. Ella no era para él y, sin embargo, había algo en la señorita Milton que le hacía arder la sangre. Siempre lo había hecho arder incluso cuando había prometido nunca actuar como un canalla como su padre. Solo podía adivinar cuántos bastardos yacían esparcidos por Londres que su padre había producido antes de su muerte el año pasado.

—Su excelencia, qué oportuno es esto para mí. Estaba a punto de salir a caminar para asegurarme de que mi perra esté bien. Ella está esperando, ya ve. Quizás le gustaría unirse a mí — le preguntó, bajando al escalón más bajo y cerrando la puerta a su espalda.

Finn debía hacerse a un lado para darle espacio, pero no podía mover un pie. Era un bastardo y puede que se pareciera más a su padre de lo que quería. —Le agradezco la oferta, pero debo dar mis saludos a sus padres y a la señorita Lucy.

—Oh, no están en casa en este momento. Lucy deseaba visitar Marlborough, creo que tenía que ver con adquirir un sombrero nuevo y un estuche de viaje. Entonces, ya ve, solo estoy yo aquí hoy.

Ella pasó a su lado sin preocuparse por si la seguía o no. El sonido de sus pasos en el camino de gravilla resonó fuerte en sus oídos mientras se alejaba. Finn se quedó allí un minuto, debatiendo sus opciones y decidió que dar un paseo sería suficiente siempre que permanecieran dentro de los terrenos de la casa y estuvieran a la vista de la casa. Su falta de acompañante podría pasarse por alto.

—Muy bien, me uniré a usted, señorita Milton.

Se detuvo y se volvió, sacándose un mechón de cabello suelto del ojo que se le había deslizado por la cara. Finn tragó. La acción no debería ser seductora en absoluto, ni llenarlo con el anhelo de ser él quien deslizara el mechón de cabello suelto detrás de su oreja, pero lo era.

Era el peor tipo de demonio y debería ser azotado pensando en la hermana de su prometida de esa manera. Había tenido la oportunidad el año pasado en la ciudad de cortejar a la señorita Milton, y había elegido no hacerlo. El matrimonio no había sido un pensamiento que le preocupara. Estúpidamente se había imaginado que tenía tiempo para elegir esposa. Si bien su baile había sido memorable, al menos para él, no le había hecho perder la cabeza y declarar su amor eterno.

Reuniéndose para controlar los pensamientos descarriados, juntó las manos detrás de la espalda y levantó la barbilla, todo serio para su paseo por el jardín. Una hazaña malditamente difícil cuando la señorita Milton avanzaba resueltamente por el camino, saliendo de la vista de la casa y a un ritmo que hacía imposible continuar con el paso tranquilo con el que había comenzado.

—¿Cuál es la prisa? —preguntó, poniéndose al día junto a ella. Un ligero rubor se apoderó de sus mejillas y señaló delante de ella.

—Mi perra lobo está en trabajo de parto, o eso dijo Ben nuestro jardinero esta mañana, y quiero estar con ella.

—¿Tiene una perra lobo? —Preguntó Finn, sus pasos vacilaban. No era un entusiasta de la raza canina, nunca confiaba en las bestias. Perros pequeños podía tolerarlos, pero un perro lobo, esas cosas eran tan bestiales como venían.

—Sí —dijo ella, regalándole una sonrisa—. Su nombre es Sugar.

—¿Sugar? —Sus labios se crisparon ante el nombre ridículo y, sin embargo, continuó caminando con ella, curioso ahora por ver a la mascota de la señorita Milton—. Espero que este Sugar sea amigable.

—Oh sí. Sugar tiene el temperamento más dulce. Ella estará bien con usted ya que estás conmigo, no tendrá ninguna razón para desconfiar. Normalmente estaría conmigo en la casa, pero debido a su condición, mamá no la dejaba quedarse adentro hasta que tuviera sus cachorros.

—¿Permite que el perro viva dentro de tu casa? —Las mascotas no existieron en su vida mientras crecía. Tenían algún que otro gato de granero, pero eran salvajes y dejarían un rasguño respetable si alguien intentaba atraparlos. En cuanto a los perros, su padre los detestaba. Los caballos eran los únicos animales permitidos, y solo porque tenían un propósito.

—Por supuesto. Sugar duerme en mi cama cada vez que estoy en casa y la extraño, pero también estoy muy emocionada de ver a sus cachorros. —Ella lo estudió un momento, moviendo su labio inferior entre sus dientes, y la vista envió un rayo de deseo a su polla. Apretó la mandíbula, mirando hacia otro lado para remediar sus tonterías. ¿Qué diablos le pasaba? Había estado fuera de la ciudad demasiado tiempo y del lecho de mujeres dispuestas, o le había gustado más la señorita Milton de lo que se había admitido a sí mismo. No era una revelación útil ya que estaba a punto de casarse con su hermana.

—Nunca tuvo mascotas cuando era niño, ¿verdad, su excelencia?

Mantuvo su atención al frente y vio una perrera de algún tipo cerca de una pequeña cabaña. — Es usted muy astuta, señorita Milton.

—Tenemos amigos en común, excelencia. Le conozco un poco. Hablando de eso, ¿le gustaría llamarme Evie? Lo prefiero a la señorita Milton.

El placer lo invadió al pensar en tal cosa, pero no podía permitirlo. Hasta que no se hubiera casado con la señorita Lucy, no podría estar en términos más familiares con la señorita Milton. Hasta entonces, no la llamaría por su nombre de pila. —Creo que lo mejor sería seguir siendo la señorita Milton y su excelencia si no le importa. Cuando me case con la señorita Lucy, creo que podemos estar en términos más familiares.

—Sin embargo, por curiosidad, ¿cuál es su nombre de pila, excelencia? Si está dispuesto a revelar eso, por supuesto.

Se aclaró la garganta, sin estar seguro de que debía decírselo. Hacerlo realmente derrotaba el propósito de su regla de solo un momento antes. —Finlay, pero mis conocidos cercanos me llaman Finn.

—Debo admitir —dijo, riendo un poco. El sonido más dulce que jamás había escuchado. No debía encontrarse tan despreocupado y relajado cerca de la señorita Milton, y sin embargo lo hacía. Más que cuando estaba con su prometida. Era un maldito inconveniente, y por no mencionar que estaba mal. —Me imaginaba un nombre mucho más severo para un duque.

—Mi madre me puso el nombre —dijo sin pensar. Rara vez hablaba de su mamá, a quien había perdido cuando era joven. Pensar en ella siempre le ponía melancólico y, sin embargo, con la señorita Milton, parecía ser capaz de hablar del único progenitor que le mostró afecto durante los breves años que pasó con ella sin ningún tipo de tristeza. Solo orgullo y amor.

—¿Qué nombre supone que debería tener un duque, señorita Milton? Tengo curiosidad por saber.

—Hmm —Ella le lanzó una mirada burlona y continuó hacia la perrera. —Yo no sé. Supongo que quizás George o Arthur, o incluso William. Finlay parece un tipo de nombre despreocupado y feliz. Creo que le queda bien —dijo ella, mirándolo a los ojos.

Él sonrió a su pesar, disfrutando de este pequeño paseo, sin mencionar a ella. Él también lo estaba disfrutando mucho. Más de lo que había disfrutado de sus numerosos paseos con la señorita Lucy Milton. Cuando salía a caminar con su prometida, a menudo pasaban minutos sin hablar y, a veces, Finn tenía que destrozarse la cabeza para pensar en cosas de qué hablar. La conversación no era fácil con la señorita Lucy. Lo atribuía a que ella era un poco tímida con él, después de todo era un duque, y a menudo provocaba tales reacciones cuando estaba cerca del sexo opuesto. La señorita Milton, sin embargo, parecía una paradoja.

Era fácil hablar con Evie, y una pequeña duda inquietante se deslizó en su mente de que había cometido un error al elegir a la hermana menor. Que debería haberse tomado más tiempo para ver quién le convenía como esposa. En cambio, entró en pánico y eligió a la hija del primer caballero en su país de origen que era apropiada. El debate sobre el asunto le recordó por qué había descartado a la señorita Milton en primer lugar. Era mayor de edad para ser una esposa agradable. Necesitaba una novia que le diera herederos. La señorita Lucy desempeñaría bien el papel. Todavía le quedaban muchos años por delante para darle hijos.

Para cuando llegaron a la perrera, un hombre que la señorita Milton presentó mientras Ben los estaba esperando. Por su ropa gastada, espolvoreada de barro y mugre, Finn lo supuso el jardinero que ella había mencionado antes.

La señorita Milton entró en la perrera, grande y cubierta, y Finn la siguió a un ritmo más lento, sin querer estresar a la perra con su presencia. El recinto era grande, tenía que ser para un perro lobo, y la perra de pelo castaño yacía en una cama de paja, con cuatro cachorros ya amamantando la leche de su madre.

—Ella ya los ha tenido —dijo, arrodillándose junto a la señorita Milton, manteniendo las manos bien alejadas del perro o sus cachorros.

Miss Milton no lo hizo. Se desplomó en el suelo junto a la cabeza de Sugar, le dio unas palmaditas en la cara y se inclinó para besarle la cabeza antes de estirar la mano y pasar un dedo por el lomo de los nuevos cachorros. Una sonrisa de adoración se deslizó por sus labios, y algo dentro de Finn dolió.

Cómo sería ser visto de esa manera. Con absoluta adoración y amor. Supuso que era similar a lo que ocurría cuando una mujer tenía un hijo propio. Amor incondicional por su descendencia en el momento en que veía a su nuevo bebé. Su padre no se había preocupado por él en absoluto. Su principal prioridad era quién sería su próxima compañera de cama. Su hijo era el menor de sus problemas, siempre que estuviera en casa, sano y fuera del camino, su padre estaba contento.

—Deja que Sugar te huela, y luego probablemente puedas sentarte más cerca si quieres. Ella sabe que estoy relajada contigo, y por eso sabe que no estás aquí para hacerle daño a ella ni a sus cachorros.

Finn colocó lentamente el dorso de la mano cerca de la nariz de Sugar y ella lo olió un momento antes de recostarse y apoyar la cabeza en el regazo de la señorita Milton. Habiendo parecido pasar la pequeña prueba, se sentó en la cama de paja junto a la señorita Milton, simplemente observando a los cachorros luchar por una tetina.

—Son encantadores, lo admito.

—Cuando los desteten, puede tener uno si lo desea. Tengo varios amigos que querían un cachorro de Sugar cuando tuviera cria, pero puedo guardarle uno si lo desea. —Ella lo estudió un momento. Inclinó un poco la cabeza hacia un lado—. Puedo verle con un perro tan grandioso. Un duque debería tener un perro lobo.

Miró a los cachorros, nunca había pensado mucho en la idea, a pesar de que suponía que podría tener una mascota si lo deseaba. Su padre no lo había permitido, pero eso no significaba que no pudiera hacer lo que quisiera ahora. Quizás si le diera una oportunidad a la raza canina, podría gustarle más después de todo.

Un pensamiento novedoso y que él consideraría.

—Lo meditaré —se encontró diciendo, extendiendo el brazo hacia adelante para pasar un dedo por el lomo de un cachorro negro que parecía ansioso por la leche—. ¿Cree que Sugar tendrá más hoy? —preguntó, nunca antes había visto a un perro dar a luz. Por eso se dijo a sí mismo que era la razón por la que deseaba quedarse en esta cálida perrera, acariciando a los cachorros. Sin

embargo, sabía que era porque quería pasar más tiempo con la señorita Milton, lejos de su familia y la sociedad como lo habían estado en Londres.

Su buen amigo, el duque de Whitstone, hablaba muy bien de ella y podía ver por qué. No era alborotada, era inteligente y dulce. Adoraba a su enorme perro y se preocupaba por su hermana y su familia. Había poco de ella que podía no gustarle.

El hecho de que ella fuera más que bonita también facilitaba su tiempo con ella. Ver tal belleza todo el día nunca era una tarea.

* * *

EVIE SACÓ al duque de los cachorros después de una hora de arrullar, abrazar y acariciar a los adorables pequeños antes de regresar a la casa. Su familia debía regresar a casa a las cuatro, y eran más de las tres cuando regresaron a la casa.

Se sentaron en el salón delantero, que le daba a Evie una vista del camino de entrada, tomando té y galletas que el cocinero les había preparado a su regreso.

Ella lo estudió mientras comía un trozo de pastel de zanahoria. El duque de Carlisle se sentaba erguido y derecho en su silla, todo correcto nuevamente, ya no era el noble relajado con el que había hablado en la perrera solo media hora antes.

Cómo suponía su hermana que sería capaz de seducir a un hombre tan fino y alejarlo de su amada era una idea absurda. Si bien se llevaban bien, parecían estar en términos amistosos, eso no significaba que él la encontrara tan guapa como ella lo encontraba a él.

¿Si nunca antes había besado a un hombre, entonces, cómo iba a seducir a un pícaro experimentado? Era una idea absurda que su hermana incluso se lo pidiera. No, si la felicidad de Lucy dependía de romper el entendimiento con el duque, Lucy tenía que decirle la verdad. Decirle que amaba a otro y que no se casaría con él. Ese era el mejor curso de acción y en el que Evie la haría caminar cuando regresaran a casa.

Ella frunció el ceño en su té. ¿Qué haría el duque después del hecho? ¿Volvería a la ciudad? ¿Se casaría con una mujer mucho más cercana a él en riqueza y situación? La idea le dejó un sabor amargo en la boca y buscó más azúcar para poner en su té.

—Pensé en celebrar un baile de compromiso en algunas semanas.

—¿Cree que su hermana le agradecería un evento así?

La pregunta la sacó de sus pensamientos desanimados y volvió al duque. —Creo que le gustaría mucho —mintió Evie, sabiendo que su hermana odiaría eso por encima de cualquier otra cosa. Ser exhibida ante todos los amigos más cercanos del duque como si estuviera enamorada del hombre. No, no podía permitir que llegara tan lejos. Haría que Lucy pusiera fin a esta locura.

—Necesitaré ayuda para hacer una lista de invitados. ¿Le gustaría a usted y a la señorita Lucy visitarme mañana a continuación y empezar a confeccionarla?

Evie dejó su taza de té sobre la pequeña mesa que los separaba en los sofás. —Quizás podamos unirnos a usted para el almuerzo y comenzar a realizar una lista después de eso. —No es que se vayan a producir listas o fiestas. Cuando Lucy regresara a casa, el duque sería liberado de su oferta y todo volvería a la normalidad. Aparte de que su hermana se casaría con el Sr. Brown.

—Creo que estará muy bien. —Él le lanzó una pequeña sonrisa, sus ojos se detuvieron en sus labios un momento antes de deslizarse hacia la galleta que tenía en la mano.

Un aleteo de deleite la recorrió por su interés antes de que el sonido de las ruedas del carruaje en el camino de entrada llamara su atención. Evie miró por la ventana y vio a su madre y a su padre bajar del vehículo, con el semblante de angustia de su madre. Evie se puso de pie, la boca

de su estómago se tensó con la muerte inminente.

Justo cuando la puerta principal se abrió de par en par, se encontró con ellos en el vestíbulo, dejando al duque solo en el salón.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó a su madre, cuyo rostro estaba pálido, con los ojos enrojecidos como si hubiera estado llorando durante mucho tiempo.

La ausencia de Lucy la hizo detenerse. —¿Lucy está bien, mamá? ¿Dónde está ella? —preguntó, volviéndose hacia su padre, quien simplemente se quedó mirándola como si hubiera perdido todo sentido y sentimiento.

—Se ha ido —gritó su mamá, sus ojos se llenaron de lágrimas y fuertes sollozos llenaron la habitación.

—¿Qué quieres decir con que se ha ido? ¡Dime! —Exigió Evie, sacudiendo un poco a su padre del brazo—. Padre, dime lo que pasó. —Todos los pensamientos terribles entraron en su mente y pensó que su hermana había sufrido un terrible accidente y ya no estaba viva. Seguramente no. No soportaba pensar en la idea.

—Se ha ido —dijo su madre de nuevo, más lamentos que hicieron que las piernas de Evie comenzaran a temblar pensando que su hermana pequeña había fallecido.

—Ella se ha escapado. Con... con... el Sr. ¡Brown! Ya sabes, el granjero que vive al oeste de Marlborough. Lucy pidió ver un paño para un vestido nuevo, y le dije que volvería pronto porque me había encontrado con la Sra. Oyster, mi amiga. Pensé en encontrarme con ella en la tienda de costureras, dirigida por la Sra. Clay, pero cuando llegué allí, ni cinco minutos después, ella se había ido. La dependienta me entregó una misiva. Era de Lucy y contenía sus disculpas y planes para su vida.

—¿Qué decía exactamente la nota? —Preguntó Evie, con la ira reemplazando su miedo por lo que había hecho su hermana. ¿Cómo podía hacerle eso a sus padres, a quienes sabía que se preocuparían muchísimo por ella hasta que la vieran de nuevo? En cuanto al Sr. Brown, debería saberlo mejor para actuar de una manera tan egoísta. Ella también le diría algunas palabras muy severas cuando se reuniera con él.

—No mucho. Nos pidió que notificáramos al duque de su cambio de sentimientos y nos dijo que lo liberáramos de su deber para con ella. Para casarse con otro.

—¿Le ruego que me disculpe, señorita Milton? —dijo el duque, saliendo del salón y mirando a sus padres con el ceño fruncido como si fueran niños descarriados—. ¿Qué ha hecho mi prometida?

—Parece que Lucy se ha escapado, excelencia. Ha huido para casarse con un granjero que conocemos aquí en Marlborough. Lo siento mucho —dijo Evie, volviéndose hacia sus padres y conduciendo a su mamá al salón donde podía sentarse—. Al menos Lucy tiene la intención de casarse, mamá. Estoy segura de que todo estará bien para cuando regrese a casa.

—Ella se arruinó, ¿y para qué? Ese Sr. Brown. Es un granjero, Evie. Tenía la esperanza de que el estimado matrimonio de Lucy ayudaría a resolver tus circunstancias privadas, pero parece que este no será el caso. El Sr. Brown no tiene una posición social y tú serás siempre una solterona.

Evie se sentó junto a su mamá y le tomó la mano para tratar de consolarla. El hecho de que el duque hubiera escuchado todo lo que acaba de decir su mamá era lo suficientemente mortificante como para armar una escena al respecto. —Sabes que no me importa mi circunstancia en la vida. La llevo bastante bien. Nuestra preocupación ahora debe ser por Lucy.

—Tienes razón —dijo su mamá, agarrándola del brazo—. Debemos esperar que se case y sea feliz.

—¿Qué va a hacer con sus acciones? —preguntó el duque, poniéndose de pie ante el fuego y

mirándolos a todos con disgusto. En algún momento, su padre también había entrado en la habitación y se sentó en el sofá a un lado de ellos.

—No sabemos adónde se han ido, su excelencia —dijo su padre con voz cansada—. Lucy volverá a casa cuando se case, creo. No veo ningún sentido en perseguirla y convertir la situación en un escándalo.

—Ella es mi prometida. Le sugiero que debería hacer un poco más al respecto.

Evie frotó la espalda de su mamá cuando las palabras del duque provocaron otro ataque de histeria. —Lamentamos su pérdida, excelencia, pero poco podemos hacer, salvo ir tras ella. Ella podría estar en cualquier lugar ahora. Se pudo haber escapado en cualquier dirección. Estoy segura de que con el tiempo tu corazón sanará y se casará.

—Eso es lo que haremos. Ve tras tu hermana e infórmale que firmó un contrato para casarse conmigo, y lo cumplirá, o arruinaré a tu familia incluso más de lo que lo hará esta escapada.

—¿Cómo dijo? —dijo su padre, poniéndose de pie y enfrentándose frente a la nariz con el duque, que era mucho más alto que su sire.

Evie suspiró. Si su padre tenía la intención de intimidar al duque, no parecía estar funcionando, si sus labios finos y su mirada inexpresiva eran una indicación.

—Disculpe, señor Milton, pero usted estaba allí cuando se firmaron los contratos. Contratos que le otorgaron una gran suma de dinero para garantizar que el matrimonio tuviera lugar en sesenta días. Ese dinero se debe ahora porque su hija se ha escapado con otro hombre. Entonces, a menos que tenga esas mil libras en su escritorio para reembolsarme por mi problema, le sugiero que haga lo que le pido y vaya tras su descendencia.

—Padre no puede viajar muy lejos en estos días, Su Gracia. Su médico le ha recomendado que se quede cerca de casa —dijo Evie, sintiendo que necesitaba defender a sus padres, que eran inocentes como el duque en todo esto. No es que Lucy le hubiera contado su último plan. No tenía idea de que su hermana tomaría una acción tan drástica para poner fin a su compromiso. Se suponía que debía decirle al duque la verdad, no fugarse con el señor Brown.

Dios mío, todo esto era un desastre.

—Tiene un mal corazón —dijo su madre, hipando por efecto.

El duque se acercó a la ventana, murmurando entre dientes antes de volverse, de cara a todos. Sus ojos estaban un poco salvajes y Evie se estremeció al verlo. Cuando estaba disgustado, había algo extrañamente atractivo en el hombre. Era mucho menos refinado, menos duque y más hombre.

Un hombre muy delicioso que una vez más era libre para que el sexo opuesto lo persiguiera.

Hizo un gesto hacia Evie. —Su hija me acompañará. Para darle respetabilidad a la señorita Lucy cuando la regresemos a casa. No pueden haber ido muy lejos y volveremos en uno o dos días.

—Evie no se irá a ningún lado con usted, su excelencia —dijo su padre, con el rostro un poco rubicundo por el agravamiento. Evie se puso de pie y fue hacia él antes de llevarlo de regreso a su silla.

—Siéntate, padre. Sabes que el médico dijo que no quería que te estresaras de ninguna manera.

—No puedes ir con un hombre en un carruaje. Estarás arruinada y nunca te casarás.

—Me llevaré a Mary conmigo y usted olvida que ya soy conocida en Londres como solterona, padre. El duque montará a caballo fuera del carruaje, ¿no es así, excelencia? —dijo, mirando al duque en busca de acuerdo—. Se cumplirán todas las normas, lo prometo, si me permiten ir, claro.

Su padre miró a su madre un momento antes de que sus hombros se hundieran y suspiró. —Muy bien. Viajarás con el duque para traer a Lucy a casa. Si te vas hoy, existe la posibilidad de que los atrapes antes del anochecer. —Su padre la agarró del brazo, sosteniéndola firme—. Ella no debe

casarse con el Sr. Brown, querida —susurró sólo para sus oídos—. No tengo dinero para devolverle al duque. Si Lucy se casa con el Sr. Brown, nos arruinará económicamente y perderemos nuestra casa.

Evie suspiró, con su corazón un poco menos lleno por los problemas de su padre. Sin embargo, no todo estaba perdido. Compartían amigos mutuos. Quizás se podría persuadir al duque para que ofreciera ese dinero como préstamo y permitiera que su padre le pagara con el tiempo si Lucy se salía con la suya y se casaba antes de que la alcanzaran. Evie podría preguntarle esto. Después de todo, era su vecino de Wiltshire.

Ella asintió. —Lo haré, papá —susurró, antes de despedirse de ellos. Se dirigió a su habitación, necesitando hacer una maleta y organizar a su doncella Mary. Había mucho que hacer y muy poco tiempo para hacerlo.

CAPÍTULO CINCO

El camino hacia Londres fue arduo y largo, doblemente dado que ella lo había recorrido solo dos días antes. Su doncella estaba sentada frente a ella, su piel se volvía de un tono gris más oscuro con cada kilómetro que pasaba. No presagiaba nada bueno que Mary se sintiera mal tan pronto en el viaje. Tenían muchos, muchos días por delante.

—¿Estás enferma, Mary? Estás callada y pálida —preguntó, inclinándose hacia adelante para estrechar su mano, estrechándola un poco cuando no respondió—. ¿Mary?

La joven se reclinó contra los cojines y respiró hondo y con calma. —Oh, señorita Milton, me siento muy mal. Pensaba que ahora que tengo veintiún años la dificultad para viajar de mi infancia habría dejado de preocuparme, pero no es así.

—¿Te sientes como si estuvieras enferma? —Preguntó Evie, deslizándose hacia un lado del carruaje para bajar un poco la ventana. Viajaban en el carruaje del duque, un opulento carruaje con muchos muelles, y lo último que Evie quería era ver el contenido del estómago de Mary por el suelo o los cojines de seda. Dudaba que el duque apreciara el regalo.

—Así es, señorita. —Mary se acurrucó hacia adelante y se agarró el estómago—. Detenga el carruaje. Por favor, señorita Milton.

Evie le gritó al conductor a través de la ventanilla y, en un momento, el carruaje se detuvo. Tan pronto como Mary dio un paso afuera, echó un vistazo a sus cuentas, esquivando apenas las botas, pero no, sin embargo, las pezuñas del caballo del duque.

El caballo miró a Mary con una mirada de desdén, como si los caballos fueran capaces de tales cosas. Mary no se dio cuenta de todo ello, simplemente continuó arrojando grandes cantidades de líquido por todo el suelo. Evie miró al duque y notó que él también tenía un ceño de paciente hospitalizado y desdeñoso en la frente que hacía juego con su caballo.

Evie saltó del vehículo, se acercó a Mary y le frotó la espalda, consolándola de cualquier forma que pudiera. Afortunadamente, había dejado de jadear y simplemente estaba respirando profundamente, tratando de calmar su estómago.

—¿Te sientes un poco mejor? —preguntó, poniéndose de pie y haciendo un balance de dónde estaban. A través de los árboles más adelante, Evie divisó lo que parecía el comienzo de su siguiente ciudad, Hungerford. En su camino desde Londres, normalmente cambiaban de caballo aquí, pero no habían viajado mucho a Marlborough. Supuso que podían detenerse para almorzar, aunque era un poco temprano para eso.

—Caminaremos hasta Hungerford. No está lejos, y creo que es mejor que Mary no vuelva al carruaje todavía. Podríamos almorzar, lo que podría ayudar a su estómago revuelto. ¿No está de acuerdo, excelencia? —preguntó ella, atrapando su mirada.

Apretó los labios, pero cedió y asintió. —Estoy de acuerdo. Me adelantaré y pediré el almuerzo para todos. Charlie —le dijo el duque al lacayo que estaba sentado en la parte trasera del carruaje—, camina con la señorita Milton y la señorita Mary hasta el Bear Inn. Los encontraré a todos allí.

Evie ayudó a Mary a caminar hacia la posada, y cuanto más se acercaban a la ciudad, más color aparecía en sus mejillas. Su comportamiento mejoró. Sus ojos se iluminaron, todas buenas señales de que un paseo era lo que necesitaba para que Mary se sintiera mejor. —Creo que fue el carruaje lo que te hizo sentir mal, Mary. Almorzaremos y, con algo de optimismo, estará lo suficientemente bien para continuar esta tarde hacia Londres.

—Creo que estaré bien, señorita Milton. Lamento mucho ser un inconveniente. Pensé que mi enfermedad cada vez que viajaba me había pasado. Parece que no lo ha hecho.

—No, y no tuvimos tiempo esta mañana para desayunar bien antes de irnos, así que puede que eso tampoco te haya ayudado en absoluto. —Evie vio la posada encalada en la bulliciosa ciudad comercial y se dirigió hacia la puerta principal. Era un gran parador, mucha gente se movía y todos parecían muy ocupados con su empleo. Una bonita ventana de arco corría desde el primer piso hasta el segundo y le hizo pensar en los blancos de Londres y su famosa ventana de arco.

El duque, que debió de estar observándolos desde adentro, salió a la luz del sol, y una pequeña oleada de placer se instaló en su estómago.

Era un hombre tan guapo. Su hermana estaba confundida o, de hecho, estaba enamorada del señor Brown por haber cambiado a un duque por un granjero. Evie no podía verse a sí misma separándose del duque si éste le ofrecía la mano. Si la hubiera elegido para ser su esposa, ella le habría hecho enamorarse de ella, sin importar cuánto tiempo hubiera tardado. El duque los vio caminar hacia la posada y Evie se estremeció cuando su mirada notó su apariencia, deslizándose sobre ella como una caricia. Si pensaba que ella no se había dado cuenta, estaba equivocado. Había poco que ella no discerniera cuando se trataba del duque.

¿Le gustó lo que vio? Suponía que ahora que su hermana se había escapado con otro hombre, ya no necesitaba preocuparse por la súplica de Lucy para que Evie se lo llevara y lo obligara a terminar su compromiso. Evie solo podía esperar que su hermana estuviera casada cuando los alcanzaran. El duque podía estar decepcionado por un tiempo, pero seguramente su corazón se curaría. Eso es si su corazón alguna vez estuvo involucrado con respecto a su hermana y, a veces, por la forma en que hablaba y la forma en que la miraba, no podía evitar dudar de que ese fuera el caso.

Se acercaron al duque y él hizo una reverencia y le tendió el brazo a Evie. —Señorita Mary, ya se ve mucho mejor. Señorita Milton, nos sirven el almuerzo en el salón privado.

La posada por dentro estaba tan ocupada como por fuera. La taberna estaba llena de mesas y gente comiendo. Algunos se sentaban en la barra, comiendo y bebiendo y ocupados discutiendo todo tipo de asuntos mientras esperaban la próxima diligencia o el cambio de caballos.

Su doncella la miró como si nunca hubiera visto algo así antes, y Evie tiró de ella hacia donde el duque los estaba llevando. Abrió una puerta y les hizo un gesto para que entraran. El salón privado era una habitación amplia y luminosa que daba al bonito río Dun. La mesa estaba llena de pan y embutidos, queso y una tetera humeante.

A Evie se le hizo la boca agua ante la vista y avanzó, sentándose frente a la ventana para poder ver lo que pasaba en el río. —Esto se ve maravilloso, Su Gracia. Gracias por el delicioso almuerzo.

Se sentó frente a ella y llenó su plato con una selección de lo que tenían delante. —Por supuesto. No es ningún problema.

Evie se sirvió una taza de té y, mientras tomaba un sorbo de su oscuro brebaje, suspiró de alivio al tomar un trago. —Qué refrescante. No creo que pudiera sobrevivir sin té. ¿No estás de acuerdo, Mary?

Mary se rio y el duque sonrió, cortó un gran trozo de queso y lo colocó en su plato.

—No, señorita Milton.

—Vamos a viajar a Reading a continuación. Me temo que pasarán varias horas en el carruaje por carreteras accidentadas e irregulares. No llegaremos al próximo pueblo hasta el anochecer. ¿Cree que estará lo suficientemente bien para continuar, señorita Mary?

—Eso creo, Su Gracia. Ahora que tengo algo para comer, todo estará bien, estoy segura.

* * *

NO ERA EL CASO. Finn estaba de pie junto a su caballo, que pastaba la hierba al costado de la carretera mientras la señorita Mary devolvía su almuerzo por tercera vez en otros tantos minutos. A menos de una milla de la carretera y el carruaje se detuvo para que la criada pudiera vomitar. No iba a ser soportado y no podría continuar. Si quería alcanzar a la señorita Lucy Milton antes de que se fugase con su caballero admirador preferido, tenían que viajar rápido y sin problemas.

Necesitaba casarse con Lucy. Y necesitaba casarse con ella poco antes de que se le acabara el tiempo y perdiera toda su riqueza con su primo, salvo su patrimonio.

La impaciencia lo carcomió y suspiró, su mente trabajando furiosamente sobre qué hacer. —Eso es. Esto no puede continuar señorita Milton, cabalgará detrás de mí en mi caballo hasta que llegemos a Reading. Dickens y Charlie acompañarán a la señorita Mary de regreso a Hungerford en el carruaje y organizarán un carruaje privado para regresarla a casa en Marlborough. Es obvio que no podrá viajar toda la distancia hasta Londres, menos hasta Gretna, en caso de que tengamos que ir tan lejos. Le pido disculpas, señorita Milton, pero no podemos perder más tiempo.

—Pero no estaré acompañada —dijo la señorita Milton, con los ojos muy abiertos por el escándalo.

Desafortunadamente, lo estaría, pero poco podía hacer al respecto. La criada no podía viajar con ellos. Su estómago no estaba construido para largas distancias, obviamente. —Iremos como hermano y hermana hasta Londres, y desde allí, tomaremos un carruaje sin marcar hacia el norte para detener los ojos curiosos.

—Dickens —dijo, volviéndose hacia su conductor—. Te esperaremos en Reading.

—Como ordene, excelencia —dijo Dickens, subiendo de nuevo a la caja.

—¿Cuánto tiempo crees que estaremos en Reading? ¿Y si nos encontramos con alguien que conocemos? Estaré arruinada.

—Es un riesgo que debemos correr para traer de vuelta a tu hermana. Lo siento, pero tomé una decisión.

La boca exuberante de la señorita Milton se adelgazó en una línea de disgusto antes de volverse hacia Mary y tomar las manos de su doncella. Fue muy amable con la doncella y le habló igual que como a una mujer que era su sirvienta. Como duque, nunca había pensado mucho en las personas que trabajaban para él, siempre y cuando cumplieran con sus deberes y actuaran de manera aceptable debido a su posición en una casa ducal. Siempre fue justo y amable, pero no amistoso. Era algo nuevo de ver.

—¿Cuáles son tus pensamientos, Mary? ¿Estás contenta con este plan?

Mary asintió con la cabeza, su cabello se le cayó de sus muchas horquillas después de un día de revisar sus cuentas. —No puedo continuar, señorita Milton. Lamento mucho hacerle esto.

La señorita Milton ayudó a Mary a volver al carruaje, su mano frotando distraídamente la espalda de la doncella para consuelo. —Todo irá bien, Mary. Solo espero que el viaje de regreso a casa no sea demasiado agotador para ti.

—Yo también —dijo Mary, subiendo al carruaje. —Gracias, señorita Milton. Su Gracia —dijo

la doncella, antes de recostarse en los cojines y cerrar los ojos.

Asegúrese de que la señorita Mary esté en viaje de manera segura en un carruaje privado de regreso a la propiedad de la señorita Milton. Pague generosamente para que, si necesita detenerse, el conductor lo haga cuando sea necesario. Nos veremos mañana en Reading.

—Muy bien, Su Excelencia —dijo el conductor, haciendo clic en las riendas para hacer girar el carruaje, antes de emprender el camino de regreso por el camino que acababan de recorrer.

—Venga, señorita Milton —dijo Finn, tendiéndole la mano para ayudarla a subir a su caballo. Ella le lanzó una mirada, mirando a su caballo, y sus ojos se abrieron como platos. Sin duda la idea de montar su bestia y viajar hasta Reading era el menor de sus deseos.

Ella se giró y le hizo un gesto al carruaje que se alejaba y luego hizo lo que él le ordenó, acercándose a él y tendiéndole la mano para que la estrechara.

En el momento en que envolvió sus dedos sobre los de ella, el calor se deslizó por su brazo y en su pecho. La subió a su caballo, envolviendo sus manos alrededor de su estómago y asegurándolas ante él. No era necesario que ella lo abrazara tan fuerte, pero contra su mejor juicio, él la ayudó a hacerlo. Ella se inclinó sobre su espalda, abrazándolo con fuerza y la sensación de sus piernas, sus brazos envueltos alrededor de él, hizo que su mente se apoderara de las nociones. Otros pensamientos de ellos juntos, apretados fuertemente.

Cerró los ojos, preparándose para el largo viaje de la tarde a Reading. Sin más preámbulos, giró su montura y la pateó al galope, necesitando distraerse de la mujer detrás de él. Finn pronto se dio cuenta de su error al dejar a Evie detrás de él. Ella se ondulaba contra su espalda con cada paso, y ahora conocía la sensación de sus pechos. Suaves y llenos y no suyos para tocar.

Se iba a casar con otra persona, se recordó. La mujer detrás de él era la hermana de su prometida. Ella le estaba prohibida.

Las horas se cernían ante él. Horas de tortura mezcladas con placer.

No sobreviviría, de eso estaba seguro.

CAPÍTULO SEIS

El trasero de Evie se había entumecido horas antes y ya no era consciente de sus piernas. También le dolían, y con cada paso de los cascos del caballo, ella se encogía, queriendo bajarse de la bestia para nunca jamás volver a subirse a otra.

Montar tantas horas cuando una no estaba acostumbrado al ejercicio era insoportable. Una excursión por Hyde Park era una cosa, pero millas a lomos de un caballo, sobre un terreno irregular, resbaladizo y, a veces, rocoso era otra muy distinta. Ella estaría agradecida por el carruaje de nuevo mañana, y no solo porque su trasero se lo agradecería. Ella cuestionaba que pudiera aguantar otro día sentada detrás del duque de Carlisle sin que sus manos hicieran algo desagradable, como acariciar su pecho.

Ella miró por encima de su hombro, moviendo los ojos para observar su perfil. A pesar de todo el dolor que estaba experimentando su trasero, su cuerpo no sufría más que placer. Uno que el duque forjaba dentro de ella.

Era muy atractivo. Su nariz recta, su mandíbula cincelada y sus labios de aspecto dulce la dejaban sin aliento y dolorida y no solo su trasero. Si sucedía que el plan de su hermana de casarse con otro se frustraba y el duque se convirtiera en su cuñado, Evie sabía que tendría que limitar su tiempo con su hermana desde el día de su matrimonio.

Había algo en el duque que le gustaba y, en el fondo, lo quería para ella. Era una tontería por su parte, en realidad, ya que nunca había pensado demasiado en él cuando estaban en Londres y circulaban dentro del mismo grupo de amigos. Pero ahora, en el campo y rumbo a Londres, había poco más que imaginar. Era todo en lo que pensaba.

Evie flexionó las manos, sintiendo las duras y musculosas líneas debajo de sus dedos antes de juntarlos para detener su caricia inapropiada. Se quedó inmóvil ante su toque, algo que había hecho a menudo durante el viaje al norte. Sus pechos se sentían pesados en su vestido de viaje; sus pezones se endurecieron por deslizarse contra su espalda. Durante un tiempo, había apoyado la cabeza contra su espalda, simplemente tratando de lidiar con los placeres que estaba obteniendo del duque mientras podía.

Era tan abrumador que si no se detenían pronto, ella estaría tentada a frotarse contra él como un gato.

Un carruaje pasó retumbando junto a ellos, y Evie miró hacia adelante para ver el comienzo de una aldea importante. El alivio la invadió porque pronto se habría puesto de pie. A pesar de todas las agradables reacciones que el duque provocaba en su interior, estaría agradecida de ponerse de pie.

En poco tiempo, el duque detuvo su caballo frente al Crown Inn, un edificio de ladrillo rojo con un patio del establo a un lado. Alargó la mano y extendió el brazo. —Aquí, déjame ayudarte a bajar —dijo, encontrándose con su mirada.

Evie desvió su atención hacia su mano y la apretó con fuerza. ¿Por qué tenía que consumirla tanto? ¿Ser tan generoso y encantador?

Tan inalcanzable.

Bueno, al menos en su opinión, lo era. Él tenía razón en este momento, persiguiendo a su hermana para rogarle que se casara con él todavía, a pesar de que ella estaba enamorada de otra persona.

La idea de que él hiciera todo lo que se había propuesto la llenó de desesperación y se bajó del caballo. Había esperado que sus piernas la mantuvieran erguida, pero en cambio, sus rodillas cedieron y continuó su espiral descendente hasta que su trasero golpeó el patio de tierra y rocoso.

—Señorita Milton —gritó el duque, saltando de su montura y agachándose para ayudarla. Él le tomó las manos y la ayudó a levantarse.

—Gracias, Su Gracia —dijo, alcanzando detrás de ella y tratando de masajear su trasero sin ser evidente para quienes los rodeaban. —Parece que he estado sentada demasiado tiempo hoy.

El duque la miró con el ceño fruncido, todo seriedad. —Debería haberle preguntado si estabas acostumbrado a viajes tan largos. Pido disculpas por la falta de atención, señorita Milton.

—Evie, por favor. Señorita Milton me hace parecer una solterona.

Él le lanzó una pequeña sonrisa, antes de entregar su caballo a un mozo de cuadra que esperaba y llevarla adentro. —Puede llamarme Finn entonces a cambio. Especialmente porque vamos a ser hermano y hermana por un tiempo.

—Eso es cierto —dijo ella, devolviéndole la sonrisa antes de tomar su brazo.

Se dirigieron al interior de la posada y se detuvieron en la taberna. También era similar adonde habían almorzado hoy en Hungerford.

—Dos de sus mejores habitaciones, por favor. Por una noche. —El tabernero se pasó las manos por el delantal mugriento y los estudió a ambos—. Solo me queda una habitación. Es lo mejor que tengo. —Los ojos del tabernero se entrecerraron en Evie y ella se acercó al duque, escondiéndose un poco detrás de su brazo.

—Mi hermana y yo necesitamos habitaciones separadas. Pagaré generosamente.

El hombre se encogió de hombros y cruzó los brazos sobre su ancho pecho. —No puedo ayudarle, lo siento. Tengo una habitación. Tómelo o déjelo.

Evie miró al duque y no se perdió la expresión de dolor que cruzó su rostro. Supuso que no era con ella con quien quería estar a solas, sino con su hermana. No importaba lo que Lucy pensara del duque, Evie no tenía ni idea de si sus sentimientos eran genuinos. Todo lo que había visto de él cuando estaba cerca de su hermana le decía que sí.

Tal vez estaba desconsolado porque su hermana se había escapado con otro hombre.

—Tomaremos la habitación —dijo con voz aburrida. —Pídale a una doncella que le traiga un baño de asiento para mi hermana, y necesitaremos una cena sustanciosa, con vino. Además, ropa de cama extra ya que dormiré en el suelo.

Los ojos del tabernero se iluminaron al sentir que el hombre que tenía delante tenía algún medio para obtener una moneda extra. —Puedo conseguir un colchón que extra si quiere. Puede colocarlo delante del fuego para mantenerse caliente.

—Eso funcionará muy bien. Gracias.

El hombre gritó llamando a una tal Masie, y una mujer joven y despeinada entró corriendo en la taberna, con las mejillas enrojecidas por el cansancio y una pequeña línea de sudor en la frente.

—Lleve al caballero y a su hermana a nuestra mejor habitación y luego regrese a mí para recibir más instrucciones.

La joven hizo una reverencia y les hizo un gesto para que la siguieran. —Por supuesto, papá. —Observó su apariencia y luego les hizo un gesto para que la siguieran. —Por aquí, por favor.

Subieron un corto tramo de escaleras y caminaron por un pasillo estrecho antes de que Maisie

pusiera la llave en una puerta y la abriera, mostrando su mejor dormitorio para sus invitados. La habitación tenía un fuego encendido y listo para que los próximos invitados ocuparan el espacio. La criada se acercó rápidamente y, usando una caja de yesca, encendió la leña.

Había dos sillas delante de la chimenea. Una gran cama de madera yacía en medio de la habitación y más allá una pequeña antesala con una puerta. Evie se acercó para inspeccionar hacia dónde conducía la puerta y encontró un inodoro y una pequeña bañera en el interior. Evie supuso que al menos podrían bañarse y ocuparse de sus necesidades personales sin que el otro oyera ni viera nada.

Un pequeño alivio ya que tenían que compartir la misma habitación.

Evie esperó al pie de la cama hasta que la criada se fue. En el momento en que la puerta se cerró detrás del sirviente, se acercó y retiró la ropa de cama, revisando las sábanas en busca de piojos. La ropa de cama estaba limpia y olía a limón y afortunadamente no tenía insectos.

—Puede quedarse con la cama. Dormiré en el colchón ante el fuego que se está encendiendo.

Caminó por la habitación, mirando por la hilera de ventanas que daban a la vía principal de la ciudad, los carruajes bulliciosos y la gente. ¿Su hermana había viajado por allí de camino a Londres? ¿Fueron primero a Londres o viajaron al norte por otros medios? Su viaje hacia el norte podía ser una pérdida de tiempo para todos, especialmente si Lucy ya estaba casada con su Sr. Brown. O peor aún, estaba escondido en algún lugar como Bath.

Un movimiento con el rabillo del ojo llamó su atención, y se volvió para ver al duque subiéndose la camisa por la cabeza, arrojándola al azar sobre la silla con respaldo de orejas ante el fuego ahora crepitante. Su corbata, chaleco y abrigo ya estaban descartados.

Su boca se secó al ver su cuerpo cincelado. Nunca antes había visto a un hombre en un estado tan casi desnudo. Sus dedos ansiaban recorrer el centro de su pecho, el ligero declive que apuntaba hacia sus pantalones era un camino que sin duda le gustaría recorrer. Se mordió el labio, todos pensamientos deliciosos y malvados entraron en su cabeza. ¿A qué sabría su piel si su lengua fuera a asomar y lamerla? ¿Era áspero el mínimo de vello en el pecho? ¿Le haría cosquillas en la cara si apoyara la cabeza contra él?

Evie se volvió para mirar por la ventana. ¿De dónde venía ese pensamiento? Cerró los ojos un momento, disgustada consigo misma por la contemplación descarriada. Si la sorprendía mirándolo con esos ojos, la hermana solterona de su prometida, no lo soportaría. No importaba cuánto deseara interesarle, no podía ser. Estaba destinado a otra, y tendría que recordarlo hasta que viera que su hermana estaba realmente casada y feliz con su elección.

La comprensión la dejó muda, y miró por la ventana, preguntándose qué haría con la verdad. Su hermana le había pedido que la ayudara a romper el entendimiento, pero hacerlo sin que él supiera que Lucy estaba a favor de este plan la hacía parecer una hermana malvada y villana.

Pero entonces, era consciente de que su hermana se había escapado con otro hombre, por lo que al menos debió haber pensado que Lucy no lo quería como él esperaba. No es que Evie soñara con casarse con el duque, pero ciertamente no le importaría un beso robado o dos de la hermosa bestia. Y si ese beso los llevaba a más, o descubrían que encajaban mejor que él con su hermana, no había nada de malo en eso. De hecho, nunca antes se le había agitado el estómago ni se le había acelerado el corazón tanto como cuando estaba con Su Alteza.

La sola visión de él sin su camisa le había hecho doler en lugares que no sabía que podrían y la hizo anhelar cosas que pensaba perdidas para ella. Tal vez su hermana al huir y romper su compromiso fue una señal, una posibilidad de que Evie pudiera tener una oportunidad de ser feliz después de todo.

Vislumbró al duque, que ahora estaba buscando en su bolsa de viaje, buscando quizás una muda

de ropa. Todo esto, sin embargo, dependía de si él la veía de una manera romántica, lo que en este momento ella no creía que él hiciera.

—Voy a ir a lavarme —dijo, pasando junto a ella como si caminar medio desnudo en una habitación con una mujer que no era su esposa fuera un hecho natural.

El pícaro ...

Llamaron a la puerta y Evie le pidió a la doncella que entrara. Dos hombres fornidos trajeron baldes de agua caliente que colocaron cerca de la entrada del inodoro, junto con una abundante comida y vino que colocaron en una pequeña mesa frente al fuego.

—Regresaremos en una hora para retirar los platos y hacer la segunda cama —dijo la criada, haciendo una rápida reverencia antes de irse.

Evie se sentó frente al fuego y se sirvió dos copas de vino, el olor a cordero y verduras hizo que su estómago retumbara. El duque se unió a ella, vestido apropiadamente una vez más, pero aún tan guapo como el pecado.

Un gruñido de satisfacción salió de sus labios al ver la comida, y ella luchó por no reaccionar ante el sonido. Ella no había estado con él. Nunca antes había reaccionado de esa manera con un hombre, entonces, ¿por qué lo estaba haciendo con el duque? Cuando estaba en Londres, ella no canturreaba como una debutante enamorada cuando bailó con él, pero en Londres no habían estado solos y ella había estado demasiado ocupada tratando de recordar los pasos de su baile que preocupándose por lo que él pensaba de ella. Como mucho.

—Estoy hambriento —dijo, sonriéndole mientras tomaba un sorbo de vino.

Evie conocía bien el sentimiento y no siempre por la comida que tenía delante. Ella asintió con la cabeza, sonriendo. —El estofado y el pan huelen delicioso. Gracias por todo esto, Finn. Le devolveré mi pasaje a Londres cuando pueda. Me disculpo porque mi padre no pudo antes de que nos fuéramos.

—Entiendo la situación de su padre. Este no es un gasto gigantesco. Creo que puedo soportar unos días en la carretera con mi *hermana* —dijo, torciendo la boca en una sonrisa maliciosa.

Evie se rio entre dientes ante su comentario en contra de su mentira al propietario de la posada de que estaban relacionados. Cogió su tenedor y pinchó una patata. El estofado estalló en su lengua con un toque de caleidoscopio de sabor en su lengua, la carne tierna y sabrosa, las verduras cocidas a la perfección y no sobrecocidas. El pan caliente y condimentado. El vino tinto complementaba el cordero y dejaba los músculos cansados de Evie calmados y relajados como si se hubiera sumergido en un baño caliente y profundo.

—Nunca antes había viajado a Escocia. Solo espero que el carruaje llegue mañana, para no tener que volver a montar detrás de ti en tu caballo. No creo que mi cuerpo sea capaz de volver a soportar tantas horas a lomo de tu montura.

Él sonrió. —Me disculpo de nuevo, Evie. Debería haberte preguntado si había recorrido esa distancia. No cometeré ese error otra vez.

Ella se encogió de hombros. Una de las principales razones de su malestar era el hecho de que había tenido que abrazarlo durante tantas horas. Incluso ahora, sus dedos podían sentir los contornos de su cuerpo, el calor de su piel, el olor a sándalo y lino limpio y planchado. Ahora que lo había visto sin camisa, bueno, esa imagen había quedado impresa en su mente y no ayudaba a su cuerpo a recuperarse de estar presionado con fuerza contra él durante horas y horas.

—Por favor, no se sienta como si tuviera que dormir en el suelo por mi culpa. La cama es lo suficientemente grande para los dos y, como sabe, nadie nos conoce a ti ni a mí aquí, incluso si nos encuentran juntos. —Evie cerró la boca de golpe, sin saber de dónde venía el escandaloso pensamiento. O quizás ella lo sabía. De años de desear encontrar un marido como lo habían hecho

sus amigas, que la quisieran tan apasionada y devotamente como a ellas. Su cuerpo, a veces, le dolía físicamente con la necesidad de tener lo que ellas tenían. Ser tan felices como ellas.

Aun así, ella y el duque no podían compartir la misma cama. El suelo tendría que servirle.

Sacudió la cabeza, sorbiendo su vino. —No puedo hacer eso. Eres una doncella soltera y la hermana de mi prometida. No estaría bien.

Evie pensó en su respuesta. Necesitaba saber que sus posibilidades de casarse con Lucy eran nulas ahora que su hermana se había escapado con otro hombre. Seguramente, él podía ver eso. —Lucy probablemente ya esté casada, e incluso si no lo está, seguramente no desearía casarse con una mujer que está enamorada de otra persona. —El duque se merecía la felicidad, como todos los demás. No había ninguna razón por la que no pudiera tomarse su tiempo para cortejar a otra y luego casarse con ella. Era joven y tenía mucho tiempo para elegir novia.

—No sabe si está casada.

—No —estuvo de acuerdo, entendiendo demasiado bien que Lucy no quería casarse con el duque, incluso si no había un tal Sr. Brown involucrado en la fuga de su hermana.

—Por supuesto, no quiero casarme con una mujer que se ha arrojado sobre otra persona, pero hay otras cosas en juego.

—¿Qué cosas? —Preguntó Evie, estudiándolo mientras se sentaba hacia adelante, ajustando su asiento.

—Muchas cosas. El dinero ha cambiado de manos entre tu padre y yo. Se han firmado contratos matrimoniales.

Todo es cierto, desafortunadamente, pero aun así, hasta que se pronunciaran los votos, nadie estaba obligado a cumplir con el acuerdo. —Lucy y el Sr. Brown están un día por delante de nosotros con los viajes. Por lo que sabemos, podrían haber ido a caballo en lugar de en un carruaje, haciéndolos más rápidos que nosotros en un carruaje. Es posible que haya obtenido una licencia especial y planeen casarse en Londres. Puede que sea demasiado tarde.

—Puede que sea demasiado tarde, pero tengo que intentarlo.

—¿Por qué? —Preguntó Evie, ahora curiosa. Fue a ajustarse la corbata que no estaba allí, no después de quitarse la camisa antes. En cambio, su acción llevó su mirada a su cuello y la camisa que estaba solo parcialmente abrochada. Tenía una garganta preciosa. Ella miró su comida, necesitando distraer su vista de él.

—Teníamos un acuerdo. Soy un duque. ¿Quién rechaza ser duquesa por el amor de Dios?

—Finn —dijo con un tono un poco de reprensión. Siento que debo advertirle que si mi hermana aún no está casada para cuando nos reunamos con ella, es posible que no desee casarse con usted y no la forzaré. Tampoco te permitiré que lo haga. —Especialmente cuando sabía que Lucy no quería casarse con el duque en absoluto. Qué terrible lío era todo esto.

La miró por un momento, entrecerrando los ojos. —No la forzaré tampoco, pero creo que me deben una explicación y o al menos una disculpa. No me gusta el escándalo y la contienda. Ya tuve suficiente de eso para que me dure dos vidas, y no veré que mi nombre sea arrastrado y cotilleado sobre Londres como el último chisme, todo por las acciones de su hermana. —Hizo una pausa y se secó la boca con brusquedad con la servilleta. —Si ella no desea casarse conmigo, me aseguraré de que esté casada y, por lo tanto, mi nombre no podrá y no volverá a asociarse con ella.

Evie dejó su tenedor y se reclinó en su silla, el cansancio la inundó de repente. —Me temo que es posible que no tenga otra opción en eso.

—Me temo que está equivocada —dijo, volviendo a sumergirse en su comida con entusiasmo.

Evie se puso de pie, dirigiéndose hacia el inodoro privado que tenían. —Voy a verter los baldes de agua caliente en el baño de asiento y a refrescarme.

—Oh, déjeme ayudarla con eso —dijo, poniéndose de pie y caminando hacia los cubos antes de que ella tuviera la oportunidad de decirle que era más que capaz. Evie retrocedió y observó cómo vertía los cuatro cubos en la bañera, los músculos de la espalda se flexionaban cada vez que se inclinaba y la tentaba una vez más.

—Gracias. —Evie se hizo a un lado cuando pasó.

—Eres muy bienvenido. —Se detuvo a su lado, y ella miró hacia arriba, encontrándose con sus orbes de un azul profundo que tenían párpados pesados y le hacían sentir un hormigueo en la piel.

—Disfruta de tu baño, Evie. —Su voz era profunda y ronca.

Evie obligó a sus piernas a moverse hacia la habitación, pero se detuvo en el umbral y le lanzó una mirada por encima del hombro. —Yo podría... Finn.

CAPÍTULO SIETE

Finn estaba en el infierno. Literalmente. El sonido del agua del baño de asiento salpicando en la habitación contigua, los gemidos y suspiros de Evie cada vez que se relajaba en la pequeña bañera era una tortura. Su mente se llenó de imágenes de su forma desnuda y dulce, de sus pechos convirtiéndose en un tono rosado por el agua tibia. Su piel tersa y fragante por el jabón.

Ella tendría un sabor delicioso y él quería besar cada parte de ella. Se llenó de su sabor y se atiborraría hasta que no poder sostenerse más.

Se inclinó hacia adelante en su silla, agarrando su cabeza entre sus manos. Estaba prometido, maldita sea. Se suponía que debía casarse con la hermana de Evie.

El pensamiento le hizo detenerse. Se estaba quedando sin tiempo para ir a la corte y casarse con cualquier otra persona de su condado de origen. No es que tuviera muchas para elegir. Lucy Milton era la única que satisfacía sus necesidades y el decreto de su padre en su testamento. Joven para tener hijos y nacida de una familia de caballeros.

La señorita Milton mayor podría sustituir a su hermana menor, supuso, pero era mucho mayor. Es menos probable que le diera hijos. Era una solterona que iba camino de sentarse con las matronas de la alta sociedad cada temporada, cuidando de sus jóvenes a cargo en lugar de ser una nueva esposa.

Suspiró, odiando la idea de que Evie fuera archivada de esa forma. Puede que ella no fuera adecuada para él, un duque que necesitaba hijos sanos y pronto, pero sería adecuada para un caballero rico, o incluso un señor.

En realidad, necesitaba pensar en lo que haría si Lucy se casara. Por qué accedió a casarse con él en primer lugar si estaba enamorada de otra persona estaba más allá de él, pero eso no importaba ahora. Si pudiera convencer a la señorita Lucy de que cediera en su curso actual, regresara a Wiltshire y se casara con él, todo iría bien. Antes de que cumplieran sesenta días y se quedara sin un centavo. No es que la idea de casarse con la chica le llenara de expectativa ahora. Había tomado su decisión, por absurda que fuera, y debería vivir con ella. No, se aseguraría de que ella estuviera casada para poder pedirle a otra que fuera su esposa, regresar a casa y encontrar una de inmediato.

La puerta del baño se abrió y Evie entró en la habitación. Con cada paso, su camión se balanceaba contra sus piernas y le daba una vista encantadora de sus tobillos. Ella se había puesto una bata larga, dándole discreción, y, aun así, su sangre se calentaba al verla.

Su cabello ya no estaba recogido, sino que descansaba sobre sus hombros en rizos sueltos y oscuros. Sus labios se habían endurecido por el baño y su piel estaba radiante. Desvió la mirada hacia el fuego. No necesitaba mirarla más de lo que estaba obligado a hacerlo. Ella era demasiado tentadora, demasiado dulce e inocente para que él tuviera esos pensamientos sobre ella. De lo que le gustaría hacer con ella.

De cómo tomaría esos labios carnosos, besaría su cuello y mamaría los pechos que

perseguirían sus sueños de esta noche en adelante.

Ella se sentó en la silla frente a él y, incapaz de negarse a sí mismo, se llenó, desde sus pies descalzos hasta sus deliciosos labios.

—¿Está seguro de que deseas dormir en el suelo? Está pagando por la habitación. Me siento mal de que tenga que dormir en algo tan duro.

Ante la mención de su cama que estará en el suelo, sonó un golpe en la puerta. Finn les pidió que entraran y se puso de pie cuando entró un joven sirviente que llevaba en un colchón y una criada le seguía los talones con sábanas y mantas.

—Aquí tiene, señor —dijo la criada, ayudando al joven a preparar la cama frente a la chimenea. Finn y Evie se hicieron a un lado y vieron cómo rápidamente armaba la cama en el suelo. —¿Necesitará algo más, señor?

—No, eso será todo. Gracias. —Los siguió hasta la puerta y lanzó el cerrojo mientras sus pasos resonaban por el pasillo.

Evie miró fijamente su cama un momento antes de encontrar su mirada. —Bueno, si está seguro entonces. Buenas noches, Finn.

—Buenas noches, Evie.

No miró mientras ella se acomodaba debajo de las mantas ni miró para ver cuando se durmió y rodó sobre su espalda. Con el sonido de respiraciones profundas y uniformes, una sonrisa curvó sus labios cuando notó que ella dormía en el centro de la cama, con uno de sus brazos extendido a un lado y ocupando la mayor parte de la habitación libre.

Finn se sentó durante varias horas más ante el fuego, mirando cómo la madera se convertía en cenizas. Lo alimentó bien para la noche, antes de acomodarse en su cama improvisada.

Sorprendentemente, hacía más calor de lo que pensaba y, sin embargo, el sueño se le escapaba. Las suaves exhalaciones que venían del otro lado de la habitación le hacían desear cosas que no debería querer y no podía soportarlo.

Estaba en el infierno.

EN ALGÚN MOMENTO en medio de la noche, Evie se despertó temblando. Se sentó, buscando a tientas las mantas que se había quitado y que estaban amontonadas al final de la cama. La habitación estaba a oscuras, salvo por los pocos rayos de luz de la luna que entraban por las cortinas cerradas.

Miró hacia donde dormía el duque, un montículo ante el fuego que brillaba con brasas pero sin leña. Evie se deslizó fuera de la cama y se dirigió con cuidado hacia el fuego. Cogió uno de los troncos toscos que estaban apilados pulcramente a un lado y lo arrojó, la madera añadida a las brasas chisporroteó y escupió un momento antes de que se encendiera y un calor delicioso ahuyentara el frío.

Comprobando que la rejilla del fuego estaba en su lugar, pasó de puntillas al lado del duque. Durante un tiempo, se sentó en la silla y se calentó antes de volver a la cama. Había una corriente de aire en la habitación y que la había helado hasta los huesos.

Su pie se atascó en su colchón y cayó, incapaz de enderezarse. Evie se abalanzó sobre el duque, golpeando su caída con las manos tanto como pudo, aun así, la sensación de su pecho sólido y desnudo contra sus palmas hizo que su cuerpo ardiera. —Lo siento mucho, Finn.

—¿Qué diablos estás haciendo? —dijo, con sus palabras arrastradas por el sueño.

Ella se encogió, podía imaginarse lo que estaba pensando. Que se estaba lanzando sobre él, literalmente. Ya era bastante malo que ella hubiera tenido pensamientos de hacer precisamente

eso, sin embargo, sin su aprobación. —Estaba avivando el fuego y tropecé con tu ropa de cama. Me disculpo.

Sus manos giraron para posarse en su cintura, y la levantó de él, dejándola a un lado de su cama. —¿Está bien? ¿Se lastimó cuando cayó?

Solo su orgullo. Probablemente pensó que se había caído sobre él a propósito para obligarlo a manosearla. El calor floreció en sus mejillas, y estaba agradecida de que la habitación estuviera llena de sombras para que él no pudiera ver su vergüenza. —Estoy bien. Me disculpo — tartamudeó, moviéndose hacia el lado de la cama para volver a la suya.

—Espere. —Sus brazos pasaron sobre los de ella, calentándola más que cualquier fuego. Evie se quedó quieta, reprimiendo un suspiro de placer ante su toque—. Su piel está tan fría como el hielo.

Su declaración la sacó de sus pensamientos. —Por eso me acerqué al fuego. Iba a calentarme en una silla por un tiempo.

Bajó las mantas y palmeó el espacio a su lado. —Ven, acuéstate a mi lado. Yo te mantendré caliente. Nadie lo sabrá y su reputación no sufrirá ningún daño. Se lo prometo.

Ella miró el espacio junto a él con nostalgia. Nada le gustaría más que estar cerca del duque y toda su dulce belleza, pero no podía. Acostarse a su lado era una tentación a la que no creía poder negarse.

—No debería. —Ella vaciló, su voz sin aliento. No había esperanza para ella. Siempre que estaba cerca de él, actuaba como una tonta que estaba experimentando su primer giro en un salón de baile con un hombre.

—Pero lo harás. —Él tomó su mano, tirándola hacia abajo para que se acostara a su lado antes de enderezar las mantas para cubrirlos a ambos. Su brazo se escabulló alrededor de su cintura y la alzó contra su pecho.

Evie miró hacia la oscuridad de la habitación, su pecho era un sólido músculo contra su espalda. Un calor reconfortante se filtró por sus venas heladas, y pudo sentir que sus ojos se volvían pesados por el sueño a pesar de que su cuerpo vibraba de necesidad.

Ella se movió, poniéndose cómoda y él apretó con más fuerza. —Estate quieta. —Su aliento le hizo cosquillas en el cuello, y ella se mordió el labio, tentada a moverse un poco más para ver qué haría el duque.

—Lo siento, estaba tratando de ponerme cómoda. —Evie se quedó dormida con una sonrisa en los labios.

* * *

EVIE SE DESPERTÓ con una sensación de satisfacción. En algún momento de la noche, se había dado la vuelta en la cama y ahora estaba cubierta por el duque. Su cabeza descansaba sobre su hombro, su pierna descansaba sobre una de las suyas y su brazo se desplomaba sobre su pecho donde podía sentir el latido constante de su corazón.

Debería moverse, salir de la cama y vestirse, pero no podía. Ella no quería. Acostarse en los brazos de un hombre, apretada contra él mientras dormía, era una experiencia deliciosa que nunca antes había tenido. Era nueva y encantadora. ¿A quién no le gustaría una forma así de empezar el día?

Se movió un poco a su lado, acercándose a ella y le dio un suave beso en la cabeza antes de quedarse quieto. Evie se maravilló ante el gesto inesperado; seguro que no había tenido la intención de besarla.

—Me disculpo, Evie. El sueño siempre me vuelve un poco confuso por la mañana. No quise abordarte así.

Ella lo miró y se encontró con su mirada. Su corazón latía un poco más rápido en su pecho ante la inspección de ella con los párpados pesados. Por su vida, no podía moverse. Si fuera como cualquiera de los otros caballeros que merodeaban por la alta sociedad, seguramente podría inclinarse y besarla. Aprovecharía la oportunidad cuando se le presentara. Quería que él la besara. Su primer beso y posiblemente el último debería ser con un hombre como el duque. Si no la hubieran vuelto a besar en su vida, al menos habría experimentado un beso con un hombre a quien valoraba y le agradaba.

Suspiró, rodando sobre su espalda para mirar el techo con vigas de madera antes de dejar la cama, caminando hacia la silla donde había dejado su ropa la noche anterior.

Su espalda se flexionó mientras se ponía apresuradamente la camisa, el chaleco y se ataba la corbata al cuello. Bajaré las escaleras, pediré el desayuno y comprobaré sobre nuestro carruaje. Regresaré de inmediato.

Evie se sentó, sosteniendo las mantas contra su pecho y miró fijamente la puerta mientras se cerraba de golpe, dejándola sola. ¿Fue su salida apresurada debido a su reacción hacia ella? Reacciones con las que no había contado. Todavía iban a estar juntos durante algún tiempo, tal vez semanas, si él se convencía de que Lucy estaba casada y ningún escándalo oscurecería su nombre, tal vez buscaría otra para ser su esposa. Ciertamente se llevaban bastante bien y tenían cosas en común, no riqueza o conexiones, sino dónde nacieron, el deber de hacer lo correcto y amigos mutuos. Se adaptaban mejor que el duque y Lucy, al menos eso pensaba Evie.

Lo que sentía cuando estaba cerca del duque era nuevo y no se parecía en nada a las emociones mediocres que otros hombres habían producido en el pasado. Su cuerpo parecía cobrar vida, anhelar estar cerca de él, querer escuchar su voz imperativa y autoritaria. La forma en que la había abrazado la noche anterior y su beso improvisado esta mañana tenían que significar algo.

¿No es así?

CAPÍTULO OCHO

Una hora más tarde, después de un abundante desayuno a base de tocino, jamón y café, estaban en la carretera en dirección a Slough. Esperaba que llegaran a Londres al anochecer, especialmente ahora que, al entrar en la taberna, el propietario de la posada le notificó jovialmente que su carruaje llegaría inmediatamente.

Finn estaba agradecido por ello. No estaba seguro de cómo iba a sobrevivir otro día con Evie detrás de él en el caballo. Su pecho rebotando contra su espalda, sus manos deslizándose para sentarse en la parte superior de sus pantalones y haciéndole desear que su agarre se moviera más abajo para acariciarlo. La sola idea de tenerla había llenado sus sueños, y se había despertado inseguro de si sus sueños no se habían hecho agradablemente realidad. Sin pensarlo, la besó y la estrechó entre sus brazos como una amante después de un buen jugueteo. Antes de que los sentidos lo hubieran devuelto a la realidad.

No, al menos en el carruaje, sería capaz de pensar con claridad y mantenerse a una distancia prudente de la deliciosa Evie, que no era adecuada como novia, por muy atractiva que fuera. Una solterona en ciernes que había pasado sus años de procreación. Si lo obligaban a contraer matrimonio, su esposa debía ser una mujer cinco años menor que él y no tener la misma edad. Incluso una debutante estaría bien si pudiera encontrar una en Wiltshire y cerca de su casa en Marlborough.

Salieron del patio de la posada y atravesaron la calle principal del pueblo. Su prometida se había escapado con otro hombre, podría estar en este mismo momento casada con el Sr. Brown, poniendo fin a su capacidad para casarse con ella antes de su plazo de sesenta días.

¿Qué debía hacer? Si continuaba hacia el norte desde Londres para perseguir a la señorita Lucy, casi detendría su capacidad de cortejar a otra persona a tiempo para casarse a menos que descartara sus pensamientos contradictorios sobre la hermana de Lucy y cortejara a Evie en su lugar. Buscaría a su médico en Londres y le pediría su opinión sobre las madres mayores y su capacidad para tener hijos. La duquesa de Whitstone y la condesa Duncannon tuvieron hijos el año pasado y tenían la misma edad que Evie. Tal vez su tiempo de ser madre no había quedado atrás después de todo.

Finn miró el suelo del carruaje con el ceño fruncido, su mirada se deslizó hacia las botas de viaje de Evie, que estaban gastadas y necesitaban suelas nuevas. Cada momento que estaba alrededor de Evie, estaba tentado de tomar esa bonita boquita suya. Una boca que ocupaba sus pensamientos más que la de la señorita Lucy.

El carruaje retumbaba en el camino irregular de grava, solo se podía escuchar el sonido de las ruedas en el suelo y su conductor hablando con el lacayo que lo acompañaba. Evie estaba inusualmente callada. Un libro grueso abierto estaba en su regazo y, sin embargo, no la había visto pasar una página durante los últimos cinco minutos. No podía dejar de preguntarse en qué estaría pensando o fingiendo leer. ¿Estaba pensando en él? Finn gimió por dentro al ver su labio inferior apretado con fuerza entre los dientes mientras pensaba. Evie lo desconcertaba, lo tentaba e

intrigaba más de lo que se sentía cómodo.

¿Cómo no se había fijado en ella en Londres estos últimos años? La señorita Milton no había sido más que una conocida de pasada, una amiga en común a través del duque de Whitstone. Un acertijo y uno vergonzoso, de verdad.

Porque ella no estaba lo suficientemente alta en la escala de nobleza para que la mirara.

Finn apretó los dientes ante la vocecita de reproche que susurraba en su mente. Y la voz tenía razón. Siempre había planeado casarse con una mujer adinerada y de posición y no pronto. Tenía que agradecerle a su padre por llevarlo al altar. Evie y su hermana no eran ninguna de esas cosas y, sin embargo, su escandaloso y nefasto padre sin duda se estaba riendo de él, de la posición que ahora enfrentaba su hijo debido a su estúpido testamento.

Ahora no tenía otra opción que casarse con una mujer como las hermanas Milton.

Esta noche llegarían a Londres. Sería tarde, un acontecimiento afortunado y que debería impedir que cualquiera los viera juntos y sin un acompañante. Hacían escala en Londres y se dirigían a Gretna en un carruaje sin distintivos. Cuanto menos llamativos fueran en la carretera, mejor.

Finn se apoyó en los cojines y miró a Evie. El calor se filtró en sus huesos en la fría mañana al pensar en tenerla bajo su techo. Nunca antes había tenido una mujer durmiendo en su casa. No desde que su mamá estaba viva, al menos.

Evie era una tentación que dudaba poder ignorar durante mucho tiempo, por lo que tenía sentido satisfacer la voluntad de su padre haciendo que su atención se volviera hacia la mujer que tenía delante. No le quedaba tiempo para encontrar a nadie más adecuado para sus necesidades, y Evie le agradaba. Ella era sensata y hermosa, y como duque, él nunca podría casarse con alguien que no tuviera inteligencia.

Poco tiempo después, su carruaje se detuvo a un lado de la carretera. Finn comprobó su ubicación y en la distancia pudo ver el castillo de Windsor y el Eton College en las colinas más allá. No estaban lejos de Salt Hill.

El carruaje se inclinó cuando su cochero bajó de su caja antes de que él llegara a la ventana. — Los caballos necesitan un descanso, su excelencia. — Esta es una hermosa vista como cualquier otra si desea dar un paseo por un tiempo, y romper su ayuno con el picnic que el posadero le preparó.

—¿Quizás deberíamos hacer una pausa para el almuerzo, su excelencia? Estoy un poco hambrienta.

Finn miró a su alrededor y notó los campos abiertos a ambos lados de la carretera y el bosque que rodeaba los campos más lejanos. — Por supuesto — dijo, abriendo la puerta del carruaje y bajando. Se volvió y ayudó a Evie a salir, y en el momento en que sus manos se tocaron, un golpe de conciencia recorrió su brazo, y tuvo que obligarse a soltar su mano antes de que su cochero se diera cuenta de su peculiaridad.

Evie salió a un campo de hierba que ofrecía una vista sin obstáculos del gran castillo y la escuela para niños. — Este es un buen lugar como cualquier otro para preparar el almuerzo.

Finn se unió a ella, agachándose para sentarse en la hierba. El suelo estaba cálido, si no un poco húmedo. No había tenido un picnic como este desde que era un niño, y su niñera lo había llevado. — Estamos a solo unas horas de Londres desde aquí. Pasaremos la noche en mi casa de Londres antes de partir hacia Escocia en un día o dos. Si lo hacemos bien, podemos alcanzar a tu hermana antes de que se arruine más.

No es que la fuera a salvar ahora. La señorita Lucy había hecho su elección y no era él. Viviría o moriría por su propia espada. Pero se aseguraría de que el señor Brown se casara con la tonta y,

al hacerlo, eliminaría su asociación con la señorita Lucy. No permitiría que nadie de la alta sociedad chismosa volviera a utilizar a su familia como forraje para su diversión. Había soportado tal existencia cuando su padre estaba vivo. No volvería a hacerlo.

Evie suspiró y él la miró rápidamente, preguntándose qué significaba ese dulce sonido y odiando el hecho de que su cuerpo reaccionara a él sin previo aviso ni sentido. —¿Por qué suspiras y no dices nada, Evie? ¿Hay algún problema con mi plan?

Abrió la cesta de picnic que había sacado del carruaje, sacó dos panecillos y le entregó uno. —Tengo curiosidad por saber por qué seguirías persiguiendo a Lucy cuando ella se escapó con otro hombre. Como duque, creo que tu elección es infinita y puedes casarte con quien elijas.

Si sólo fuera así de simple. —La señorita Lucy es de mi condado natal y es joven, y pensé que sin ataduras. Ella es de una buena familia y me hubiera ido muy bien. —El pauso—. Sin embargo, he pensado un poco en lo que has dicho estos dos últimos días, sobre Lucy y sus acciones, y ya no veo un futuro entre nosotros. Mi viaje al norte ahora es para asegurarme de que ella se case, y que ni mi familia, ni tu familia sufran las consecuencias socialmente de su elección.

—Cuando se trata de asuntos del corazón, ¿sabe que habla con muy poca emoción? Suena como si no le importara en absoluto Lucy, o le importara que se hubiera escapado con otro hombre.

—No soy un hombre de emociones o palabras fantásticas —afirmó, odiando el hecho de que lo calificaran como alguien sin sentimientos.

Ella mordió un trozo de jamón y su atención se centró en su boca. Querido Dios, masticaba con la mayor dulzura.

—Mi padre es un verdadero caballero, pero no somos nobleza. No somos ricos ni somos parte del beau monde, por lo que me parece extraño que corteje a mi hermana. De la nada y sin previo aviso, recibí una carta de Lucy que estaba comprometida y contigo. Un duque.

Evie era mucho más inteligente de lo que pensó inicialmente, y si no cuidaba sus respuestas, no tenía ninguna duda de que descubriría que solo se había ofrecido por Lucy porque no había tenido otra opción. ¿Por qué hablaría con emoción cuando no la tenía cuando se trataba de Lucy?

Era un bastardo, y debería haber luchado contra la voluntad de su padre en lugar de permitir que su cláusula absurda rigiera su vida.

—Es como ya lo sabe. Tenía negocios con tu padre y conocí a la señorita Lucy. Era un tipo de mujer agradable y jovial, y pensé que quedaría bien como mi novia. —La mentira le sabía amarga en la lengua.

Se encontró con los acerados ojos castaños intensos de Evie, y tuvo la abrumadora sensación de que ella podía leer su mentira como si hubiera escrito la palabra en su frente. Una ceja se arqueó y luchó por no moverse nerviosamente donde estaba sentado. —Lucy ha elegido a otro. ¿Está tan decidido a seguir su curso original?

—No puedo casarme con su hermana ahora. No después de lo que ha hecho —admitió. —No seré parte de un escándalo así, un comienzo nefasto en la vida matrimonial de una persona. Pero como caballero, me aseguraré de que esté casada y limitaré el escándalo sobre usted y su familia. Las mujeres que se escapan con sus amantes siempre impactan a los que quedan atrás.

—Supongo que Londres se lo pasará en grande con lo que ha hecho Lucy, y hablarán de mí hasta que ocurra la próxima cosa escandalosa y lleve su interés a otra parte. —Su tono abatido le hizo algo extraño por dentro, y se tiró un trozo de pan a la boca para que no se sintiera tentado a jalarla en sus brazos y aliviar su dolor.

La idea de que se hablara de Evie, se burlaran y se le diera un corte directo no era algo que hubiera deseado ver. Por un lado, ella no se lo merecía y además, él había estado justo donde estaba sentada Evie ahora. Su padre siempre estaba causando escándalos de los que se hablaba

durante meses. Sus amigos de Eton le preguntaban las historias, se burlaban y se reían de él. No dejaría que eso le pasara a ella.

Les sirvió a ambos una copa de vino tinto y se la pasó a Evie, decidido a eliminar la expresión abatida y triste que había caído sobre sus rasgos.

—¿Y usted, Evie? Vive en Londres y circula en la misma sociedad que yo. Pensé que una mujer tan atractiva e inteligente como usted ya estaría casada. —Finn tomó un fuerte sorbo de vino. Hoy parecía decidido a hundirse en cumplidos inapropiados.

Se le pusieron las mejillas enrojecidas y Finn tuvo que admitir que a veces valía la pena decir cosas que no eran propias de un caballero o de lo que debería hablar con una mujer soltera. Ciertamente, si él la hacía sonrojar y hacía que su piel de porcelana se volviera de un bonito tono rosa.

—No, no lo hay —dijo, negándose a mirarlo. —Vivo en Londres con Molly y no he recorrido el mismo camino que algunas de nuestras amigas. Mi edad no me convierte en la mujer más buscada en un baile, no es que haya hecho mucha diferencia cuando era más joven. Como sabe, mi familia no tiene títulos ni es rica. Somos más conocidos en Bath que en Londres, y supongo que me encontraron insuficiente.

—No lo es de ninguna manera —dijo, encogiéndose por el uso de palabras más inapropiadas. Pronto sería tan infame como su padre. La estudió un momento, la observó mientras masticaba su emparedado de pan y jamón. Ella lo tentaba. De hecho, quería hacer cosas malas y deliciosas con ella.

Desde la muerte de su padre, había vivido principalmente en Wiltshire, cuidando sus propiedades y negocios. Ver a Evie de nuevo, pasar tiempo con ella, más tiempo del que había pasado con la señorita Lucy, todo lo que ocupaba su mente desde que dejó Marlborough era cómo se vería la mujer que tenía delante en su cama. Sus largos mechones de chocolate se extenderían sobre su almohada. Sus dulces gemidos susurrarían contra su oído mientras la llevaba al clímax.

—Lamento que no nos conociéramos bien en Londres. Tenemos amigos en común, hemos estado juntos en numerosos bailes y fiestas y, sin embargo, nunca hemos hablado con tanta honestidad y sinceridad como estos dos últimos días. Lo siento por eso. —Y ahí lo dijo. Nunca había dicho nada más cierto. Si iba a cambiar su plan y cortejar a Evie para que se ajustara a la cláusula del testamento de su padre, lo que necesitaban era más conversaciones como éstas. Evie necesitaba agradecerle y confiar en él.

Una pequeña sonrisa apareció en su boca, y quiso cerrar el espacio entre ellos y besarla. Para ver si sus labios eran tan suaves como imaginaba. Había sido todo lo que había imaginado anoche cuando la metió en su cama y la apretó contra su pecho. Su padre lo haría azotar si alguna vez se enterara de lo que había hecho, pero no podía evitarlo. La había querido en sus brazos por una noche, así que había dejado de lado su disgusto por el escándalo y se había complacido.

Aun así, la idea de hacerlo de nuevo le hizo sonreír. Sufriría la ira de cualquiera mientras pudiera abrazarla de nuevo.

—Yo también lo siento —dijo ella, mirándolo. —Ahora cuénteme más sobre su casa. Nunca he estado en Stoneheim Palace, pero he oído que es precioso.

—Mi bisabuelo lo construyó e hizo un estudio del Palacio de Blenheim, de ahí la cercanía del nombre y el diseño de la casa. De hecho, son casi un par de espejos. —Hablaron durante algún tiempo sobre cada una de sus casas, y el país local cerca de Marlborough y, por primera vez en su vida, Finn no sintió que se estuviera poniendo una máscara o dándose aires, sino que estaba siendo simplemente él mismo. De hecho, era una sensación embriagadora y podía acostumbrarse.

CAPÍTULO NUEVE

No llegaron a Londres según lo planeado después de que una de las ruedas del carruaje perdiera un perno de soporte y amenazara con caerse. Su viaje a Salt Hill fue lento, y no fue hasta que el sol estuvo bajo en el cielo occidental que llegaron al concurrido Windmill Inn. Fue un revés que no necesitaban, no si necesitaban asegurarse de que Lucy estuviera casada y no solo viviendo en pecado con el Sr. Brown. Mañana llegarían a Londres y viajarían desde allí.

Aunque la posada estaba más concurrida que el alojamiento de la noche anterior, pudieron conseguir habitaciones separadas. El comedor privado, lamentablemente, estaba ocupado, por lo que tuvieron que desayunar en sus habitaciones.

Evie le dio las buenas noches al duque justo cuando la esposa del posadero traía sus cenas de rosbif y verduras junto con vino tinto para ella y cerveza para el duque, como su petición.

La habitación del duque estaba al otro lado del pasillo de la de ella, y mientras la esposa del posadero se movía en la habitación de Evie, poniendo su mesa para cenar, los nervios de Evie se agitaron en el estómago cuando se paró frente al duque a punto de darle las buenas noches.

Algo había cambiado entre ellos hoy. Su cuerpo ya no se sentía a sí mismo, ciertamente no cuando Finn la miraba como lo hacía ahora, con los párpados pesados y un deslizamiento de contemplación en sus orbes azules. Ella no debería quererlo. Seguía siendo el prometido de su hermana, algo así, supuso. A pesar de que dijo que ya no se casaría con Lucy y ella misma había dicho que no quería al duque.

Por lo tanto, no había nada de malo en que Evie lo encontrara atractivo y se preguntara qué pasaría si ... Si él estuviera dispuesto. —¿Cree que el carruaje estará reparado a tiempo para la salida mañana por la mañana temprano? —preguntó, haciéndose a un lado cuando la esposa del posadero entró en la habitación del duque para preparar su mesa para cenar.

—Debería pensarlo. Hay un fabricante de carruajes aquí en Salt Hill, y nos ha prometido que nos lo arreglarán de inmediato. Llegaremos a Londres mañana como estaba previsto.

Evie agradeció a la esposa del posadero y les dio las buenas noches. Por un momento, Evie miró al duque, su cuerpo estaba lleno de emociones, deseos y necesidades. Respiró para calmarse, reprimiendo el impulso de arrojarse sobre él y ver a dónde la llevaría. Si a alguna parte. —Bueno, gracias por el hermoso día. Le veré por la mañana.

Buenas noches, Evie. Duerma bien.

—Buenas noches —dijo, cerrando la puerta antes de que el duque regresara a su habitación.

Evie se bañó y se vistió para irse a la cama, se metió bajo las sábanas y deseó estar en casa, donde podría escabullirse hasta la biblioteca y elegir un libro para leer. O simplemente acurrucarse ante su fuego en su cómoda habitación y pensar en cualquier cosa menos en el hombre que ocupaba la habitación al otro lado del pasillo frente a ella.

¿Qué le pasaba a ella para que él ocupara tanto de su mente? No le había sucedido nunca antes. Apenas habían hablado en Londres, no debería haber ninguna razón para que lo hiciera ahora,

pero lo hacía. Él era un duque. Ella era una solterona improvisada. No podrían ser más opuestos.

Y, sin embargo, hacía que su corazón latiera fuerte en su pecho y que su piel hormigueara con la conciencia. Nunca había tenido eso con nadie antes en su vida, y detestaba perderlo.

Pero tal vez no tuviera que hacerlo. Si su hermana estaba casada y el duque buscaba que otra fuera su esposa, tal vez esa otra podría ser ella.

El pensamiento la emocionó y la asustó por igual.

Evie suspiró, se puso de lado y miró hacia la ventana. Se había olvidado de cerrar las cortinas y la noche de luna llena bañaba de luz un pequeño cuadrado del suelo de la habitación.

El bramido de un hombre en el pasillo, seguido de pasos corriendo sobre las tablas del piso de madera, la sacó de sus pensamientos. Evie jadeó, sentándose.

¿Había cerrado su puerta? Una voz femenina se unió a la de un hombre, y ella se quedó quieta, escuchando el altercado. La voz del hombre gritó sobre la de la mujer, algo sobre ella durmiendo con el panadero y cómo iba a matar al bastardo estrangulándolo con su propio pan.

Un ligero golpe en la puerta la hizo sobresaltarse y, levantándose de la cama, Evie registró su habitación y vio el orinal detrás de una mampara de privacidad. Lo recogió, sosteniéndolo a su lado mientras caminaba hacia la puerta. —¿Quién es? —preguntó, esperando que su voz sonara más segura de lo que se sentía.

—Soy yo. Finn. Déjame entrar.

El miedo de la pareja discutiendo la abandonó en un instante, y otro miedo fluyó a través de ella. ¿Qué quería el duque? ¿Qué haría si tenía que tenerlo para ella otra noche? Solo.

Cogió el pomo, feliz de descubrir que, después de todo, había cerrado la puerta. Abriéndola una fracción, vio al duque en todo su esplendor. Llevaba solo la camisa que le abría el cuello. Su cabello estaba ladeado como si él también acabara de despertar. Afortunadamente, él usaba pantalones y, sin embargo, ella no pudo detener su inspección de él como una persona hambrienta de sustento. Sus ojos se fijaron en sus pies descalzos y reprimió una sonrisa. Parecía que había saltado de su cama a la puerta de ella y le hizo cosas raras y deliciosas en sus entrañas. —¿Qué sucede, su excelencia?

Déjeme entrar, señorita Milton. Parece que hay una disputa doméstica y necesito asegurarme de que permanezca a salvo.

Evie miró hacia el pasillo y vio a la pareja discutiendo, el marido o el amante, o quienquiera que fuera, paseando por ese extremo del pasillo, gesticulando con las manos mientras la mujer intentaba apaciguarlo.

Dio un paso atrás, abrió la puerta de par en par y el duque entró. Cerró y bloqueó la puerta, apoyándose un momento en ella. —Pensé que esta noche sería mejor para ti, pero esta posada parece tener gente a la que le gusta discutir sin tener en cuenta o preocuparse por otros que se quedan dentro de sus muros. Me disculpo, Evie.

Evie suspiró, se acercó a su cama y se sentó en su extremo. —No me molesta, de verdad. — Evie observó su estado de desnudez, su camisa que se abría en la parte delantera, provocándola con destellos de su pecho musculoso. El calor vibró entre sus muslos y cruzó las piernas.

Su mirada ardió en ella, su atención viajando sobre ella como una caricia tentadora. La respiración de Evie se aceleró y se mordió el labio, deseando que sus pensamientos se hicieran realidad. Se estaba volviendo tan escandalosa como su hermana.

Él se sentó a su lado. La cama se hundió un poco y ella cayó sobre él. Él le lanzó una mirada como si lo hubiera asustado.

—Yo, ah, sólo quería asegurarme de que estuvieras a salvo —dijo después de un rato, su voz era un ronquido profundo y ronco.

—Estoy perfectamente bien. Sin embargo, la pelea no me despertó. Ya estaba despierta —dijo, necesitando dejar de hablar ahora antes de empezar a balbucear tonterías. —Creo que tuvo una aventura.

—Sí. —Él la miró y se le cortó el aliento en los pulmones. Era muy guapo, con sus hermosos orbes azules y su mandíbula cincelada. ¿Cómo este hombre no era ya el marido de alguien? ¿Amante de alguien? Aunque, supuso que ya era el amante de alguien. Qué duque no tenía un grupo de mujeres persiguiéndole los faldones de la chaqueta.

A pesar de toda la fuerza interior que poseía, nada podía apartar sus ojos de los de él. Podría perderse con este hombre. Había algo en él que la atraía, capturó su atención y la hizo querer quedarse.

—Parece que se ha calmado afuera. Probablemente debería irse —susurró. Por qué, sin embargo, no podía comprender, ya que estaban solos.

—Sí —susurró, sin moverse.

Ella tampoco quería que lo hiciera. Quería que él la besara. Una necesidad la atravesó y Evie se puso de pie, frente a él. Él la miró fijamente, el anhelo en sus ojos era un reflejo de los de ella, estaba segura.

—Te voy a besar, Finn. —Evie se tragó el miedo, nunca había sido tan atrevida o exigente en su vida. Quería que su primer beso fuera con este hombre. Este dulce y honorable duque que perseguía a su hermana simplemente para asegurarse de que el escándalo no fuera demasiado grande.

Evie hizo a un lado todos los pensamientos sobre Lucy. Su hermana había hecho su elección. Estaba enamorada de otro hombre y probablemente ya estaba casada. Le había pedido a Evie que arruinara su entendimiento con el duque. No había nada de malo en que ella robara su primer beso.

Ella se inclinó, cerrando el espacio entre ellos y sus labios se tocaron. El último pensamiento que tuvo fue que, de hecho, sus labios eran tan suaves como sospechaba.

* * *

FINN no se sentía como él mismo. Su cuerpo se apoderó de la necesidad, con el deseo de poseer a la mujer que lo besaba con tanta dulzura que le dolía el corazón.

Sin pensarlo, levantó la mano y le estrechó la cara. Profundizó el beso, empujando su lengua contra la de ella. Ella no se sobresaltó ni se apoderó de miedo ante su acción. No, ella no hizo ninguna de esas cosas. En cambio, lo besó con la misma necesidad frenética. Envolvió sus brazos alrededor de su cuello y se empujó contra su pecho.

Su camión no era una barrera y los contornos de su cuerpo, sus pechos ... Dios mío, los pechos pesados y deliciosos acariciaban su pecho. Sus largas y delgadas piernas que estaban entre las de él hicieron que le doliera el cuerpo. Joder, él la deseaba. La quería como nunca había querido a nadie en su vida.

Su beso se hizo más profundo, se volvió incendiario y ella lo empujó, tirándolos de vuelta a la cama. Ella se acercó a él, el beso nunca se rompió, y el hambre lo atravesó como una fiebre.

Estaba hambriento de ella. La deseaba tanto que, si hubiera estado pensando racionalmente, lo asustaría, pero el pensamiento lógico estaba muy lejos en este momento, por lo que se dejó llevar. Simplemente disfrutaría de ella y de su dulce boca.

Finn la hizo rodar sobre su espalda, acercándose a ella para colocarse entre sus piernas. Su polla rígida, sus bolas apretadas. Se agachó, levantó una de sus piernas contra su cadera y empujó

contra su coño caliente.

Sería tan fácil inclinarse hacia atrás, rasgarle las caídas del frente y sumergirse en su calor húmedo y acogedor. Ella se onduló contra su virilidad, y él gimió, imitándola y provocando un delicioso jadeo de sus dulces labios.

Un fuerte estruendo sonó afuera, y comenzaron, el beso terminó. Como un balde de agua fría lavándolos, Finn hizo un balance de la posición en la que se encontraba y con quién. ¿Qué estaba haciendo? Aún tenía que decidir si Evie era siquiera una candidata a ser su esposa. Había planeado hablar con su médico de cabecera sobre las posibilidades de que Evie le diera hijos a su edad. Y ahí estaba él, duro como una piedra, dispuesto a rasgarse los pantalones y tomarla de todos modos.

Esto no estaba bien, y no solo por esa razón. Hace dos días, estaba a punto de casarse con su hermana. No podía tocar a Evie hasta estar seguro de que Lucy estaba casada con el señor Brown. Todavía tenía que decidir qué haría después de eso, con quién se casaría.

Finn miró a Evie, sus mejillas enrojecidas por el esfuerzo, sus labios llenos y un poco amoratados por su beso. Parecía lo suficientemente madura para comer, y la idea de perderse en ella era una tentación difícil de negar, pero tenía que hacerlo.

—Tengo que irme. Lo siento —logró decir, arrastrándose fuera de ella e ignorando la vista de ella acostada dócil y lista para un amante, su amor.

Se ajustó la ropa antes de abrir la puerta y ver cómo el borracho se tambaleaba por el pasillo antes de desaparecer en una habitación. —Buenas noches, Evie —dijo, sin mirar atrás. Hacerlo significaría una cosa. Que no se iría, y esa no era una opción.

Ahora no, al menos.

CAPÍTULO DIEZ

Evie se bañó y se vistió temprano después de que el sueño se le escapara. La noche anterior, cuando el duque había entrado en su habitación, parecía haber perdido todo el control de sí misma. Su cuerpo había ardidido con una necesidad que nunca antes había experimentado. Dolía por su toque, por su beso, por cosas que ninguna mujer soltera debería sufrir. Ella no había querido nada más que romperle los pantalones, tomarlo de la mano y hacerlo suyo.

Ella quería estar llena e inflamada, quería más de sus deliciosos y profundos besos que la dejaban con la cabeza dando vueltas. Lo que su hermana Lucy no veía en el duque, no podía comprenderlo. Para empezar, era un duque, por encima de quien ninguna de las dos pensó en casarse. Era amable y leal; su ayuda a su familia para asegurarse de que Lucy estuviera casada antes de seguir adelante con su vida era prueba de ello.

Aun así, después de anoche, Evie supo por primera vez en su vida cómo se sentía cuando una quería algo que no podía tener. No solo quería desviar al duque de casarse con Lucy como le había pedido su hermana. Oh no, ahora lo quería para ella.

Pero cómo hacer que un duque la vea más que una solterona

—Una mujer que estaba muy por debajo de él en rango y riqueza.

Evie empacó sus cosas, las colocó en su pequeña maleta y salió de la habitación, dirigiéndose a la planta baja. El carruaje estaba enganchado y esperando en el patio de la posada cuando ella llegó. La rueda una vez más fijada adecuadamente al carro con la cantidad correcta de tornillos. Evie colocó su pequeña bolsa dentro del vehículo, queriendo dar un paseo antes de que se fueran.

El duque no estaba a la vista, así que Evie encontró al conductor del carruaje. —Dickens, sólo voy a dar un paseo por la calle principal. No tardaré más de unos minutos.

El conductor del carruaje se inclinó el sombrero. —De acuerdo, señorita Milton. Informaré a Su Alteza cuando lo vea.

—Gracias —dijo Evie. Dejó la bulliciosa posada y comenzó a caminar por la calle principal de la ciudad. Había algunas tiendas, una panadería, numerosas casas y otras posadas que parecían tan concurridas como el Molino de Viento. Poca gente había salido a esta hora temprana, y se tomó su tiempo, disfrutando de la soledad y el ejercicio que no volvería a hacer en varias horas.

El viaje de hoy a Londres no debería durar tanto como ayer y, con algún éxito, no tendrían problemas con el carruaje que pudiera detenerlos. En Londres, el duque había dicho que preguntaría si Lucy y el señor Brown habían viajado o se habían detenido. Una pequeña parte de Evie esperaba que hubieran continuado hasta Escocia. Sería casi imposible encontrarlos en Londres, y si todavía estuvieran en la carretera, Evie podría pasar más tiempo con el duque.

Sola.

Después de anoche, el aire fresco del campo había ayudado a aclarar los pensamientos de Evie. Su hermana no quería al duque, así que, si ella lo perseguía, lo hacía ver más a ella que a su escandalosa hermana prometida, no había nada de malo en eso. No era contra la ley.

El beso que habían compartido le dijo más que nada que eran el uno para el otro. Su beso había encendido una luz dentro de ella, una luz que no podía ver apagarse nunca. No había sido un beso dulce y casto en la mejilla o los labios, sino un arrebató total, uno que dejó su boca hormigueando, su cuerpo anhelando mucho después de que él había dejado su habitación.

Quería más, y Evie era todo ingenio cuando quería algo.

—Señorita Milton, ¿es usted? ¡Señorita Milton!

Evie miró al otro lado de la calle y se quedó quieta al ver a la señorita Emma Malcolm, una heredera que vivía en la misma plaza que ella en Londres y recién comprometida con el Conde Mcfarlane. La joven era dulce por naturaleza, pero una chismosa terrible. Evie miró hacia la posada y suspiró interiormente al no poder escapar antes de ser asediada.

—Señorita Malcolm, qué gusto verla aquí. ¿Qué la trae a Salt Hill?

La joven se rio entre dientes, llegando a pararse frente a ella en la calle, su doncella un poco atrás. —Oh, la propiedad de mi padre está a una milla de aquí. Hemos estado en casa preparándonos para mi matrimonio con el conde, pero de hecho volveremos a Londres mañana. ¿Qué la trae a Salt Hill?

Evie pensó furiosamente en qué decir. Supuso que podía decir la verdad. Que su hermana se había escapado con un granjero después de aceptar casarse con un duque, y ahora ella y ese duque la perseguían. —Yo también vuelvo a Londres. Hoy de hecho. He estado visitando familia en Wiltshire.

—Qué lindo para usted. Creo que ayer me encontré con su hermana. Me la presentó en su última temporada cuando vino a Londres durante varias semanas, si lo recuerda. —La señorita Malcolm frunció el ceño y frunció los labios. —Sin embargo, ella no tenía sirvienta, y viajaba con un hombre que no le parecía igual, si no le importa que se lo diga. No estaba vestido tan elegante como la señorita Lucy y parecía distraído, casi como si esperara que alguien se le acercara detrás de él o algo así.

Evie luchó por no coger los brazos de la señorita Malcolm y quitarle más información. ¡Había visto a Lucy, y solo ayer! Lo que significaría que probablemente hoy estuvieran en Londres. Quizás detendrían sus viajes al norte un día o dos y darían tiempo a Evie y al duque para alcanzarlos.

—Ah, sí, Lucy viajaba antes que yo. Me reuniré con ella en la ciudad mañana.

—Su primo dijo lo mismo —dijo la señorita Malcolm. —¿Mi primo? —Preguntó Evie.

—Bueno, sí. —La señorita Malcolm se rio entre dientes, pero incluso Evie pudo oír el hilo de nerviosismo que entró en su tono. —El caballero con la señorita Lucy. Se presentó como su primo. Un granjero, que supongo que, pensándolo bien, explicaría por qué se veía tan mal vestido.

El bonito rostro de la señorita Malcolm perdió el color. —Le pido disculpas, señorita Milton. No quise ser tan grosera.

Evie hizo a un lado su interpretación del Sr. Brown, su mente zumbando con noticias de Lucy. Tenía que volver a la posada y contárselo al duque. Esta era una buena noticia. —Debo dejarla ahora, señorita Malcolm, pero le deseo un buen viaje a Londres mañana y le deseo mucha felicidad con sus próximas nupcias.

La joven sonrió, el placer escrito en sus rasgos. —Gracias, señorita Milton. Me aseguraré de enviarle una invitación.

Evie hizo una reverencia. —Será un placer asistir. Que tenga un buen día. —Evie se despidió con la mano y se encaminó hacia la posada a paso acelerado. De todas las ciudades, encontrarse con alguien de Londres, y no cualquiera, sino una chismosa experta era más que desafortunado. Pero las noticias sobre Lucy eran justo lo que Evie necesitaba escuchar. Al menos habían viajado

por el mismo camino, y solo estaban un día detrás de ella. Una inquietante preocupación de Evie era que Lucy y el señor Brown habían ido a Bath y habían viajado al norte desde allí. El viaje era mucho más rápido y suave en la gran carretera del norte, pero no había indicios de qué camino tomarían.

Dobló hacia el patio de la posada y sus pasos vacilaron al ver al duque, paseándose detrás del carruaje, con su abrigo volando detrás de él como una capa. El placer reemplazó todos los pensamientos sobre su hermana por un momento, y ella simplemente disfrutó de la vista del duque, su alto atletismo en plena exhibición para cualquiera que lo estuviera mirando.

—¿Dónde había ido? —preguntó el duque, deteniéndose y clavándola con la mirada. —Pensé que le había ocurrido algo terrible.

Evie se acercó a él y levantó la barbilla para mirarlo a los ojos. —Salí a caminar y tengo noticias de Lucy.

—¿De verdad? —Toda la molestia por su paseo desapareció, y él la acercó al carruaje y la ayudó a entrar. El duque se unió a ella, sentándose frente a ella.

—¿Qué está haciendo?

—Viajaré en el carruaje. No tengo ganas de montar hoy.

—¿Y su caballo? —preguntó, mirando por la ventana mientras el cochero pasaba el caballo del duque por la ventanilla del carruaje.

—Lo están amarrando a la parte trasera del carruaje. Allí estará bien.

Evie no estaba segura de lo que pensaba de que el duque volviera a estar tan cerca de ella, especialmente después de anoche. El carruaje era opulento y espacioso, pero él era subyugante, ocupaba demasiado espacio.

El viaje a Londres sería muy largo ...

La estudió un momento y ella luchó por no moverse con la manga de su vestido. —Cuénteme esta noticia de la señorita Lucy. ¿Cómo es que descubrió esta información?

—Quería salir a caminar, como dije. Sabía que hoy íbamos a tener un largo viaje en carruaje y quería hacer ejercicio antes de partir. Me encontré con la señorita Malcolm. Es posible que haya escuchado que recientemente se comprometió con el Conde Mcfarlane.

Él asintió con la cabeza, volviéndose para mirar por la ventanilla del carruaje justo cuando el carruaje descendía mientras el cochero subía al palco. El duque golpeó el techo y el carruaje se tambaleó hacia adelante. —No había escuchado esa noticia, no, pero cuénteme más de su hermana. Ella estuvo aquí en Salt Hill. Supongo que recientemente.

—Solo ayer. La señorita Malcolm se encontró con ella y el señor Brown, así que al menos sabemos que están juntos. Viajaban a Londres y están solo un día por delante de nosotros.

El duque se frotó la mandíbula, pensativo. —Con un poco de suerte, detendrán su progreso en la ciudad antes de viajar al norte. Es posible que no tengamos que ir hasta Gretna, después de todo, para asegurarnos de que su hermana se case con el Sr. Brown.

—Esa también era mi esperanza. —Evie no tenía ganas de viajar hasta Gretna, al menos ya no. Días y noches en carruaje y noches en posadas donde no todos tenían la garantía de estar cómodos ni limpios. No era lo ideal—. ¿Cuál es el plan una vez que lleguemos a Londres? —ella preguntó.

—Regresaremos a mi casa de la ciudad. Enviaré a mi hombre de negocios para intentar localizar a la señorita Lucy y al señor Brown. Que averigüe si todavía están en la ciudad o han viajado hacia el norte.

—Puedo volver a mi casa en Londres si le conviene. Si vamos a estar en Londres un día o dos, probablemente no debería quedarme bajo su techo. —No es que Evie no quisiera pasar más tiempo con Finn, lo quería, desesperadamente, pero no estaba bien, y no necesitaba traer más

escándalos a su familia. Su hermana ya había hecho suficiente de eso.

—Sobre anoche, Evie.

Evie levantó la mano, sin querer que él profesara cuánto lamentaba su beso o que la reprendiera por instigar su falta de decoro. No quería escuchar cómo estaba mal y por qué no volvería a suceder. —No hay nada que discutir.

—No estaría de acuerdo con ese resumen.

Evie se tragó los nervios que revolotearon en su estómago ante la casi mención de que se habían besado. Ella lo miró a los ojos, resignada a escucharlo. —Muy bien, ¿quiere hablar de nuestro beso?

Su atención se dirigió a sus labios y los nervios recorrieron su piel. El aire pareció evaporarse en el carruaje, la expectación la recorrió.

Se aclaró la garganta. —Sí, el beso. Quería que supiera que no le guardo rencor por su conducta. Lo he pensado y he llegado a la conclusión de que estaba molesta por la discusión fuera de nuestras habitaciones y que necesitaba consuelo.

Los labios de Evie se crisparon y no pudo contener una risita ante su razonamiento. —No fue por eso que le besé, Finn. —El beso tenía mucho más que ver con que ella lo deseara que con cualquier otra cosa.

Él la miró fijamente, su rostro era una máscara ilegible. —¿Por qué me besó entonces?

—Te besé porque quería besarte. No porque tuviera miedo por mi seguridad. Me gustas y la forma en que me mirabas anoche —dijo Evie, encogiéndose de hombros. —Pensé que a ti también te gustaría besarme.

Un músculo de su mandíbula se tensó y se volvió para mirar por la ventana. No era la respuesta que quería ver, pero nunca antes se había lanzado hacia un duque, no había forma de saber cómo reaccionarían estos hombres aristocráticos. —El honor dicta que me asegure de que la señorita Lucy esté casada antes de que pueda pasar algo con nadie más. Sé que mi entendimiento con tu hermana terminó en el momento en que ella se escapó con el Sr. Brown, pero, aun así, no debería haberte besado. Estuvo mal, y me disculpo.

Evie apartó la punzada de dolor que le habían causado sus palabras y se recostó en el lujoso asiento de cuero. —¿Alguna vez había besado a Lucy, su excelencia? —preguntó, volviendo a los títulos ya que su beso con ella estaba mal. El demonio. No se había equivocado. Había sido maravilloso, y si tan solo pudiera admitirlo, podría haber esperanza para ellos después de todo.

—Por supuesto que no. —Sus palabras salieron un poco escandalizadas y ella se preguntó por qué. ¿Por qué besar a su prometida parecería tan mal?—. No conozco a la señorita Lucy desde hace mucho y no sentí que estuviera abierta a tales afectos —dijo, frotándose la mandíbula con una mano.

Evie vio cómo su mano se deslizaba contra su rostro, estropeado por la más mínima sombra de una barba incipiente. El recuerdo de esos labios sobre los de ella, su piel raspada por su ardiente beso, la bombardeó y se contoneó en su asiento. Quizás, a su avanzada edad de veintisiete años, hacía mucho que se le había acabado la paciencia y quería más. Quería un marido que pudiera besarla, amarla tanto y tan a menudo como ella quisiera.

—Supongo que ahora entiendo por qué la señorita Lucy no estaba interesada en besarme. No era su elección.

—Lamento que mi hermana te haya hecho esto, pero no puedo lamentar su elección. Si se hubiera casado con Lucy, ella no habría sido feliz y su matrimonio habría sufrido por ello. Creo que cualquier pareja que se case debe respetarse, agradarse y tener un deseo mutuo si quiere aguantar toda la vida. Sé que eso es lo que quiero cuando me case. Quiero desear a mi esposo,

querer estar cerca de él tanto y tan a menudo como quiera.

Los músculos de su mandíbula se tensaron y sus ojos se calentaron mientras la miraban. Sus palabras tenían más significado que valor nominal. Charla escandalosa que al duque no le gustaba, pero Evie no podía evitarlo. La enloquecía sin fin. —Tenemos muchas horas por delante en este carruaje. ¿Trajiste tu libro hoy, Evie?

—No lo traje, no —respondió ella. Ahora que estaban solos, de camino a Londres, todo lo que podía pensar en hacer era besarlo de nuevo. De tener sus manos sobre ella, su cuerpo empujando contra el de ella de la manera más inapropiada. Su desaprobación de la acción solo hizo que ella quisiera hacerlo más. —Quizá un juego de cartas. ¿Trajo un mazo, excelencia?

Él se encogió. —No lo traje, no —dijo, imitando sus palabras.

—Bueno, entonces —dijo Evie, sonriéndole a través del espacio. —Solo tendrás que besarme de nuevo para pasar el tiempo. Será igualmente divertido.

CAPÍTULO ONCE

Finn se aclaró la garganta, preguntándose si acababa de escuchar correctamente. ¿Evie le había dicho que la besara de nuevo después de que él le acabara de decir que no podían hacer esas cosas? Era una tentación que no podía negar, sin importar cuántas veces le dijera a ella o a sí mismo que debía dejarla en paz. Una pequeña parte de él sentía que, si se entretenía con ella, estaba mal. Aún tenía que decidir si la perseguiría como su futura esposa, pero después de anoche, la idea de tener a Evie en su cama por el resto de su vida era una idea que tenía sentido para él. Incluso ahora, quería tirarla sobre su regazo y tomar esa dulce boca con la suya. Tocarla, perderse en su calor voluntario.

Finn gimió por dentro. Se había convertido en su padre, un hombre sin autocontrol.

Su sonrisa traviesa y burlona que lo llamaba frente a él no lo estaba ayudando en lo más mínimo, y la descarada lo sabía muy bien. Apenas había dormido la noche anterior, después de dar vueltas y vueltas toda la noche. Durante un tiempo, había debatido tomarse a sí mismo y liberar su estado de excitación.

Había algo en Evie que lo atraía, lo hacía cuestionar todo lo que pensaba que había querido. Una novia algunos años más joven que él, de una familia rica y noble. Evie no era ninguna de esas cosas, y, aun así, era ella quien hacía que la sangre en sus venas bombeara a un ritmo embriagador.

Maldita sea, necesitaba controlarse a sí mismo. Se movió en su asiento, su polla se puso firme cuando su lengua rosada se deslizó y humedeció su labio inferior. —Dime que no me pediste que te besara de nuevo —dijo con la voz más severa que pudo manejar. —¿No has escuchado por qué no podemos besarnos de nuevo?

—He estado escuchando —dijo, sin vergüenza en su voz. —No estoy comprometida, y después de la decisión de mi hermana hace dos días, tú tampoco. No estaríamos haciendo nada malo si pasáramos el tiempo de una manera agradable. Nadie necesita saberlo nunca, así que no es escandaloso actuar según nuestros deseos.

¿Encantador?

También encontró sus besos. —Ya sea que besar sea delicioso o no, debemos abstenernos de hacerlo de nuevo. Por un tiempo, al menos.

Finn se quedó inmóvil cuando Evie se inclinó hacia adelante, y la vista de sus pechos en su vestido de viaje llamó su atención. Hoy iba vestida con un vestido azul marino oscuro y una pelliza color crema, y era la perfección absoluta.

Se obligó a regresar a los cojines, lejos de su yo delicioso y tentador. —No debes lanzarte a los caballeros como lo haces. Es posible que algún día un caballero acepte sus bromas y te pida más de lo que estás dispuesta a dar.

—Si eso sucede, entonces no es un caballero. Y no me arrojé a nadie. De hecho, mis amigas pueden dar fe de la validez de mi declaración. Eso es, hasta ahora, contigo. ¿Por qué no me vuelves a besar? ¿No te gustó?

¿Gustar? Se había deleitado con el placer de tenerla en sus brazos. De perderse en su beso, sus

pequeños gemidos y suspiros. —Fue adecuado.

—¿Adecuado? Oh no, no podemos tener eso.

Antes de que Finn supiera lo que estaba sucediendo, Evie estaba a su lado en el asiento, mirándolo, con una sonrisa traviesa y burlona en su bonito rostro. Era una mujer hermosa, con sus largos mechones de chocolate negro y labios color de rosa. Le hizo preguntarse por qué nunca la habían bajado en picado y llevado al altar. ¿Cómo era posible que no se hubiera convertido en la esposa de alguien hace mucho tiempo?

—¿Por qué no estás casada, Evie?

—¿Yo? —preguntó, sorprendida por su pregunta. Se recostó un poco y Finn respiró hondo una vez más. Tenerla tan cerca le hacía cosas raras a su mente, la hacía turbia y espesa y no como solía ser, minuciosa y libre de pensamientos.

—Sí tú. Eres una mujer guapa, tu padre es un caballero y tus amigas están muy bien posicionados en la sociedad. ¿Por qué nunca te has casado?

—Está tratando de distraerme para que no vuelva a besarlo, ¿no es así, Su Gracia?

No le gustaba volver a los títulos, pero quizás era necesario. No debían besarse ni acariciarse. Todavía no, al menos.

—¿Nunca te han cortejado? —preguntó, negándose a responder a su pregunta.

Se reclinó en los cojines y miró por la ventana un momento antes de decir: —Me enviaron a la escuela en Francia. Conocí a mis amigas en la Escuela de Refinación para Niñas de Madame Dufour, antes de que se casaran con la alta sociedad. Supongo que después de muchos años de verlas a todas ser cortejadas y luego casarse, he perdido la oportunidad de encontrar el amor.

—Antes de que Willow heredara la fortuna de la vizcondesa Vance, tenía que regresar a la pequeña propiedad de mi padre al final de cada temporada. Algunos años mi familia no podía permitirse el lujo de enviarme a Londres para unirme a mis amigas en la temporada, así que pasé ese tiempo lejos de la sociedad y de las oportunidades de conocer gente nueva. Pasó el tiempo y ahora tengo veintisiete años. Una solterona para algunos.

—Siento que hemos perdido una oportunidad de estar en Wiltshire y no habernos conocido nunca allí. —Había estado tan distraído tratando de distanciarse de su padre, manteniendo la propiedad en funcionamiento mientras su padre había sembrado su semilla por todo Londres, creando escándalos dondequiera que fuera, que no había mirado hacia arriba para ver quién estaba a su alrededor. Incluso en Londres había conocido a Evie, había bailado con ella y, aun así, se había alejado de ella sin mirar atrás. Un tonto error. —No he pasado mucho tiempo en Londres estos últimos años. Y luego la muerte de mi padre hace un año me ha mantenido ocupado.

—Escuché que falleció. Lamento mucho tu pérdida.

—No lo hagas —dijo automáticamente. —Nunca se preocupó por su familia, solo por sus putas. Incluso ahora, más allá de la tumba, está tratando de gobernar mi vida.

—¿Cómo es eso? —preguntó, mirándolo con curiosidad.

Finn se sobresaltó, dándose cuenta de que había dicho demasiado. Una hazaña fácil al hablar con la señorita Milton. Cuando no intentaba besarla, escuchaba muy bien y hablaba con sentido común, no una debutante tonta que se reía y se sonrojaba cada vez que uno hablaba. Le gustaba su madurez. Se adaptaba a él y a su carácter mejor que la señorita Lucy. La hermana menor de Evie había sido un poco risueña y sonreía con demasiada frecuencia para su gusto. No es que no quisiera una esposa que sonriera, pero hubiera preferido una que no riera como una loca a todos los que entraba en contacto con ella.

—Solo quise decir —continuó—, que su reputación ha empañado la mía. No importa lo que hayas oído de mí, Evie, no me parezco en nada a mi padre. No de otra manera que no sea por el

título que heredé de él.

Ella extendió la mano y agarró su brazo, apretándolo un poco antes de dejarlo ir. —Eres un hombre honorable, Finn. Pase lo que pase, nada puede cambiar mi opinión sobre ti. —En el momento en que su mano se deslizó de su brazo, perdió su toque. Le gustaba que Evie lo tocara, y últimamente poco más ocupaba su mente. No era como su padre, repitió en su mente. Besar a una mujer soltera no lo convertía en un libertino como su padre.

—Gracias —dijo, sus palabras significan más de lo que había escuchado de nadie antes.

El carruaje se volvió y, mirando por la ventana, Finn observó el paisaje menos bonito de la superficie cubierta de maleza que estaba estropeada por los pozos de grava. —Almorzaremos en The Magpies en Uxbridge. Allí la tarifa es satisfactoria.

—Me detuve allí de camino a casa. Su pastel de carne es realmente sabroso —dijo Evie, inclinándose sobre él para mirar por la ventana a pesar de que tenía uno a su lado—. Quizás podamos pasar nuestro tiempo ocupados de otras maneras después de todo, Finn. Puede que no tengas que volver a besarme si queremos mantener una conversación tan animada como la que acabamos de tener.

Finn se rio entre dientes, pero interiormente no podía dejar de pensar en todas las formas en que podría instigar otro beso con la deliciosa Evie. Al diablo con la animada conversación.

Evie se despertó sobresaltada varias horas después de un abundante almuerzo en Uxbridge, como había prometido. El carruaje se detuvo abruptamente. Se sentó, se frotó el cuello y se dio cuenta de que había estado durmiendo sobre Finn. Ella le lanzó una pequeña sonrisa y miró por la ventana. Esta no era su casa, y por el aspecto de la enorme mansión georgiana frente a la que habían estacionado, definitivamente era la del duque.

Como prometió, el duque no había intentado volver a besarla en su viaje a la ciudad. En cambio, había comprado una baraja de cartas en la posada donde habían desayunado, y habían jugado varios juegos de vingt-et-un antes de que ella suplicara un respiro para simplemente relajarse y disfrutar de sus últimas horas con el duque.

Era solo cuestión de tiempo antes de que se cansara por el balanceo del carruaje y se durmiera. Que se hubiera despertado con la cabeza en el regazo del duque no era lo que había imaginado cuando cerró los ojos.

Evie se sentó, el duque se quedó quieto cuando ella se sentó junto a él. Ella lo miró y vio que él también parecía como si acabara de despertar de un sueño. —Me disculpo, Finn. No quise hacer uso de tu regazo de esa manera.

Ajustó su asiento, frotando una mano sobre su mandíbula mientras trataba de observar su entorno. —No se preocupe, señorita Milton. Nadie sabrá nunca que hemos dormido juntos.

El calor subió por su cuello para asentarse en sus mejillas. Ella lo miró rápidamente y leyó el horror que sus palabras destrozaron en su rostro.

—Me disculpo, Evie. Mis palabras salieron mal. Simplemente quise decir que nuestra siesta en el carruaje fue perfectamente normal y de ninguna manera adversa. Estamos completamente vestidos, ¿no es así?

Evie miró su vestido solo para asegurarse de que estaba completamente vestida. —¿Nos detendremos aquí por la noche? —preguntó, queriendo cambiar de tema. ¿Cómo pudo haberse quedado dormida con la cabeza en el regazo del duque? Su madre sufriría una apoplejía si lo supiera. En cuanto a su padre, exigiría una boda. —Pensé que me ibas a llevar a mi casa con Molly.

—Lo haremos —dijo, aparentemente agradecido por su cambio de tema—. Es muy tarde, y no quería alborotar a su casa por su regreso. Mi personal nos está esperando y tendrán una habitación

preparada para usted. Nadie sabrá jamás que se quedó aquí. Es solo por una noche. La devolveré a su casa mañana si no necesitamos viajar al norte en busca de su hermana.

Evie estaba demasiado cansada para discutir con su plan y simplemente tomó su mano, agradecida por su apoyo cuando salió del carruaje por primera vez en tantas horas. Le dolía la espalda y se echó hacia atrás, tratando de aflojar sus tensos y doloridos músculos. —¿Puede hacer que me traigan un baño a mi habitación, excelencia? Estoy terriblemente adolorida y cansada.

—Por supuesto, pediré uno de inmediato.

—Gracias. —Se abrieron paso al interior, y Evie no pudo evitar sentirse asombrada por la grandeza que vio. Las paredes revestidas de mármol, una escalera de roble en espiral conducía arriba y grandes retratos familiares colgaban a lo largo de las paredes, todos los duques del pasado mirando hacia abajo y juzgándola por la plebeya que era.

El mayordomo hizo una reverencia y tomó el abrigo del duque. —Sus habitaciones están listas, su excelencia, y tenemos la cena esperándolo cuando esté listo para comer.

—Gracias, George —dijo Finn, él también rodando los hombros. —Una bandeja en nuestras habitaciones servirá muy bien, y ¿puede hacer que le traigan un baño a la señorita Milton?

El mayordomo se inclinó una vez más. —Por supuesto. —Hizo un gesto hacia la escalera. —¿Quiere que la acompañe a su habitación, señorita Milton?

Evie miró al duque y él sonrió de acuerdo. —Buenas noches, señorita Milton.

—Buenas noches, excelencia. —Evie subió con el criado el largo tramo de escaleras antes de caminar por un pasillo bien iluminado que también estaba lleno de retratos familiares y una abundancia de flores de invernadero.

Había visto una opulencia similar en las casas de Ava, Willow y Hallie, y, sin embargo, ver que el hombre al que había estado besando los dos últimos días era tan afortunado como sus amigas la llenaba de inquietud. Por supuesto, ella siempre había sabido que él era un duque, pero nunca había visto lo rico que era. Hizo que su compromiso con Lucy y sus sueños de tenerlo para ella parecieran débiles, si no imposibles. La hacía sentir inferior e indigna. Había tantas mujeres nobles ricas que le vendrían mejor, que habían sido criadas para casarse con un hombre así. Ella no era una de ellas.

El mayordomo abrió la puerta de su habitación para pasar la noche, y Evie no pudo contener el grito de alegría al ver su habitación. Las paredes estaban pintadas de un crema claro y brillante, pero la ropa de cama era de un verde intenso y los muebles de madera oscura le daban a la habitación un aire masculino, pero muy hermoso. Evie cruzó el umbral y se acercó a la cama para pasar la mano por la manta de seda.

Tal como prometió, Evie rompió su ayuno y luego se sumergió en un baño que dos lacayos le trajeron. Se sentó frente al fuego, secándose el cabello cuando un ligero golpe sonó en su puerta. Los nervios se agitaron en su estómago y se cerró la bata antes de abrirla.

Evie abrió la puerta un poco para encontrar a Finn parado frente a ella. —¿Hay algo mal? —preguntó ella, buscando palabras y sin saber qué decir ahora que estaban solos una vez más y en su casa. Sin nadie que los interrumpiera.

—Yo, ah ... —balbuceó, su atención se movió sobre su hombro para ver su habitación. —Espero que encuentre que su alojamiento es de su agrado.

Evie asintió con la cabeza, mirando hacia atrás en el espacio, su cama como un faro de tentación, más ahora que el duque estaba de pie frente a ella. —Es encantador. Creo que nunca antes había tenido una habitación tan hermosa.

—Siempre deberías tener cosas hermosas —dijo, su voz baja y grave.

Su corazón se retorció ante sus dulces palabras y, por un momento, no pudo moverse. Quería

inclinarse y besarlo, tomar más de lo que sabía que él podía darle, pero no lo hizo. Su descaro parecía haberla abandonado después de hoy, cuando él había hecho todo lo posible para mantener las distancias. Tal vez él ya no quería besarla, y ella se había estado engañando pensando que el único beso que habían compartido significaba algo en absoluto. Para el duque, al menos.

El pensamiento la dejó agotada y regresó a la habitación. Una mano salió disparada y agarró su brazo, tirando de ella hacia atrás.

—Buenas noches entonces, Evie —susurró, cerrando el espacio entre ellos, sus labios, pero a un ancho de pluma de los de ella. Sus rodillas amenazaron con ceder cuando él cerró ese pequeño espacio entre ellos y la besó. Estaba segura de que él había querido que fuera un beso casto, simplemente una buena noche entre amigos, pero no era casto de ninguna manera.

En el momento en que sus labios tocaron los de ella, profundizó el beso, su lengua se retorció con la de ella y envió su ingenio a una espiral. Evie se estiró y lo agarró por los hombros para evitar caer al suelo por el placer de hacerlo.

Quería que la besara, deseaba tanto estar de vuelta en sus brazos, y que él la besara esta vez dejó una sensación embriagadora recorriendo su sangre. Dio un paso contra ella, caminando de espaldas hasta que chocó contra la pared junto a la puerta. El placer y la necesidad la atravesaron, su cuerpo no era el suyo, sino el de él.

Evie nunca antes había estado con un hombre. Algo le dijo que este era el deseo del que habían hablado sus amigas cuando habían hablado de sus matrimonios. Cómo una mirada, un toque o una pequeña sonrisa podría hacerles dar vueltas a su ingenio y hacerlos seguir a su cónyuge para ver a dónde los llevaría su interludio.

—No debería desearte tanto como lo hago —dijo contra sus labios antes de besarla de nuevo. El beso no se parecía a nada que hubiera conocido, no es que hubiera conocido a ninguno antes, pero casto no era lo que estaba pasando ahora mismo entre ellos.

La besó como si estuviera hambriento de su toque. Como si quisiera devorar cada gramo de su carne. Se estremeció al pensar en él besándola en otro lugar, en su lengua que ahora se enredaba con la de ella, saboreando su piel, su cuerpo, en los lugares más privados.

—No te detengas —le rogó, besándolo con tanto deseo como pudo. Aun así, no podía tener suficiente de él. Y luego sus manos se deslizaron por su cuerpo, pasando por sus pechos para asentarse en sus caderas antes de patinar detrás y apretar su trasero. La empujó contra su cuerpo, ondulando contra su núcleo. Evie gimió, el calor líquido se acumuló entre sus piernas.

—Finn —jadeó, aferrándose a él como un salvavidas. Nunca se había sentido como lo hacía ahora. Como si ella se marchitara y muriera si él no continuaba con lo que había comenzado. Y él había comenzado esto. Esta vez la había besado.

Se oyó el sonido de pasos en la escalera y Finn se apartó y se quedó en el pasillo justo cuando el mayordomo se acercaba a ellos. —Su excelencia, su mayordomo está aquí, como lo solicitó.

—Gracias, George. Por favor, dígame al Sr. Cleavers que bajaré directamente.

—Por supuesto, excelencia —dijo el sirviente, dejándolos tan rápido como llegó.

Finn suspiró, volviéndose hacia Evie. —Yo debería ir. Necesito hablar con mi mayordomo sobre su hermana y el Sr. Brown. Ver lo que pudo encontrar.

—Por supuesto —dijo Evie, tomando un respiro para calmarse y esperando que él no se diera cuenta de que su corazón latía mil veces más rápido. —Esperemos que estén en Londres y podamos encontrarlos.

—Sí. —El duque regresó a su habitación y la besó una vez más. Evie jadeó, deleitándose con su toque, antes de que él se soltara y caminara por el pasillo para encontrarse con su mayordomo. Evie cerró la puerta y se desplomó contra ella cuando la cerró. Una pequeña sonrisa se deslizó

por sus labios. Después de esos dos besos, parece que el duque no quedó tan afectado como había afirmado. Tal vez hubiera una oportunidad para ellos, después de todo.

CAPÍTULO DOCE

La mañana siguiente trajo la noticia de que su hermana y el señor Brown estaban en Londres y no habían viajado al norte de Escocia. El informe era agradable y preocupante al mismo tiempo. ¿El Sr. Brown tenía la intención de casarse con Lucy o simplemente estaba disfrutando de su tiempo con ella lejos de la seguridad de su familia?

Evie estaba sentada a la mesa del desayuno, con el duque leyendo el periódico a su lado, y no pudo evitar pensar que así es como una pareja casada desayunaría. El duque le había contado las noticias que había encontrado y ahora estaba leyendo el periódico.

—Necesitamos viajar hasta St. Giles y ver si podemos atraparlos. ¿Vendría conmigo? —preguntó de repente, mirándola en busca de una respuesta.

Evie dejó su taza de té, sin estar segura de haberlo oído bien. —¿Desea que vaya con usted?

—Sí. —Dobló su papel y lo dejó a un lado—. Lo que me lleva a otra cosa que quería discutir con usted. En cuanto a su alojamiento mientras esté en Londres.

Evie frunció el ceño, pensando que ya habían discutido dónde se quedaría. —Pensé que regresaba a mi lugar de residencia habitual en Londres.

La estudió un momento antes de decir: —Quiero que se quede aquí, Evie. Conmigo. Nadie sabe que estamos en Londres tratando de perseguir a su hermana para limitar su ruina. Si se sabe que estamos aquí y por qué, solo empeorará la situación para todos. He hablado con mi personal y con el administrador y les he notificado a todos que, en lo que a ellos respecta, todavía estamos en Wiltshire y no volveremos a Londres hasta dentro de varias semanas.

Evie asimiló su plan y pudo encontrarle sentido. La idea de permanecer bajo el techo del duque, escondiéndose del mundo solo con ellos mismos como compañía. —Muy bien, pero ¿y si nos ven? Mi reputación se arruinará.

—No será. No dejaré que suceda. —La determinación en su tono calmó la pequeña cantidad de inquietud por su plan.

—Si está seguro. Me quedaré aquí con usted. —Evie se apartó de la mesa y se dirigió hacia la puerta—. Si vamos a viajar a St. Giles, necesito cambiarme.

—¿Qué le pasa a su vestido? —preguntó el duque, llamándola.

Evie se detuvo en el umbral de la habitación y se volvió hacia el duque. —Usted también debería cambiarse. Si queremos mezclarnos con los que viven en esa parte sórdida de Londres, será mejor que se quite esas botas de arpillera muy pulidas y el abrigo superfino. Será asaltado antes de que demos dos pasos desde la puerta del carruaje.

* * *

FINN LE SONRIÓ a Evie mientras desaparecía en el vestíbulo. El calor se filtró en sus huesos al saber que ella se quedaría en su casa por algunos días. Solo ellos dos, alejados de la alta sociedad, y solo ellos mismos como compañía.

En este punto, estaba cada vez menos preocupado por la señorita Lucy y el señor Brown, por encontrarlos, o por el escándalo que todo esto causaría si la gente se enterara. Le había prometido al padre de Evie que ayudaría a garantizar que su hija no se arruinara, pero aparte de eso, había poco entre él y su ex prometida.

Finn empujó su silla hacia atrás, comenzando a irse a cambiar a su habitación, como sugirió Evie. Menos de una hora después, estaban en el carruaje y se dirigían hacia St. Giles. El área donde su mayordomo había escuchado la noticia de que la señorita Lucy se estaba quedando.

Evie se sentó a su lado en el carruaje, con el labio apretado entre los dientes mientras miraba hacia afuera. Las calles de Mayfair pronto dieron paso a las áreas más empobrecidas de la ciudad, mostrando las luchas que los pobres enfrentan todos los días.

—No se preocupe, Evie. He traído un fusil de chispa y no soy incapaz de cuidar de mí mismo.

—¿Pero es capaz de cuidarnos a los dos si nos metemos en problemas? —Ella le devolvió la mirada. —¿Trajo dinero? No puedo pasar frente a un niño necesitado y no darle nada.

Asintió y se dio unos golpecitos en el bolsillo del pecho. La chaqueta que le había pedido prestada a uno de los miembros de su establo era sorprendentemente cómoda y adecuada para esta expedición. —Lo hago. Puede regalarlo todo si lo desea.

Ella envolvió su brazo alrededor de él, acercándose a su lado. —Sabía que era un buen hombre. Un rasgo que me sigue demostrando una y otra vez. —Su dulce rostro se inclinó hacia él e hizo cosas extrañas en sus entrañas. Finn aprovechó la oportunidad para inclinarse y tomar sus labios.

Su cuerpo rugió con posesión, y tomó su boca, deslizando su lengua contra la de ella. Ella probó el té y la miel que había puesto en su tostada esta mañana. La idea de tener a esta mujer siempre ocupaba su mente tanto como la idea de ella en su cama, y no cesaba. Evie Milton le sentaba bien, era de carácter similar y sensata. Sería una buena duquesa y esposa, incluso a los veintisiete.

Sus manos agarraron las solapas de su abrigo, acercándolo más y él aprovechó la oportunidad para tocarla. Su vestido era de lana tosca, nada que ver con la ropa que solía usar. De hecho, rompiendo el beso, miró su vestido, frunciendo el ceño.

—¿Qué tienes puesto? Eso no puede ser cómodo —dijo, mirando la lana áspera y el corte que no le queda bien.

—Es uno de los vestidos de sirvienta de la cocina. Le pagué para usarlo y ella estuvo más que feliz de desprenderse de él entonces. —Ella miró su propio atuendo. —Te ves muy guapo también. Creo que me gusta verte tan rudo.

Él se rio entre dientes, sentándose contra los cojines, pero no antes de tomar su mano y sostenerla en su regazo. Un gesto simple y dulce que se sintió tan natural como besarla.

El carruaje dobló una esquina y Finn calculó su ubicación. —Deberíamos estar allí pronto.

—¿Crees que encontraremos a Lucy hoy? —Evie lo miró con expectación y él deseó poder decirle que lo harían, pero no estaba seguro. Su mayordomo había dicho que, aunque había avistamientos de la pareja, aún no se conocía la ubicación exacta de su residencia.

—Caminaremos por las calles donde me dijeron que los habían visto. Tal vez estarán fuera de casa y los veremos. —Finn había tomado la precaución de tener dos hombres corpulentos del establo en la parte trasera del carruaje que estarían con ellos, y su conductor no estaba desarmado. No solía llevar a una mujer a esta parte de la ciudad, pero Evie era la única de ellos que sabía cómo era el señor Brown. Él mismo nunca lo había visto.

Un poco más tarde, el carruaje se detuvo en la calle Newman y Finn ayudó a Evie a bajar. Se fijó en su ubicación y en los que se percataron de su llegada. La atrajo hacia sí y echó a andar por

la calle estrecha y adoquinada, con la ropa colgando en el espacio sobre sus cabezas y los niños corriendo descalzos.

Evie metió la mano en su bolsillo, tomó las pocas monedas que había traído y le dio una a una niña que le tendió la mano. —Odio ver niños con tan poco. Nuestro gobierno debería hacer más para ayudar a los pobres.

Finn no podía estar más de acuerdo y solía donar a organizaciones benéficas y orfanatos. La tarea de sacar a los pobres de su vida deficiente requería más que los fondos del duque. Requería que todos participaran en su ascenso.

Observaron a la gente con la que pasaban, Evie mirando a ambos lados de los callejones que cruzaban. El área se volvía húmeda y en peores condiciones cuanto más caminaban. —No puedo creer que Lucy se quede en una zona así. El Sr. Brown era un granjero. Seguramente debería tener algunos fondos para pagar mejores alojamientos que los que ofrece esta zona.

—Parece que no los tenía. —Finn odiaba decirle a Evie tales verdades, pero para que Lucy viviera en tales condiciones, lejos de su familia y amigos, era muy probable que se hubiera arruinado irreparablemente, y es posible que ellos no pudieran mantener sus acciones en privado por mucho tiempo.

Subieron por un callejón, Evie repartió más monedas a un grupo de niños que saltaron y gritaron ante su ganancia inesperada antes de salir corriendo. El camino se abrió a un grupo circular de casas de dos pisos. Todas eran de madera, ventanas rotas y madera podrida y faltante en algunos lugares. Había un olor decidido a orina y heces humanas y Finn se encogió.

Evie jadeó, su cuerpo inmóvil a su lado, y él la miró rápidamente, viendo sus ojos muy abiertos y su piel pálida. —¿Qué es? —preguntó, tomando su mano y estrechándola un poco cuando ella no respondió.

—Alguien arrojó algo sobre mi vestido desde arriba. —Sus ojos se llenaron de lágrimas, y Finn miró hacia arriba, viendo a una mujer grande y sonriente asomándose por la ventana.

—Buen día, mi señora —dijo la mujer, volcando su orinal sobre el alféizar de la ventana una vez más para asegurarse de que estaba vacío.

Finn miró a la dama antes de que desapareciera dentro. —Ven, volveremos a casa. Siempre hay un mañana.

—No puedo subir a tu carruaje con esta porquería encima, Finn. El olor nunca saldrá.

—Olvida eso. Compraré un carruaje nuevo. —La llevó de regreso a donde habían venido, sin ver a Lucy ni al Sr. Brown en sus vagabundeos. No importaba, los encontrarían muy pronto, y luego Finn se aseguraría de que el sinvergüenza se casara con la mujer que robó de su casa o no sabría lo que haría.

Una cosa de la que estaba seguro era que no dejaría que Evie sufriera el destino de las acciones de su hermana. No permitiría que un ápice de escándalo lo tocara a sí mismo o a Evie.

Regresaron a las caballerizas de su casa, y Finn ayudó a Evie a regresar adentro, ordenando al personal de la casa que trajeran agua para el baño. Luchó por no encogerse ante el olor que impregnaba su ropa, que tendría que ser quemada.

—Estoy humillada —dijo a su lado mientras él la ayudaba a subir las escaleras. Afortunadamente, la orina había fallado a su cabello y simplemente había golpeado su espalda primero antes de correr por la parte trasera de su vestido. —Lo siento mucho, Finn. Es posible que tu carruaje nunca vuelva a oler igual.

Él se rio entre dientes, tomando su brazo y tirándolo alrededor del suyo. —Pronto estarás limpia y el carruaje no es nada. No fue tu culpa que sucediera.

—Gracias, Finn.

Finn la acompañó hasta la puerta y la abrió. —Enviaré una criada para que te ayude a desvestirte y a prepararte para el baño. Pronto estará listo y luego te sentirás mejor.

—Ya que soy una mujer, parada frente a ti y oliendo el fluido corporal de otra persona, eres muy dulce para decirlo.

Le levantó la barbilla, inclinándose y besándola, sin importarle si alguno de los miembros del personal de la casa los viera. Disfruta de tu baño, Evie. Te enviaré el almuerzo en una bandeja si lo deseas.

—Gracias —dijo, entrando en la habitación y regalándole una última mirada antes de cerrar la puerta. Finn respiró para calmarse, alejando la idea de que ella se quitara la ropa y se metiera en el agua caliente y fragante del baño.

Desnuda.

Gimió, obligando a sus pies a cambiarse a su habitación. Podría perseguirla sin impedimentos una vez que Lucy se casara y anulara su comprensión con ella de una vez por todas. Y entonces, podría perseguir lo que se estaba convirtiendo en una pequeña obsesión.

Evie.

CAPÍTULO TRECE

Evie miró un momento mientras la puerta se cerraba, separándola a ella y al duque una vez más. Se estaba volviendo cada vez más difícil mantener la distancia de él, de preguntarle si lo que estaba comenzando a sospechar sobre ellos estaba solo de su lado.

No creía que ese fuera el caso, pero era difícil saber qué pensaba el duque la mayor parte del tiempo, a menos que esos momentos fueran cuando la estaba besando, y entonces sabía lo que estaba sintiendo.

Sonó un golpe, sobresaltándola, y abrió la puerta, un poco decepcionada al ver a unos lacayos que llevaban una gran bañera a la cintura y cubos, una criada detrás de ellos también con ropa de cama para secar y una pastilla de jabón. Evie dio un paso atrás, les pidió que entraran y observó cómo la instalaban ante el fuego avivado, dándole miradas de inspección de vez en cuando.

Supuso que merecía su inspección. Después de todo, era una mujer soltera que vivía bajo el mismo techo que su amo. Probablemente pensaban que era su amante, pero por la forma en que se sentía en ese momento, no se sentía como una amante. Se sentía como un pozo negro.

La criada la ayudó a desvestirse, y Evie la despidió y le pidió que quemara el vestido de inmediato. Tanto Lucy como ella estaban acostumbradas a bañarse solas y no necesitaban que nadie las ayudara. El agua era fragante y olía a lavanda, y probó el calor con el pie antes de meterse en la bañera y agacharse.

Placer fue el primer pensamiento que se le pasó por la cabeza. Felicidad absoluta. Evie se recostó en el baño, deslizando el jabón entre sus dedos mientras lo enjabonaba. Se inclinó hacia adelante, lavándose los hombros antes de recostarse y levantando una pierna para limpiarla. El terrible hedor que la había seguido desde St. Giles se había ido, y estaba agradecida por ello. Cómo alguien podría arrojar tales contenidos a una persona desprevenida estaba más allá de ella.

Su mente zumbaba con pensamientos sobre el duque. Sus manos se deslizaron sobre su piel y cerró los ojos, pensando en sus manos sobre su carne, provocando y acariciando su cuerpo, apretando sus pechos y besando sus pezones.

Ella suspiró, deseándolo de esa manera. Nadie besaba a alguien como el duque la besó a ella. No a menos que fueran amantes o al menos estuvieran en camino de convertirse en amantes. La idea de llevar al duque a su cama no era un pensamiento tan escandaloso, al menos ya no. La noche en la posada cuando él se acostó sobre ella en la cama, su dureza provocando su carne húmeda hizo que su respiración se acelerara. Oh, quería volver al Bear Inn una vez más. A solas con el duque.

—¿Evie?

El sonido de su voz tan cerca detrás de ella desgarró un chillido y se sentó hacia adelante en el agua, cubriéndose. —Finn —dijo, usando su nombre de pila. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Me disculpo, pensé que ya habrías salido del baño.

Se volvió y notó que él estaba justo dentro de la puerta, y sin embargo, tan perdido en sus propias cavilaciones, no lo escuchó entrar o cerrar la puerta detrás de él.

—Estaba cubierta de excrementos humanos. Puede que me quede un rato en el baño. —Evie se sumergió en el agua para tratar de cubrir su desnudez. Un ejercicio inútil. Podía ver su desnudez bajo el agua clara, y tenía pocas dudas de que el duque también.

—Lo consideraré, y luego ignoré esa consideración.

Evie miró por encima del hombro y lo miró a los ojos. Se estremeció ante el anhelo que leyó en sus orbes azules. Se veía desdichado, perdido y confundido, y el corazón le dio un vuelco en el pecho. Los últimos días habían sido de los más agradables de su vida. No podía entender por qué Lucy abandonaría a este maravilloso y honorable hombre por otra persona.

El duque era una trampa para cualquier mujer y, sin embargo, estaba en su habitación, solo, y ella estaba desnuda. Sus amigas se escandalizarían si conocieran los pensamientos inapropiados que pasaban por su mente. De todas las cosas que se pueden hacer con un hombre que ninguna mujer de virtud intacta debería saber.

Pero había leído suficientes libros en sus veintisiete años para saber lo que sucedía entre un hombre y una mujer. Hacer esas cosas con el duque la hacía temblar y doler en lugares que nunca antes le había dolido.

Cogió el paño que se secaba en la silla cercana y se puso de pie, se envolvió en él antes de volverse hacia el duque. —¿Qué es lo que realmente quieres, Finn? —preguntó, no solo por esta noche, sino para siempre. ¿Quería que una esposa rica y noble fuera su duquesa, o que una mujer de Wiltshire sin dinero y sin conexiones satisfaga su sangre aristocrática?

—Te deseo —dijo por fin, cruzando la habitación y levantándola en sus brazos. Evie jadeó, soltando sus inhibiciones y su toalla y simplemente se aferró a él, envolviendo sus brazos alrededor de su cuello y besándolo tan ferozmente como él la besó a ella.

Su ropa era áspera contra su desnudez, pero ahora se había cambiado a ropa que era adecuada para un duque, su atuendo era suave y olía a fresco y limpio. Ella se envolvió alrededor de él, enganchando sus piernas alrededor de su espalda y presionando su dolorido sexo contra el suyo.

Él gimió a través de su beso, girándola y caminando hacia la cama. La cargó como si no pesara nada y la depositó en su cama. Ella rebotó una vez y se rio.

El duque no se movió de los pies de la cama, su mirada devoraba hambrienta su forma. Se pasó una mano por la mandíbula antes de quitarse el abrigo y rasgarse la corbata. —Te deseo. A nadie más. Sólo a ti.

Sus palabras enviaron un rayo de calor que le lamió la columna y la esperanza floreció en su pecho. ¿De verdad lo decía en serio? Ella esperaba que lo hiciera. Ella se arrodilló en la cama y extendió la mano para ayudarlo a desvestirse. Ella también lo deseaba, dolorida por la necesidad de él.

Juntos, quitaron su chaqueta, chaleco y corbata, y sus prendas de vestir se amontonaron alrededor de sus pies. La vista de su pecho musculoso le hizo la boca agua. Evie pasó la mano por los músculos tensos que se flexionaban bajo su toque y cada respiración irregular que tomaba el duque. Finn estaba cálido, su corazón latía con un rápido crescendo de necesidad. Ella había hecho eso. Lo hizo desearla a ella y a nadie más.

—No deberíamos hacer esto, Evie. —Sus palabras eran sin aliento y tenían un toque de pesar en ellas. Estaba dividido entre hacer lo correcto y lo que se esperaba de un caballero y lo que ambos querían. Y ahora mismo, Evie lo deseaba y al diablo con la etiqueta que estaban rompiendo.

—¿Tu no me quieres? —bromeó, sus manos se sumergieron en sus pantalones para desabrochar los botones que lo mantenían alejado de ella.

Él apoyó la frente contra la de ella, su respiración raspaba contra su rostro. —Maldita sea, sí,

te quiero, pero no estamos casados. Esto está mal.

Evie lo miró a los ojos mientras sus dedos soltaban el primer botón de sus pantalones. —Somos adultos que consienten, Finn. No hay nada de malo en lo que vamos a hacer. —Necesitaba esto, aunque fuera por una noche. Perderse con un hombre que le hacía cantar la sangre y anhelar su cuerpo.

Él arqueó una ceja, sin moverse para apartar sus manos. —¿Estás segura de que deseas hacer esto? —preguntó, su mano deteniendo la de ella mientras ella desabrochaba uno más de los botones de sus pantalones.

—Oh, sí, haremos esto —respondió, soltando el botón.

Se inclinó hacia delante y le besó el cuello. Un escalofrío la recorrió y deslizó la mano dentro de sus pantalones, tocándolo por primera vez. Su virilidad era estriada, larga y ancha, y, sin embargo, la piel era la más suave que había sentido antes, como acero envuelto en terciopelo. Su mano apretó la de ella, mostrándole sin palabras lo que le gustaba.

Lo que a ella también le gustó.

—¿Disfrutas eso? —preguntó, cuando él gimió, pellizcando la piel de su cuello.

—Joder, sí —gimió, el uso de la palabra la sorprendió y la complació. No era más el duque correcto. No siempre. No con ella y no así.

Cayeron sobre la cama, y ella deslizó las piernas alrededor de su cintura, deseando el peso de él, su cuerpo contra el de ella. Su pecho rozó sus senos, sus pezones duros, pequeños picos que dolían por su toque. Evie se apretó contra él, deseando que aliviara el dolor que le producía. —Eres tan hermosa —dijo entre besos mientras bajaba hasta sus pechos, su lengua probaba su piel, sus dientes le daban dulces mordiscos en el camino. Podría perderse en los brazos de este hombre. La envidia y los celos la invadieron porque él había estado comprometido con su hermana, que, si Lucy no hubiera huido con otro hombre, que ahora mismo podría estar su hermana en sus brazos.

Evie hizo a un lado los pensamientos inquietantes e inútiles. No pensaría en semejante horror. El duque la estaba besando, estaba debajo de él en su cama dentro de su casa. Lucharía por lo que quería y lo deseaba a él, todo él esta noche y todas las noches después.

Ella clavó sus dedos en su cabello mientras su boca cubría un pezón, su lengua lamiendo su sensible carne. Evie se aferró a él y dejó ir todos sus problemas, sus secretos, y simplemente se permitió disfrutar.

Finn.

* * *

FINN SE IBA al cielo y al infierno por sentir a Evie debajo de él. Seducir a una mujer sólo unos días después de que su prometida se hubiera escapado con otro hombre no era el acto de un caballero. Sin embargo, nada, salvo un desastre natural, lo alejaría del delicioso cuerpo de Evie en este momento. Sus pechos, en particular, eran del tamaño perfecto para sus manos.

Evie jadeó su nombre, un jadeo ronco que le dijo más que nada que disfrutaba su toque. Ella se frotaba contra él, una sirena que empujaba su monte empapado contra su pene dolorido, y por un momento, su mente se quedó en blanco. Se apretó contra ella, dándole lo que ambos querían, y luchó por no guiarse en su dulce coño.

—Me estás tomando el pelo, Finn. Deja de burlarte de mí —jadeó, sus dedos enredados en su cabello y tirando un poco.

Oh, cómo amaba el sonido de su nombre en sus labios. De cómo ella lo ondulaba, lo empujaba

y lo besaba con tanto abandono, sin importarle que fuera un duque, un rico par del reino. Lo veía como un hombre que podía brindarle placer y compañía. Se casaría con esta mujer una vez que su hermana se estableciera con el Sr. Brown. No siempre había querido una mujer de edad similar a la suya, pero no podía verse con nadie más que con Evie. Que ella era de Wiltshire, su condado de origen, y cumplía con todos los decretos de su padre tampoco debía pasarse por alto.

Se inclinó entre ellos, colocándose en la punta de su coño húmedo y empujó en su calor. Estaba tan cálida y tensa que él reprimió un gemido. Impaciente como Evie era, levantó las caderas, empujándolo un poco más hacia dentro. Jadeó de placer, luchando contra el impulso de empujar hasta el fondo.

—Maldita sea, Finn. Tómame. Estoy sufriendo por ti. Seguro que puedes sentir cuánto te deseo.

—Lo siento, amor —dijo, ignorando el cariño que se deslizó naturalmente de sus labios. Simplemente estaba atrapado en el momento, nada más. Calmó la parte de él que quería entrar en pánico ante tal halago. Ella se movió de nuevo, y esta vez él la penetró, haciéndola suya. Ella echó la cabeza hacia atrás, gimiendo ante su intrusión. Finn respiró hondo, preparándose y besó su cuello, tomándose su tiempo para succionar la pequeña vena que corría desde su oreja hasta su hombro.

Su piel era dulce y olía a primavera, a jazmín y deliciosas mieles. Tan buena. Quería lamerla y saborearla por todas partes. Empujó aún más profundo, levantando sus piernas en alto sobre sus caderas para tomarla rápido y seguro.

—Finn —gimió, sus manos se deslizaron por su espalda para acariciar su trasero. —Oh sí.

Por un momento perdió toda habilidad para pensar con claridad, empujó fuerte y profundo, dándole lo que ella quería, y él también. La bofetada de su piel sonó fuerte en la habitación, una sinfonía de deseo o placer y el sonido más satisfactorio que había escuchado en un eón. No era un libertino, un pícaro que dormía con las viudas de la alta sociedad, o las putas que ejercían sus oficios en Covent Garden. Había besado mujeres, sí, había tenido una amante de la que se había separado una vez que había oído que tenía que encontrar una esposa y en sesenta días, pero nunca antes había querido complacer a una mujer tanto como quería complacer. Evie.

No solo aquí y ahora con ella debajo de él, con él arruinándola por completo, sino también con otras cosas. La haría su duquesa. Algunos dirían que era un imbécil por pasar de una hermana a otra, pero tenía un límite de tiempo y Lucy eligió a otro para que fuera su marido. No podía casarse con alguien de su clase, de su rango o riqueza, pero tampoco quería. No después de conocer mejor a Evie.

El la deseaba.

Evie lo puso de espaldas y se sentó a horcajadas sobre él. Finn jadeó, no habiendo esperado que ella hiciera tal cosa.

—Quiero probarlo de esta manera. —Ella se movió un poco en su polla y él respiró hondo, luchando contra el impulso de correrse.

Ella se quedó inmóvil sobre él. —Oh, no te lastimé, ¿verdad, Finn?

Dios no, ella no lo hizo. No había dolor entre ellos, solo placer, placer satisfactorio que lo atravesaba. —No, en absoluto. Por favor, continúa.

Sus palmas empujaron hacia abajo contra su pecho, y ella se movió hacia arriba y hacia abajo sobre él, enviando su ingenio a una espiral. No había esperado que ella fuera tan astuta o tan aventurera por primera vez. No es que se estuviera quejando, aceptaría todo lo que ella le ofreciera.

Su polla era como el acero, sus bolas le dolían por la necesidad, y la vista de sus pechos mecidiéndose sobre su rostro hizo poco para contener su deseo de follarla, tomar lo que quería hasta

que disparó su semilla profundamente en ella.

Finn apretó sus caderas, anclándola a él y la ayudó a montar su polla. Ella entró en un ritmo y él se mordió un lado de la boca, tratando de contener su liberación. —Joder, eso se siente bien — dijo, empujando dentro de ella cada vez que se deslizaba sobre él.

Su unión se volvió frenética, y luego la vista más perfecta y hermosa que había contemplado en su vida floreció sobre él. Evie echó la cabeza hacia atrás, gimiendo su nombre mientras su sexo se apretaba y contraía alrededor de su polla, tirando de su liberación para mezclarla con la de ella.

Le dio su carga, disfrutó que ella le ordeñara hasta el último gramo antes de que ella se desplomara sobre su pecho, el latido de su corazón coincidiendo con el de él.

—Bueno —jadeó ella, su cabeza acurrucada debajo de su barbilla. Sintió el beso más ligero en su pecho y cerró los ojos, deleitándose con su toque. —Eso fue simplemente exquisito y algo que creo que me gustaría volver a hacer.

Él se rio entre dientes, girándola a un lado antes de levantarla contra su cuerpo, manteniéndola cerca. —Ahora —dijo, burlándose de ella y sabiendo muy bien que ahora que la había tenido una vez, la volvería a tener. Y de nuevo, y posiblemente de nuevo después de eso, antes de tener que regresar a su habitación por la mañana.

—Oh, sí —dijo, mirándolo. Tan cerca, podía ver sus orbes marrones luminiscentes y las pequeñas motas de cobre en ellos. Algo en su pecho golpeó con fuerza, y extendió la mano, deslizando un mechón de cabello detrás de su oreja que le había caído sobre un ojo.

—Bueno, entonces, como caballero, sabes que no puedo negarte nada. Si ese es tu deseo, entonces estoy a tus órdenes.

Una pequeña sonrisa maliciosa se deslizó sobre su deliciosa boca, una boca que él nunca se cansaría de besar, estaba seguro. —Hmm, a mis órdenes. Cuánto me gusta escuchar esas palabras. Te haré responsable de tu oferta, Finn.

Se inclinó, incapaz de no saborearla de nuevo. Su beso se demoró, se calentó y su polla se agitó. Maldita sea, era un sinvergüenza. Acababa de desflorar a una virgen. No podría volver a tenerla tan pronto. Debería ser azotado.

—Por favor, hazlo, espero repetir la actuación.

—Como yo —dijo, besándolo de nuevo y despojándolo de todo sentido y modales caballerosos.

* * *

EVIE SE DESPERTÓ tarde a la mañana siguiente, se volvió para mirar a Finn y no encontró nada más que una cama fría y ropa de cama que estaba decididamente vacía de un duque. Ella se sentó, mirando alrededor de su habitación. La pequeña mesa frente al fuego estaba preparada con un delicioso desayuno de pan caliente, jamón y huevos. Una taza de té humeaba, casi rogándole que se sentara a la mesa. Evie apartó las mantas a un lado, se puso una camisa sobre su cuerpo desnudo y se dirigió hacia la mesa.

El fuego, recién avivado, irradiaba calor. Evie sonrió ante la comida, sabiendo que Finn no había estado mucho tiempo aquí, cuidándola después de su noche de felicidad. Una noche en la que estaba decididamente esperanzada se repetir a menudo.

Qué maravilloso era estar en sus brazos, ser amada y acariciada, adorada y besada hasta que ella pensó que no podría soportar mucho más. Evie se sentó en la silla más cercana al fuego y tomó la tetera, se sirvió una taza y agregó una gota de leche como le gustaba. Que le hubiera enviado un desayuno tan delicioso le decía más que nada que le importaba.

¿Su cariño por ella podría conducir a más? Eso no lo sabía, pero siempre había sido una persona optimista, y lucharía para que él le agradara tanto como temía que le estuviera empezando a gustar.

La puerta de su habitación se abrió y Finn entró. Vestido con pantalones color canela y chaqueta azul, le faltaba el chaleco y simplemente vestía una camisa y una corbata. Su cabello todavía estaba húmedo por el lavado de esa mañana. —Buenos días —dijo ella, incapaz de contener la pequeña sonrisa que su presencia le trajo a la cara.

Él le levantó la barbilla con la mano y se inclinó como para besarla. Su sangre se calentó ante su cercanía y la idea de repetir todo lo que habían hecho la noche anterior revoloteó por su mente.

—Buenos días, Evie —dijo, colocando un suave y demasiado corto beso en sus labios.

Se sentó frente a ella, sirvió una gran porción de jamón, tocino y huevos en su plato y se sirvió una taza de té.

—Tengo una propuesta para ti. —Su voz tenía una pizca de temor, y Evie lo miró a los ojos, preguntándose qué estaría pensando.

—¿Qué tipo de propuesta? —preguntó, la idea de que él le pidiera que fuera su amante agría el sabor de su té en su boca.

—Quiero que seas mi esposa.

CAPÍTULO CATORCE

Evie estaba en el salón delantero de la casa del duque, mirando la concurrida calle Mayfair que estaba más allá y pensando en Lucy. ¿Dónde estaba ella? ¿Estaba ella a salvo? ¿Estaba casada? Se quedó detrás de las cortinas transparentes para que nadie pudiera verla y pensó en lo que harían a continuación. Cómo encontrarían a Lucy y asegurarían su matrimonio antes de que fuera demasiado tarde. Cómo evitar que se arruinara irremediablemente.

Si no lo estaba ya.

—Caminar y morderse las uñas no hará que Lucy aparezca ante ti, Evie. Ven y únete a mí para tomar el té —dijo el duque, levantándose de detrás de su escritorio y dirigiéndose hacia donde el mayordomo no hacía mucho había dejado una bandeja de té y galletas dulces.

—Ya podrían haberse ido a Escocia —dijo, volviéndose hacia él—. Es posible que hayamos perdido nuestra oportunidad aquí en Londres.

—No. Tengo hombres vigilando el White Horse Cellar Coaching Inn. Dentro de una hora sabré si pasan por allí.

—¿Y si viajan al norte por otros medios? ¿Qué haremos entonces?

—No lo harán —dijo Finn, acercándose a ella y tomando su mano, moviéndola hacia el sofá para tomar una taza de té—. Todo el mundo viaja a través del White Horse. Ellos también lo harán.

Sonó un alboroto en el vestíbulo, y Evie miró a Finn mientras el sonido distintivo de la voz de su hermana se elevaba por encima del de los mayordomos. —Esa es Lucy —dijo, de pie y casi corriendo hacia la puerta principal.

—Lucy —llamó, sin creer que su hermana estuviera aquí. En casa del duque, sana y salva. Lucy se quedó quieta, volviéndose hacia ella, el alivio reemplazando la ira en su rostro generalmente bonito.

—Evie —dijo, con los hombros hundidos de alivio—. Estás aquí. Oh —suspiró—. Estoy tan feliz.

Evie cerró el espacio entre ellos, y cuanto más se acercaba a su hermana menor, más notaba su apariencia desaliñada. Atrás habían quedado los vestidos limpios y planchados, su cabello siempre recogido y en perfecto orden, incluso su rostro tenía pequeñas manchas de suciedad.

—Lucy, estoy tan feliz de verte. —Evie la abrazó con fuerza y pudo sentir la tensión de su hermana en la línea de su espalda—. ¿Qué ha sucedido? Estás molesta. Puedo verlo.

Los ojos de su hermana se llenaron de lágrimas, y Evie la acompañó de regreso al salón, Finn se hizo a un lado cuando entraron en la habitación. —Ven, toma una taza de té. Parece que necesitas sustento.

—Oh, Evie. —Su hermana tuvo hipo, las lágrimas cayeron por sus mejillas desatendidas—. He sido tan tonta, y temo que cuando te cuente lo que ha sucedido, nunca me perdonarás a mí, ni al duque.

La mención de Finn no ayudó a aliviar los nervios de Evie. El hecho de que su hermana

también estuviera sin su prometido o esposo también era motivo de gran preocupación. Entraron en el salón y Finn cerró la puerta, dándoles privacidad de él y del personal.

Evie arrastró a Lucy para que se sentara a su lado en el sofá, le sirvió una taza de té y se la entregó. El hecho de que su hermana no tuviera al Sr. Brown dejó a Evie con una sensación incierta y hundida en el estómago. Si Lucy no estaba casada, estaba arruinada. Esto no era lo que esperaba de su hermana entusiasta y vibrante.

—¿Qué pasó, Lucy? Cuéntamelo todo. ¿Dónde está el señor Brown?

—Oh, Evie —dijo su hermana, soltando un ataque de lágrimas, su taza de té traqueteando en el plato—. Es todo un desastre. Hice un completo lío con todo. —Lucy olfateó y Evie metió la mano en el bolsillo y le pasó un pañuelo. Otra rareza, ya que Lucy siempre llevaba un pañuelo y cualquier otra cosa que pensara que una necesitaría en cualquier situación.

—Sabes que me escapé con el señor Brown, Anthony, y todo iba de maravilla, pero cuando llegamos a Londres hace dos días, se encontró con unos amigos de Bath y todo cambió. Estábamos alojados en una casa de huéspedes en St. Giles, y él empezó a salir por la noche, dejándome atrás. Diciendo que no era correcto que me uniera a él si no estábamos casados, y por eso no lo hice. Pero anoche, regresó, bien metido en sus tazas y...

—Él no te obligó, ¿verdad, Lucy? —La idea de que su hermana fuera agredida no era un pensamiento que ella quisiera contemplar jamás, y el Sr. Brown querría estar a muchas millas de aquí si hubiera tocado un mechón de cabello de la cabeza de Lucy.

—No, no, nada de eso, te lo aseguro, pero regresó, declaró que iba a viajar al extranjero con sus amigos. Pensé que era un granjero, asentado y feliz en Wiltshire. ¿Qué pasó con su amor por la tierra o su condado o su amor por mí?

—¿Entonces no te has casado con él? —Evie apretó la mano de Lucy cuando ella no respondió, aunque, por su semblante pálido y una nariz roja por llorar demasiado, Evie ya sabía la respuesta a su pregunta.

—No nos casamos. Me dejó esta mañana y utilicé lo último de mi dinero para viajar hasta la casa del duque. Sabía, ves, que me estabas buscando. Te vi ayer caminando por las calles de St. Giles, y lo siento, Evie, pero me escondí de ti.

—Lucy, solo estábamos tratando de asegurarnos de que el Sr. Brown hiciera lo correcto y se casara contigo. No íbamos a enviarte a casa si no lo deseabas.

—Lo sé —dijo, inclinando la cabeza hacia abajo—. Traté de regresar a casa en autobús, pero solo tenía fondos suficientes para llegar a Mayfair. Iba a escribirles a mamá y papá para enviar a alguien a buscarme, pero ahora que estás aquí, estoy a salvo.

Evie suspiró, deseando que eso fuera cierto, pero su hermana no había pensado demasiado en sus circunstancias ni en lo que significaban para ella. Circunstancias en las que, afortunadamente, Evie no tendría que preocuparse por sí misma ya que el duque le había pedido la mano. Evie le había prometido que se casaría con él una vez que su hermana se casara y se estableciera. Ver a Lucy ahora soltera y decididamente arruinada no era lo que había querido enfrentar.

—El duque quería asegurarse de que estuvieras casada. Papá nos envió a seguirte, ¿ves? Tendrás que volver a casa, y con el tiempo, con suerte, el escándalo pasará.

Lucy miró alrededor de la habitación, observando sus paredes decorativas cubiertas con papel tapiz de seda, los muchos libros y la chimenea de mármol. Una sonrisa se extendió por su bonito rostro. —No me arruinaré, Evie. El duque que viene detrás de mí demuestra que le importo. Simplemente me casaré con él en su lugar.

Evie se quedó inmóvil ante las palabras de su hermana. ¿Casarse con el duque? ¿En qué estaba pensando su hermana!

—El Duque de Carlisle está conmigo para asegurarse de que el Sr. Brown hiciera lo correcto y se casara contigo. Ahora que no lo has hecho, todo lo que se puede hacer es llevarte a casa y tratar de limitar cualquier escándalo. Afortunadamente, nuestra familia no es muy conocida en la ciudad y tú podrás escapar de la vergüenza social.

Lucy se secó las lágrimas con el pañuelo de Evie, y su rostro se iluminó con cada minuto. —Fui con el Sr. Brown porque pensé que el duque no se preocupaba por mí tanto como el Sr. Brown. Pero estaba equivocada. Ha venido a por mí, sin duda, para intentar detener mi compromiso. Pensé que simplemente estaba ofreciendo mi mano porque yo estaba allí y era mayor de edad, pero creo que esa estimación era incorrecta.

—¿Qué estás diciendo? —Preguntó Evie, con la boca del estómago revuelta, con la habitación dando vueltas a sus pies.

—No habrá ningún escándalo, Evie, porque me casaré con el duque. Para la sociedad, él sigue siendo mi prometido. Es un caballero —continuó Lucy—, no se retiraría del entendimiento, no cuando ya se firmaron los contratos.

Evie tragó saliva, insegura de ser capaz de pronunciar las palabras en ese momento. —¿Deseas casarte con el duque? ¿Todavía? No creo que sea una opción, Lucy. —Era un pensamiento terrible, pero Evie no podía permitir que el duque se casara con su hermana. No ahora, no después de que ella se había entregado a él. Se había enamorado de él y esperaba, con todo su corazón, que él también estuviera enamorado de ella. Después de todo, le había pedido la mano en matrimonio. Tenía que haber afecto entre ellos.

—Por supuesto, me tendrá, Evie. —Lucy se rio, pero incluso Evie pudo escuchar el tono nervioso de sus palabras—. Ya verás. Su honor y su odio al escándalo garantizarán tal resultado.

Evie no deseaba ver eso en absoluto, y era una persona terrible para pensar eso de su hermana. Durante los últimos días que habían pasado juntos, ella había llegado a respetar y cuidar al duque. Era un buen hombre, dulce y divertido y, como decía Lucy, honorable.

Sabiendo que la mujer con la que se había comprometido no se había casado, de hecho, había cometido un error de juicio, ¿se casaría con ella todavía? Si iba a hacer algo así, ¿qué significaba eso para ella? ¿Qué iba a hacer si el hombre que amaba se casaba con su hermana?

—Tendrás que hablar con el duque, pero te fuiste con otro hombre, Lucy. Es poco probable que perdone tal insensatez y se case contigo todavía. Aunque fue tras de ti para asegurarse de que tu reputación se mantuviera intacta y de que no se hubiera equivocado, no creo que te permita ser su esposa.

—¿Por qué no me ayudas? ¿Defendiéndome? Por tu forma de hablar, sueñas como si no quisieras que me convirtiera en duquesa en absoluto. —Lucy se puso de pie, se acercó a la ventana y miró más allá de las cortinas. —Sí me importaba el duque, ¿sabes? Puede que no lo haya amado, pero acepté ser su esposa.

—También me pediste que lo sedujera y lo alejara de ti. ¿Has olvidado tan rápidamente lo que estaba dispuesta a pedirme que hiciera para poder casarte con tu señor Brown?

Lucy se volvió y la miró con ojos inocentes y muy abiertos. Era como si hubiera olvidado su solicitud y ahora estuviera escandalizada por ella. ¿Qué estaba haciendo su hermana? —Por favor dime que no lo hiciste. Sabes que solo dije eso en broma. Nunca quisiera que te arrojes contra el duque por mí. No lo hiciste, ¿verdad, Evie? No sedujiste a mi prometido.

Evie respiró para calmarse cuando el mundo a su alrededor comenzó a descontrolarse. —Lucy, nunca seduje al duque para que se apartara de ti. —Lo que era cierto. Cuando finalmente se juntaron, fue mutuo y con el entendimiento de que Lucy estaría casada cuando alcanzaran a la pareja que se fugaba. El duque había pensado durante mucho tiempo en su comprensión hacia su

hermana. Las acciones de Lucy lo habían asegurado. No habían hecho nada malo. Evie no se propuso romper el compromiso de su hermana. Lucy lo había hecho ella misma. Dar la vuelta ahora y castigarla, rogarle que le dijera algo que no quería escuchar, incluso si ella le había pedido que lo hiciera en primer lugar, era injusto. Todo esto fue injusto.

—Por supuesto, no lo tomé como una broma, pero no lo seduje para alejarlo de ti, Lucy. Lo dejaste por otro hombre. Te ibas a casar con el Sr. Brown.

Sonó un golpe en la puerta y Evie se puso de pie y se dispuso a abrirla. El duque estaba en el umbral, su mirada se deslizó por encima del hombro de ella hacia su hermana, que estaba sentada en la habitación de más allá. Evie dio un paso atrás, abriendo más la puerta para que pudiera entrar. El duque miró al otro lado de la habitación y, como una contraventana en una ventana, su comportamiento cambió. Se mantuvo erguido, la sonrisa borrada de su hermoso rostro y reemplazada por la del duque, todo correcto y educado.

—Señorita Lucy, es bueno que se una a nosotros.

Lucy estalló en otro charco de lágrimas y se puso de pie, corriendo hacia el duque, arrojándose a sus brazos. Ella le rodeó la espalda con las manos y lo sostuvo firme.

—Oh, Su Gracia. Me ha salvado. Lo siento mucho. El Sr. Brown me hizo creer que me amaba y que yo era especial. Fui una tonta al seguirlo. Es la peor de las personas. Por favor dígame que me perdona. Dígame que no he perdido su cariño.

Evie cerró la puerta. Por mucho que amaba a su hermana, siempre la había protegido del mundo, sus acciones en este momento apestaban a una niña malcriada y podrida. ¿En qué estaba pensando su hermana lanzándose sobre el duque como si aún estuviera libre para casarse con ella? Al menos, Evie esperaba que él no fuera libre, o sus esperanzas y sueños con él hubieran terminado.

—¿No estás casada? —preguntó el duque, alejando un poco a Lucy de él, sosteniéndola con el brazo extendido. La visión de Lucy en el abrazo del duque no le sentó bien, y Evie entrecerró los ojos, toda esperanza de que pudiera haber un futuro para ella y el duque se dispó lentamente ante sus propios ojos.

—Cometí un error. Me engañaron, ¿sabe? El Sr. Brown no era quien yo pensaba que era. Por favor dígame que no lo he perdido. Como caballero, sé que no me dejaría en manos de los lobos.

Evie miró con horror mientras Lucy miraba a Finn, con los ojos llenos de lágrimas. Parecía abatida y perdida, necesitando apoyo. Evie debería querer ayudarla, y lo hacía, de verdad, pero no quería que tuviera a Finn. Ella había elegido al Sr. Brown. Se suponía que en este mismo momento estaría casada con él. No estar de pie ante el mismo hombre que amaba y adoraba pidiéndole que honrara su propuesta de matrimonio.

Finn miró a Lucy, aparentemente sin palabras. Evie deseaba que le dijera a Lucy que no. No, no se casaría con ella, no después de que lo dejara por otro.

—Usted firmó contratos para casarse conmigo, su excelencia —dijo Lucy, usando su título por primera vez desde que lo había visto de nuevo—. Sé que le he hecho mal y prometo no ser persuadida en ningún otro lugar en el futuro, pero no deseo provocar un escándalo en mi familia si puedo evitarlo. Y su familia también —añadió, acercándose a Evie y cogiendo su mano—. ¿No es así, querida? Siempre se hablará de Su Excelencia y de nuestra familia si no nos casamos.

—Las prohibiciones aún no han sido canceladas, Lucy. Nadie necesita saber nunca que el duque se ofreció por ti.

—Oh, bueno, después de que el señor Brown me dejara anoche, le escribí a papá y le pedí que anunciara nuestro compromiso. Espero que no le importe, excelencia. Con los contratos firmados, su señoría y mi disculpa, esperaba que pudiéramos casarnos y tener una vida feliz juntos. Tal

como lo habíamos planeado.

Evie miró a Lucy y no pudo creer lo que estaba escuchando. ¿Se había vuelto loca su hermana? Pensar que el duque podría simplemente perdonarla después de su indiscreción era absurdo.

—¿Llamó las prohibiciones? —Finn se encontró con la mirada de Evie y vio la decepción dentro de ellos. Una decepción que ella también sintió.

—Lucy, ¿cómo pudiste hacerle eso al duque?

Su hermana soltó una risa nerviosa y, sin embargo, Evie no vio nada divertido en la situación.

—¿Cómo no iba a hacerlo? —Lucy miró entre ellos, entrecerrando los ojos pensativa. —El duque está en Londres tratando de alcanzarme, ¿no es así? Sin duda porque todavía se preocupa por mí y quiere casarse conmigo. Lamento los problemas que he causado. Deseo casarme con Su Alteza si él me acepta. Lo hará, ¿no es así, Finn?

—Yo, ah —murmuró, mirando a Evie, algo afligido.

Lucy, ¿podrías dejarnos, por favor? Deseo hablar con Su Gracia a solas. Pídele al mayordomo del vestíbulo que te lleve a tu habitación.

Lucy miró entre ellos, antes de asentir y, sin decir una palabra más, se dirigió hacia la puerta, no sin antes detenerse junto a Evie.

—Ayúdame a convencer al duque, Evie, por favor. Sé que me amas y harás esto por mí porque somos hermanas y siempre nos hemos apoyado mutuamente. Realmente lamento todos los problemas que causé.

Evie acompañó a Lucy hasta la puerta y la cerró detrás de su hermana sin decir una palabra antes de volverse hacia el duque. —No puedes casarte con Lucy. La amo, lo hago. Ella es mi hermana, y haré todo lo posible para protegerla, pero ¿esto? No, esto no.

—El escándalo será atroz, para nuestras familias, si no cumplo mi propuesta y me caso con ella.

—Creo que después de lo que ha hecho, y tú también deberías pensarlo, Finn, al diablo con el escándalo. ¿Qué pasa con nosotros? ¿Qué me dices de la oferta de tu mano?

El duque se pasó la mano por el pelo y se paseó frente a la chimenea. —Nunca se me ocurrió que ella no estaría casada. Tenía la esperanza de que pudiéramos casarnos una vez que estuviéramos satisfechos de que la señorita Lucy estuviera arreglada con el señor Brown, pero no parece ser el caso. No importa cuánto nos disguste la situación, de hecho, estoy comprometido con tu hermana. —Y me arruinaste —dijo, incapaz de reprimir esa verdad, a pesar de que odiaba decir las palabras. No era culpa del duque que se hubieran acostado juntos.

Fue tanto culpa de Evie como de él. Un deseo mutuo sobre el que se actuó.

—Debo casarme, Evie, y se me acaba el tiempo para hacerlo. Si tu hermana me obliga a hacerlo, será con ella con quien debo casarme. No importa cuánto deseara que fueras tú.

Respiró para calmarse, pensando en sus palabras antes de recordar lo que dijo. —¿Qué quieres decir con que te estás quedando sin tiempo para casarte? ¿Estás enfermo y debes engendrar un heredero antes de que se acabe el tiempo? El pensamiento la hizo querer echar a perder sus cuentas. No podría soportar que Finn estuviera enfermo.

—No —suspiró, pasando una mano por su cabello. —No estoy enfermo. Lo que no he podido decirte es que mi padre decretó en su testamento que, si no me casaba un año después de su muerte, y solo tengo sesenta días para hacerlo, perderé los fondos monetarios que se requieren para administrar el Palacio de Stoneheim y mis otras propiedades.

Evie hizo una pausa ante sus palabras, sus acciones apresuradas para asegurar la mano de su hermana finalmente tuvieron sentido. —¿Te ofreciste a casarte con Lucy porque no querías perder tu herencia?

—Lo hice —dijo, paseando todavía, con el pelo más erizado.

—Podrías haberte casado con cualquiera. ¿Por qué mi hermana?

—Mi padre también había decretado en su testamento que debía casarme con una mujer de mi condado natal y que fuera hija de un caballero. Tu familia cumplía con mis requisitos. —El duque se sentó, mirando el fuego, perdido en sus pensamientos.

—¿Por qué no pensaste en mí como tu futura esposa cuando visitaste a papá por primera vez? —Después de todo, se habían conocido en Londres. Por supuesto, no se conocían bien, pero tenían amigos en común, que circulaban dentro de la misma esfera social, elegir a su hermana le parecía extraño a Evie. O quizás no la había deseado de esa manera. El pensamiento dejó una sensación de vacío en lo profundo de su núcleo.

—Porque tienes mi edad. Soy un duque. Necesito una esposa que me dé un heredero. Temí que tu edad fuera un impedimento para esto.

Evie sintió que se le abría la boca al oír sus palabras y, por un momento, no pudo responder. ¿Era demasiado mayor? No había duda de que era mayor que Lucy, unos buenos años de hecho, pero todavía no tenía veintiocho. Las mujeres mayores que ella todavía estaban teniendo hijos. Ava tuvo un hijo el año pasado y ella era dos años mayor que Evie. ¿Qué había estado pensando?

—Entonces, ¿por qué te ofreciste si durante todo este tiempo fui demasiado vieja para tus exigentes estándares?

El duque levantó la vista de su silla y la comprensión se reflejó en su rostro. Se puso de pie y se acercó a ella, alcanzando sus manos. Evie salió de su alcance, queriendo saber la verdad. Todo, incluso si fuera tan feo como las acciones de su hermana de hoy.

—Sabes que me preocupo por ti, Evie. Hemos tenido intimidad. Sería un error de mi parte no ofrecerme por ti.

—Pero ahora no puedes, ¿verdad? Ya estás comprometido con mi hermana y ahora que ella se arruinará si no te casas con ella, y crearías un escándalo que detestarías soportar, mientras me quedo sola. Quedé como la mayor tonta de la historia, pero sobreviviré —dijo, esforzándose por no llorar. —Después de todo, soy una mujer y soy capaz de resistir cualquier tormenta.

—Te deseo. Sabes que lo hago —dijo, acercándose a ella. Evie se alejó más de él.

—No tema, excelencia. La sociedad jamás imaginaría que un duque tan viril y poderoso como usted perdería el tiempo con una mujer de mi edad. Sería desagradable y vulgar.

—Evie, eso no es cierto, y lo sabes.

Ella se encogió de hombros y se dirigió hacia la puerta. —Nada de eso importa ahora. Necesitas una esposa, y tu prometida es ahora tuya una vez más. Ella es joven y te dará herederos. Yo quizás no. Sin mencionar que tu disgusto por el escándalo se evitará si haces lo que originalmente planeaste.

—Evie —dijo, acercándose a ella y volviéndola para mirarlo. —Hemos tenido intimidad. No puedo abandonarte.

—Siempre puse a mi hermana por encima de cualquier otra persona, la cuidé y me preocupé por ella toda la vida. No voy a dejarla caer sobre su propia espada. Incluso si eso fuera por su propia creación. Te casarás con ella y yo estaré bien. No volveremos a hablar de esto, y desde el momento en que salgo de esta casa, lo que ha pasado entre nosotros será olvidado. ¿Estás de acuerdo?

Él la miró fijamente, su hermoso y aristocrático rostro que ella había besado con abandono ya no sería suyo. Un nudo se alojó en su garganta, y trató de tragar.

—¿Cómo vamos a continuar como si nada hubiera pasado entre nosotros? No puedo casarme con tu hermana en tales circunstancias. No estaría bien.

—No le dirás nada. No se puede. Hacerlo arruinará mi reputación y la de ella porque cancelarí la boda si supiera la verdad.

—Evie —dijo, frunciendo el ceño, sus manos apretadas sobre sus hombros. —¿Cómo me mantendré alejado de ti?

—Debido a que tu familia ha pasado por suficientes escándalos como para durar dos vidas, tú mismo lo dijiste. Tendrás un matrimonio feliz con mi hermana y te mantendrás alejado de mí porque tienes que hacerlo. Así es como te mantendrás alejado de mí.

Un músculo trabajó en su sien antes de dar un paso atrás, el abismo entre ellos se ensanchaba cada vez más por minuto. —Volveré a mi casa de Londres con Lucy.

—Mamá y papá pueden viajar a Londres para la boda. Sus nupcias deben verse como un evento alegre y muy celebrado. Un matrimonio en Wiltshire no servirá.

El duque asintió, pero no dijo nada, simplemente la miró. —Lo siento, Evie —susurró.

Evie caminó hacia la puerta, esperando que el duque la detuviera, mientras rezaba para que no lo hiciera. Nunca podrían serlo. Ahora no, al menos. —Yo también lo siento —dijo en la puerta, antes de abrirla y dejarlo detrás de ella.

Evie subió las escaleras y empacó sus cosas, explicándole la situación a Lucy antes de dirigirse al frente de la casa del duque y contratar un carruaje. Dejando su corazón adentro.

CAPÍTULO QUINCE

Finn comenzó a hacer las recorridas habituales que se le exigían cada vez que estaba en la ciudad, y la temporada estaba en pleno apogeo. Había asistido a numerosos bailes, había interpretado al novio cariñoso y, sin embargo, nunca había sentido más lástima por sí mismo.

¿Cómo diablos iba a casarse con la señorita Lucy cuando Evie estaba en el mundo, una imposibilidad que no podía soportar? Las últimas tres semanas habían sido una tortura. Hacer desfilar a una mujer por la ciudad como si fueran la pareja más feliz de Inglaterra le hacía querer echar a perder sus cuentas. Le dio ganas de irrumpir por el suelo del salón de baile en este mismo instante y exigir que Evie tuviera sentido. Olvidar lo que todos pensarán, el escándalo de que se casara con ella en lugar de con su hermana y vivieran una vida larga y feliz juntos.

Él la quería de vuelta. Odiaba que hubiera vuelto a ser la dama inglesa adecuada cortés, autoritaria y dulce, ayudando a su hermana a prepararse para la boda y muy feliz de que él y la señorita Lucy pasaran tiempo juntos cada vez que él llamaba. No fue a su casa en Londres para ver a su prometida. Dios lo perdone, fue a ver a Evie.

Finn estaba de pie junto a su amigo, el duque de Whitstone, bebiendo un whisky mientras Su excelencia observaba a la duquesa de Whitstone bailar un minuetto con el vizconde Duncannon.

La señorita Lucy será una dulce esposa para ti, Finn. Debo admitir que me sorprendió saber que te vas a casar con la joven Milton. Siempre pensé que tú y la señorita Milton mayor se adaptaban mejor en temperamento. Al menos, cuando estuvimos juntos en Londres, eso fue lo que deduje.

Finn era muy consciente de que se adaptaba mejor a Evie que nadie antes en su vida. Demonios, incluso ahora, mientras veía a Evie al otro lado de la habitación, hablando con su grupo de amigas, riendo y sonriendo, era consciente de cuánto la extrañaba.

La amaba.

Las últimas tres semanas en la ciudad habían sido un infierno. El sueño se le escapaba. Parecería que ya no podía soportarlo, echaba de menos tenerla a su lado, tener a alguien a quien alcanzar y abrazar cuando quisiera.

Bebió lo último de su whisky, armándose de valor para pronunciar las palabras que había intentado no pronunciar en los últimos días. —He cometido un grave error y no sé cómo arreglar mi circunstancia.

El duque lo miró con el ceño fruncido. —Cuéntamelo todo. Quizás pueda ayudarte —dijo Whitstone, mirándolo con algo parecido a la lástima. Como si ya sospechara que añoraba a Evie en lugar de a su prometida, la señorita Lucy.

Finn suspiró, odiándose a sí mismo más allá de toda medida en este momento. ¿Qué iba a hacer? —Me he ofrecido a la hermana equivocada, y ahora hay poco que puedo hacer al respecto.

El duque asintió y se volvió para mirar a los bailarines en la pista. —Sé algo de lo que pasó entre tú y Evie. Ava ha revelado algunos detalles. ¿Qué te hizo aceptar casarte con la señorita

Lucy después de que ella te dejó por otro hombre? No estás obligado a casarte con ella después de que te trató con tan poco respeto.

—Sé que no lo estoy, pero ella le había escrito a su padre, pidiendo que se cancelaran las prohibiciones después de que el Sr. Brown se dirigiera al continente. Sin mencionar que le rogó a Evie que la ayudara a recuperar a su prometido. Si lo hubiera cancelado, el escándalo habría sido genial. Todo Londres habría hablado de mi nombre durante meses. No podría soportar eso de nuevo.

—Entonces, ¿soportarás toda una vida de miseria en un matrimonio que no deseas? —se burló el duque, antes de aclararse la garganta. —Si le creíste a la señorita Milton que está contenta con esta decisión, te estás engañando a ti mismo. Una mujer enamorada no quiere que su amor se case con su hermana.

Escucharlo en voz alta le heló la sangre. También lo dejó preguntándose por qué demonios había accedido a tal acción. La señorita Lucy no sentía nada por él ni lo respetaba por lo que había hecho, mientras que él tenía la abrumadora idea de que lo que sentía por Evie era algo sin lo que no podría vivir el resto de su vida. Él la quería profundamente. Más de lo que nunca había querido a nadie en su vida. Su opinión era lo que más valoraba, por lo que cuando le exigió que salvara la reputación de su hermana, no pudo negarse.

—¿Crees que Evie todavía me ama? —Finn cerró los ojos un momento, necesitaba romper su visión de Evie al otro lado de la habitación. —No sé cómo voy a mantenerme alejado de ella. Pensar en todos los tiempos que nos esperan en que visitará a Lucy en Stoneheim Palace. Que pase temporadas con nosotros aquí en la ciudad, y yo me tenga que mantener distante, sin que me afecte su presencia. Es imposible pedirle eso a un hombre.

—Es imposible pedirle eso a un hombre enamorado. —¿Amor?

La palabra resonó en su mente una vez más y luchó por no entrar en pánico por la decisión que tenía que tomar. Su matrimonio iba a tener lugar la semana que viene. ¿Cómo podía seguir adelante con tal cosa? No podía, pero ¿eso significaba que amaba a Evie? Finn miró hacia donde estaba con sus compañeros, justo cuando ella miró hacia arriba y miró en su dirección. Sus ojos se encontraron. Se miraron. El tiempo se detuvo y la música se fue apagando, y todo lo que quedaba en la habitación eran ellos dos.

El arrepentimiento, salvaje y brutal, lo atravesó, y luchó por no cruzar el piso del salón de baile y tomarla en sus brazos, decirle que lo sentía. Que había cometido un error, no solo en Londres, sino también en Marlborough. Que debería haber pensado en pedirle que fuera su esposa. Siempre le había gustado Evie, la había conocido a través de sus amigos mutuos, por qué había permitido que sus opiniones estrechas sobre las mujeres y su edad influyeran en su decisión que no podía entender. Un error del que siempre se arrepentiría, pero al menos ahora podía hacer algo al respecto. Antes de que fuera demasiado tarde.

Se volvió hacia sus amigos, cortando su contacto, y la acción lo cortó como una cuchilla. Finn llamó a un lacayo, que necesitaba otra copa. —¿Cómo se arrepiente un duque de una boda? Dime, Whitstone, ¿cómo me las he arreglado para llegar a esta posición? Mi padre era el hombre al que Londres observaba y del que chismorreaba por sus payasadas, nunca yo. ¿Cómo he permitido que esto suceda?

Whitstone le dio una palmada en el hombro. —Somos humanos, Finn. Podemos ser duques, pero cometemos errores. Fíjate en mí y Ava. La perdí durante años porque seguí el decreto de mis padres y les creí sus mentiras. ¿Crees que deberías aceptar las mentiras de la señorita Lucy, su trato hacia ti y perder a la única mujer que has amado? No puedes y no necesitas que te diga eso porque ya sabes lo que es correcto. Al diablo con el escándalo que provocará. Eres el duque de

Carlisle. ¿Quién puede ridiculizarte? Nadie.

Finn pensó en las palabras de Whitstone, sabiendo que eran la verdad. Su amigo tenía razón, por supuesto. No podía casarse con la señorita Lucy. No la amaba, ni podía casarse con una mujer que se había escapado con otro hombre, sin importar lo que le haría a su reputación arrepentirse de su boda. No le importó nada él cuando eligió al señor Brown.

Su mirada se posó en Evie una vez más, y el calor se filtró en sus huesos por primera vez desde que ella había dejado su casa hace tres semanas. No podía casarse con la señorita Lucy, no cuando amaba a Evie.

La amaba tanto que en lo único que podía pensar era en hacer las cosas bien, tenerla en sus brazos y amarla por el resto de sus días lo mejor que pudiera.

—Tienes razón —le dijo a Whitstone, levantando un peso de sus hombros al oír esas palabras en voz alta. —Haré las cosas bien y me casaré con la mujer que amo. No la mujer con la que estoy comprometido.

—Buen hombre —dijo Whitstone, tomando un whisky de un lacayo y golpeando su vaso contra el de Finn. —Felicitaciones por tu próximo matrimonio. Sé que serás muy feliz. No te arrepentirás de esta elección.

Finn sonrió, sorbiendo el líquido ámbar. —Creo que no lo haré. Por el amor —dijo, brindando por la emoción.

—Por el amor —asintió Whitstone, sonriendo ante sus payasadas.

* * *

A LA TARDE SIGUIENTE, Evie se sentó en el salón delantero de la casa de Londres que compartía con Molly, sus padres estaban sentados frente al fuego, discutiendo el matrimonio de Lucy la próxima semana. Evie trataba de ignorar su charla, su emoción de que su hija menor se casara con uno de los hombres más ricos y mejor situados de Inglaterra.

Evie ya había decidido lo que haría una vez que su hermana se casara, y Molly había aceptado ir con ella. Viajarían al extranjero, visitarían Europa y verían todas las cosas hermosas que nunca antes habían visto.

No podía quedarse en Inglaterra para ver a su hermana comenzar su vida con el hombre que amaba. Ella no podía. Hacerlo sería una verdadera tortura, por no mencionar imposible de soportar. Las últimas tres semanas que habían estado en la ciudad habían sido insoportables. Ver a su hermana colgarse del duque, jugar y embromar con él como si nunca se hubiera escapado con el señor Brown había cambiado su opinión sobre su hermana para siempre.

Por supuesto, siempre la amaría, pero ya no la respetaría tanto. Cómo podía hacerle algo así al duque, un buen hombre, no impecable de ninguna manera, pero todavía un buen hombre en general, estaba más allá de ella.

Su estómago se retorció y las náuseas siempre presentes la atormentaron. Ella había estado progresando cada día más con la enfermedad. Su viaje al extranjero no podía llegar lo suficientemente pronto. Necesitaba alejarse de ver juntos al duque y a Lucy. La estaba poniendo mal.

O algo era.

Habría otras aventuras en su vida, otros caballeros admiradores y tal vez incluso un hombre que la amaría tanto como ella temía amar al duque.

Se abrió la puerta del salón y su mayordomo anunció al duque de Carlisle.

Evie se puso de pie, haciendo una reverencia cuando entró antes de volver a sentarse. Sus

padres se pusieron de pie, se acercaron al duque y lo adularon durante varios minutos. Durante la conversación, Lucy se unió a ellos, sus rizos dorados saltando sobre sus hombros, sus bonitos ojos azules lanzaban al duque una mirada coqueta cada vez que pensaba que la estaba mirando.

Evie volvió a mirar el tejido en su regazo. Debería haber adivinado que vendría esta tarde, venía todas las tardes. Debería haber ido a su habitación o desaparecido en la sala de arriba, pero no fue así. Su tonto corazón vivía para sus visitas, para escuchar su voz profunda y seductora hablar de nada de importancia durante una hora más o menos antes de despedirse.

Los tiempos que pasaba con él aquí le recordaban a cuando estuvieron juntos en sus viajes a la ciudad. Ese momento parecía ahora hace un millón de años, y nunca se repetiría. No podía esperar a irse a Europa con Molly. Ya no podía llamar hogar a Londres o Wiltshire. No, si eso significaba que tendría que ver casi todas las semanas la felicidad de su hermana a costa de la suya.

Se le encogió el estómago y se quedó quieta, esperando no enfermarse delante de todos. Sus viajes al extranjero no podrían llegar lo suficientemente pronto por otra razón también. Esta misma mañana había visitado a un médico en Harley Street y le habían informado que estaba embarazada.

Evie se apretó el estómago, una sensación de rectitud y también de miedo la inundó. Molly dijo que la ayudaría en el extranjero con el bebé y la ayudaría a su regreso a casa para instalarla en algún lugar del país. Un plan que iban a discutir con la duquesa de Whitstone cuando llegara en breve.

Como si la sola idea de Ava la hubiera evocado, entró en la habitación, tan bonita como siempre, saludando a todos.

—Buenas tardes —dijo, sonriendo a los presentes antes de acercarse a Evie. —Lamento mucho hacerles esto a todos, pero debo pedir una audiencia privada con Evie. Por favor, discúlpennos. Ava tomó la mano de Evie y la sacó de la habitación, dirigiéndose a la sala de arriba. —¿Qué es lo que es tan importante? Cuando recibí la misiva de Molly, me dejó temiendo lo peor. ¿Estás enferma?

—Explicaré todo cuando estemos solas. —Evie llevó a Ava al salón privado y se alegró de encontrar a Molly ya en la habitación, leyendo un libro. Evie buscó sirvientes antes de cerrar y poner llave a la puerta. Se apoyó en la madera, sabiendo que la mejor manera de anunciar su noticia era directa y sin vacilar.

—Estoy embarazada del bebé del duque de Carlisle. —Molly, como se esperaba, no reaccionó. La duquesa, sin embargo, se levantó de su silla, con la boca abierta pero sin pronunciar palabra. —Dime que eso no es cierto. Evie. Seguro que estás bromeando. —Ava miró entre ellos y lentamente volvió a sentarse en su asiento cuando Evie y Molly se quedaron calladas.

Evie vino a sentarse con ambos. —Por favor, no te enfades, Ava, me estás poniendo más nerviosa de lo que ya estoy.

Ava la miró fijamente, su ceja, por lo general perfecta, manchada por el ceño fruncido. —Se casará con tu hermana la semana que viene. No lo has olvidado, ¿verdad, querida?

¿Cómo podría olvidarlo? Si no hubiera estado embarazada del duque, es posible que hubiera aprendido a vivir con el matrimonio de su hermana con el hombre al que amaba. Más de lo que jamás había pensado en amar a nadie en su vida. Había pensado que el matrimonio, el noviazgo y el afecto nunca serían suyos, pero se había equivocado. Con el duque, ella tenía todas esas cosas y ahora él se casaba con otra persona.

—Es por eso que viajó a Europa por encima de cualquier otra cosa, a pesar de que deseaba volver a Francia y visitar otros lugares. Nos quedaremos fuera durante un buen año antes de regresar a casa.

—¿Qué harás cuando regreses a Inglaterra? Creo que si llevas a un niño contigo, la gente lo notará. El duque y tu hermana por encima de los demás.

—Ahí es donde entras, espero —dijo, armándose de valor para pedir ayuda. No estaba acostumbrada a tener que depender de nadie para nada, pero necesitaría la ayuda de sus amigos si quería sobrevivir a este cambio en sus circunstancias.

—¿Yo? ¿Qué querías que hiciera? —Preguntó Ava.

—Necesitamos que veas si tienes una cabaña vacía en la que Evie pueda vivir en tu finca. Lejos de la sociedad, pero cerca de una comunidad en la que podría criar a su hijo sin la censura de nadie que conozcamos —dijo Molly, respondiendo por Evie.

Ava no respondió durante varios momentos. —Bueno, por supuesto, te ayudaré, pero no mentiré a Whitstone, y así sabrá la razón por la que te estoy escondiendo en nuestra propiedad.

Evie podía entender eso bastante bien y asintió. —Muy bien, siempre y cuando Su Alteza no le diga a nadie mi paradero o por qué he desaparecido de la sociedad. No necesitan saberlo, y el duque de Carlisle ciertamente no necesita saberlo.

—Hmm —dijo Ava, entrecerrando los ojos en Evie. ¿Estás segura de esa elección? Si le contaras a Carlisle de tu circunstancia, creo que descubrirías que él rompería su compromiso con Lucy y se casaría contigo. Lo amas, ¿no? ¿Por qué no luchar por él en lugar de huir a Europa?

—¿Te imaginas lo que pensaría la sociedad si se enteraran de lo que he hecho? Para ellos, me acosté con el prometido de mi hermana y me quedé embarazada de su hijo. No puedo dejar que nadie sepa lo que he hecho, no si quiero proteger al niño que llevo embarazada de ser etiquetado como un bastardo, entre otras cosas.

—La gente hará preguntas. ¿Estás preparada para eso? —Preguntó Ava.

—Tendré algunos meses para prepararme para esas preguntas mientras estemos en Europa. Si tengo que ver a mi familia o a Lucy y su esposo, me aseguraré de que mi hijo esté seguro en casa y solo visitaré con moderación. No puedo verlos juntos. Incluso imaginarme a Finn perdido para siempre es un dolor que no puedo soportar.

—Lo amas mucho, Evie. Por favor, dile la verdad. Sé que el duque se alejó de la sociedad, los chismes y los escándalos, todo porque normalmente su padre era el mismo que los creó, pero dejaría todo eso a un lado si supiera que vas a tener a su bebé. Te ama, estoy segura, y no desea casarse con Lucy. Realmente deberías darle la oportunidad de elegir.

—Le di la oportunidad de elegir, y debido a las intrigas de mi hermana, y su recordatorio del escándalo, el duque la eligió. Ningún niño en mi vientre debería alterar su elección. O quiere estar conmigo o no.

—Sin embargo, te ama —dijo Molly. —La otra noche en el baile de Lord y Lady Hood, lo vi la mayor parte de la noche. Hizo poco más que mirarte fijamente, con sus ojos siguiéndote por la habitación como si fueras la única mujer presente.

—Sé que el duque se preocupa por mí, pero ha elegido honrar su acuerdo con Lucy, y no importa lo que Lucy haya hecho, la amo y nunca desearé que la sociedad la rechace. No simplemente porque fue engañada por un hombre que le mintió.

—También quiero a tu hermana, Evie, pero eligió huir. Si su novio no se hubiera escapado, ya estaría casada con él. El duque y tú deben recordar eso cuando decidan vivir vidas separadas. ¿Por qué deberían ambos sufrir las consecuencias de otra persona? Sí, Carlisle no debería haberse ofrecido a Lucy, pero ella tampoco tendría que haber aceptado su oferta cuando todo el tiempo estuvo enamorada de otra persona.

—Y no tenía intención de casarse con el duque —intervino Molly con los labios fruncidos.

—¿Qué quieres decir con eso? —Preguntó Ava, mirando a Molly antes de volverse hacia Evie.

Evie suspiró, sabiendo que Ava merecía saber toda la verdad. —La noche antes de que Lucy se escapara con el señor Brown, me pidió que sedujera al duque, o que al menos lo convenciera de que había cometido un error al pedirle la mano. Me pidió que la ayudara a romper el entendimiento de alguna manera.

Ava jadeó, su mano agarrando las perlas alrededor de su cuello. —Dime que esto no es cierto. Tu hermana te pidió esto y todavía estás dispuesta a dejar que se case con el hombre que amas y que te también te ama a cambio. No puedo permitir que ocurra su matrimonio. Sería un error y ambos pagarían el precio cuando se consuma el matrimonio.

La idea de que Lucy durmiera con el duque hizo que a Evie se le revolviera el estómago, y tomó un respiro para calmarse. —Todo lo que dices es cierto, lo sé, pero no cambia nada. El duque puede que me ame tanto como yo a él, pero se ofreció a Lucy primero, y ahora ella necesita su nombre para salvar su reputación. No me interpondré en ese camino.

También necesitas el nombre del duque para salvar tu reputación, Evie. Y si por un momento piensas que Carlisle se alegrará de que no le dijeras que estás embarazada de su hijo, estás actuando como una tonta más grande de lo que ya eres.

—Ava —dijo Evie, un fragmento de dolor atravesó su corazón ante las palabras de su amiga—. Eso es cruel.

—Estoy siendo honesta. Carlisle odiará el hecho de que su hijo ahora sea ilegítimo porque no le dijiste la verdad. Él lo averiguará, Evie. La verdad siempre tiene una forma de salir.

—Eso es muy cierto —dijo Molly, asintiendo con la cabeza. Evie miró entre sus amigas. Tenían buenas intenciones, pero Lucy era su hermana. ¿Cómo podía arruinar la única oportunidad que tenía su hermana de mantener intacta su reputación? Nadie sabía fuera de su grupo de amigos que Evie había tenido intimidad con el duque, lo amaba más allá de lo razonable. Su reputación estaba a salvo, siempre y cuando pudiera desaparecer en las tierras salvajes de Inglaterra con su bebé en algún lugar, para no volver jamás.

—Sé lo que estás diciendo y te amo por tu honestidad, de verdad que lo sé. —Evie extendió la mano y juntó las manos de sus amigas, apretándolas un poco—. Pero he tomado una decisión y estoy decidida a permitir que el duque y Lucy continúen con sus planes para un futuro juntos. Estaré feliz alejándome de la sociedad y no estorbando a nadie.

Ava negó con la cabeza, sus labios formaron una delgada línea de desaprobación. —Yo no estoy de acuerdo con esto. Eres Evie, nuestra amiga impulsiva, divertida y decidida. Debes luchar por tu corazón y un futuro feliz.

—Puede que haya perdido al duque —dijo Evie, amando a sus amigas por su apoyo y honestidad—. Pero no me romperá el corazón. Tendré una pequeña parte de él cuando nazca nuestro hijo, y ese niño será mi mayor amor. Una señal de que lo que teníamos juntos era real, aunque solo fuera fugaz.

Molly suspiró, sonriendo con nostalgia. —Eso es realmente encantador, pero todavía no estamos de acuerdo. Tienes que decirle al duque la verdad y ahora, antes de que sea demasiado tarde.

—Estoy de acuerdo —intervino Ava—. Y si tú no lo haces, Evie Milton, ten en cuenta que lo haré.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Finn paseaba por el salón de Earl Tinley en el baile anual de His Lordship, los sonidos apagados de la música y la conversación se filtraban en la habitación. El baile estaba lejos de ser una noche agradable, estaba muy concurrido, demasiada gente había asistido, el calor sofocante de los cuerpos compactados y los numerosos olores eran suficientes para que quisiera irse, subirse a su caballo y regresar a Wiltshire.

Maldijo, pasando una mano por su cabello. Mañana era el día de su boda. Un día que no iba a poder vivir. Había intentado hacer lo que le pedía Evie, prepararse para casarse con Lucy, pero no podía. No podía casarse con una mujer a la que no amaba, y tampoco conocía.

Especialmente cuando la mujer a la que amaba estaba en ese momento adornando el salón de baile que acababa de dejar, sus ojos brillaban de emoción mientras hablaba con sus amigos, su rostro era tan dulce como él lo recordaba. El tiempo que habían estado separados había sido una tortura, y él ya no sería parte de tal dolor.

Él la amaba.

La deseaba y maldita sea, se casaría con ella, sin importar lo que ella pensara sobre el tema. No importaba que se hubiera equivocado al pedirle a la señorita Lucy que fuera su esposa. Nunca debería haberse preocupado por la reputación de Lucy o el escándalo a sus familias si se arrepentía. Se había escapado con otro hombre, por el amor de Dios. Era un tonto por siquiera pensar en salvar tal unión.

La puerta del salón se abrió y se volvió para ver a Lucy, riendo y tomando la mano de un caballero al que no había visto antes. En el momento en que lo vio, sus pasos vacilaron, sus mejillas se volvieron de un rojo brillante que no le sentaba en absoluto.

—Su excelencia, no sabía que estaba aquí.

Él arqueó una ceja, mirándola y sin darle al caballero una segunda mirada. —Eso parece —dijo arrastrando las palabras.

Lucy miró entre el hombre a su lado y Finn, moviéndose el labio inferior entre los dientes. Ella rezumaba culpa y el genio de Finn se agitó.

—Le ruego que me diga, señorita Lucy. ¿Quién es su conocido?

Los ojos de Lucy se llenaron de lágrimas y, un momento después de su pregunta, estaba buscando un pañuelo de su bolsillo, con las mejillas empapadas de lágrimas. —Lo siento mucho, su excelencia. Este es el Sr. Brown, el hombre que amo. Regresó por mí, ¿ve?

—¿Lo hizo ahora? —Finn arrastró las palabras, apretando su mano a su costado antes de caminar hacia el tipo alto y delgado. Le dio un puñetazo directo en la nariz, enviándolo hacia atrás antes de aterrizar con fuerza en su trasero. Lucy gritó, arrodillándose junto a su pícaro caído, su pañuelo ahora en uso para limpiar la nariz ensangrentada del bastardo.

—Me rompió la nariz —murmuró el hombre, pellizcando el puente de la nariz con los dedos.

—Le rompiste la nariz —jadeó Lucy, frotando la cara del hombre con poco efecto.

Finn flexionó la mano y se encogió de hombros. —Me disculpo, pero creo que debí haberlo

hecho hace mucho tiempo.

Lucy se puso de pie y puso los puños en las caderas. Ella lo fulminó con la mirada, recordándole a Evie por primera vez desde que conoció a la chica. Su estómago se apretó, sabiendo que había perdido a Evie y todo por culpa de esta voluble y problemática moza ante él. Debería haber dejado de lado el ser un caballero, permitir que ella se arruinara a sí misma debido a sus acciones tontas y casarse con Evie como deseaba.

En cambio, había permitido que Evie se hiciera cargo de su ruina por sí misma. No le importaba que ella tuviera una edad similar a la de él, o que no pudiera darle hijos. Él solo la deseaba, y si la señorita Lucy no lloraba el entendimiento entre ellos, entonces él lo haría.

—No puedo casarme con usted, excelencia. Amo al Sr. Brown y él será mi esposo.

Finn se rió entre dientes, más que feliz con sus palabras. Hizo una reverencia. —Como desee, señorita Lucy. Y esperemos que esta vez nada más aleje a su Sr. Brown de usted antes de que se case con el pícaro. Porque esta vez —dijo, acercándose para que solo ella pudiera escuchar—, no estaré a su lado para salvarla, no importa cuántas lágrimas derrame.

Finn dejó a Lucy boquiabierta tras él en el salón con su favorito, el Sr. Brown, y se dirigió al salón de baile, decidido a buscar a Evie. Necesitaba encontrarla, decirle que lo sentía y que era un bastardo por no haber dejado a su problemática hermana para que se enfrentara a su ruina, que ella misma provocó, y casarse con Evie.

Sus acciones lo hacían parecer un bastardo, y no estaba seguro de que no lo fuera. Todo lo que podía esperar era que Evie lo perdonara, le permitiera mostrarle que había cometido un error, uno colosal, y lo lamentaba.

* * *

EVIE, habiendo tenido suficiente del baile y viendo a su hermana adular al duque de Carlisle como si estuviera enamorada de él, dejó el baile y se quedó esperando mientras el lacayo llamaba un carruaje para ella. Cuando uno dobló la esquina, agradeció al criado antes de darle al cochero su dirección y entrar.

Apenas se sentó en el asiento, el carruaje se tambaleó hacia un lado, y vio con horror y conmoción a partes iguales mientras el duque de Carlisle se unía a ella, cerrando la puerta de golpe y golpeando el techo para indicar que estaban listos para irse.

Ella lo fulminó con la mirada. —¿Qué está haciendo aquí? Haga que este carruaje se detenga y salga, Su Gracia. —Él la alcanzó y ella lo apartó. —No me toques, Finn. No tienes derecho a tocarme. Ya no.

—Por favor, Evie —suplicó, la vista de su dulce rostro la tentó más que nunca a arrojarse a sus brazos. La idea de Lucy la detuvo y cruzó los brazos sobre el pecho para detener sus acciones impulsivas.

—Cometí un error, Evie. Un error colosal que espero me perdonen. Dame otra oportunidad.

—Te vas a casar con mi hermana. No nos queda nada por decir.

—Hay mucho más que decir. Déjame intentarlo.

Evie miró por la ventana a Mayfair, observando cómo pasaban las grandes y opulentas casas. Ella no debería querer darle una oportunidad. No se merecía una. Realmente no. Había elegido a su hermana, simplemente porque había llorado. Evie suspiró, puede que esa no fuera la única razón, pero, aun así, no estaba segura de querer permitirle que le dijera más cosas que probablemente solo la lastimarían.

—Déjame explicar. No te dejaré sola hasta que lo hagas. Te seguiré por todo Londres si es

necesario.

Evie negó con la cabeza ante su insistencia, pero luego supuso que nunca podría dormir si no sabía lo que quería decir. Nunca podrá seguir adelante con su vida, viajar al extranjero y tener a su bebé si había cosas que se dejaran sin decir entre ellos.

—Muy bien, ¿qué es lo que tienes que decir?

Él le dio una pequeña sonrisa antes de aparentemente armarse de valor para decir su verdad. —Acabo de hablar con tu hermana y nuestro entendimiento ha terminado. Por dos razones. Primero, antes de atraparla con el Sr. Brown, había decidido terminar nuestro compromiso.

—¿Qué! —Evie dio un tirón hacia adelante—. ¿Qué quieres decir con que pillaste a Lucy con el señor Brown? ¿Dónde? ¿En la fiesta? —Golpeó el techo—. De regreso a donde nos recogió — le gritó al conductor por la ventana.

El carruaje redujo la velocidad y giró en la siguiente esquina disponible cuando Evie se volvió hacia el duque. —¿Atrapaste a Lucy con el señor Brown? ¿Por qué no viniste a buscarme? ¿Dónde está ella ahora? ¿Iba a huir con él de nuevo?

Finn frunció el ceño y se aferró a la correa del carruaje mientras el vehículo doblaba otra esquina. —No lo sé, Evie. Estaba demasiado ocupada ayudándolo con su nariz ensangrentada.

—¿El señor Brown tenía la nariz ensangrentada? ¿Estaba herido?

—Sí —dijo Finn, agarrándola de los brazos y tirándola para que se sentara a su lado en el asiento—. Porque lo he hecho sangrar. Primero por huir con una mujer inocente y luego por dejarla sola para encontrar el camino a casa. Le rompí la nariz porque amenazó tanto tu reputación como la de tu hermana actuando como un canalla. Le rompería la nariz a cualquiera que pensara lastimarte con sus acciones.

Sus palabras se filtraron en su mente, y Evie se olvidó de Lucy por un momento y más sobre lo que estaba diciendo. —¿Le pegaste? ¿Por mí?

—Lo hice, y me aseguraré de que esta vez no emprenda una huida a París antes de casarse con su hermana. No veré empañado su apellido, y el tuyo junto con él, debido a su comportamiento.

El carruaje se detuvo frente a la casa de Lord Hood y Evie escuchó la voz de su hermana antes de verla. Lucy estaba de pie en la acera, con el Sr. Brown a su lado, todavía con un pañuelo en la nariz.

Evie se rio por dentro al ver al demonio en tal estado. Se merecía mucho más que una nariz ensangrentada, eso era seguro. Bajó la ventana y se inclinó hacia afuera. —Lucy, haz que el señor Brown te acompañe hasta aquí. Necesito hablar contigo.

Su hermana la vio y, tirando del Sr. Brown, comenzó a cruzar la calle, sus pasos vacilaron cuando vio al duque de Carlisle dentro del carruaje. Evie abrió la puerta, diciéndole sin palabras a Lucy que debía entrar.

Lucy suspiró, pero hizo lo que le ordenaba, sentándola a ella y al señor Brown frente a Evie y el duque. El duque cerró la puerta de golpe, tocando en el techo para que el conductor regresara a su dirección de Londres. El carruaje se tambaleó hacia adelante, al igual que la diatriba de Lucy.

CAPÍTULO DIECISIETE

— El duque le dio un puñetazo al señor Brown. Sin previo aviso ni necesidad de hacerlo. Nos merecemos una disculpa.

Evie se preguntó cuándo su hermana se había vuelto tan arpía. Nunca había sido tan egoísta o autocomplaciente, pero durante las últimas tres semanas en Londres lo había sido. La confianza de Lucy de que el duque la aceptaría, simplemente porque ella se lo pedía, no era como era ella. O al menos la chica que Evie había conocido antes de su viaje desde Wiltshire con el señor Brown en cualquier caso. Sus acciones esta noche eran una prueba de que nunca se preocupó por Finn ni por nadie más que por ella misma.

—Su excelencia no se disculpará con nadie, Lucy. Creo que eres tú quien necesita disculparse y explicar de qué se trata. ¿Qué está haciendo el Sr. Brown en Londres? Pensé que se había ido al extranjero con sus amigos, señor. —Dijo Evie, mirando por encima del hombro al caballero. Su intento de castigarlo, recordándole su error, no sirvió de mucho. El Sr. Brown parecía tan ciego como su hermana ante el problema o los inconvenientes que ambos habían causado.

—Cometí un error y volví con la mujer que amo.

—Qué caballero de tu parte —dijo el duque arrastrando las palabras, mirándolos a todos con un asunto desinteresado.

—Lucy, ¿todavía deseas casarte con el señor Brown? ¿Y qué hay de tu entendimiento con el duque?

—No hay entendimiento, ciertamente no después de que el Sr. Brown me dijo lo que sabía sobre Su Excelencia. No es que me importe más, ya que el hombre que amo ha regresado por mí. —Su hermana se cruzó de brazos, haciendo pucheros como una niña. Evie suspiró.

—¿Qué te dijo? —preguntó el duque. Evie sintió que él se ponía rígido a su lado y le lanzó una mirada, notando su mirada dura y su mandíbula tensa. No podía haber más en esta horrenda historia que ella no supiera ya.

—¿Qué te dijo, Lucy? —Evie se armó de valor, a pesar de no saber lo que su hermana estaba a punto de decir. Con Finn tenso a su lado, no pudo evitar pensar que era severo y no lo que quería escuchar.

Lucy sonrió, frunciendo los labios. —Bueno, en cuanto a eso, antes de que el señor Brown se fuera a Devon, conoció a sus compañeros de viaje en Lincon's Inn. Estaba almorzando y escuchó una conversación entre el Sr. Smithers y uno de sus compañeros de trabajo. Sabe quién es el señor Smithers, ¿no es así, excelencia? —Lucy preguntó, sonriendo. —Estaban hablando de una limitación de tiempo que enfrentaba su cliente y cómo se debía resolver. Ese cliente era el duque de Carlisle.

—Una conversación muy interesante. —El Sr. Brown se reclinó en los cojines, una mirada triunfante cruzó su rostro. —Afirmaba que el duque de Carlisle necesitaba una novia de su condado natal de Wiltshire y una nacida de un caballero o nobleza, si era posible. El Sr. Smithers también mencionó que el duque solo tenía sesenta días para que todo se hiciera realidad, o se

enfrentaría a la ruina financiera.

—Yo era la novia requerida —intervino Lucy. —Estoy muy feliz de que mi señor Brown regresara por mí antes de casarme con un hombre que solo me ofreció la mano para quedarse con sus miles de libras.

—No tenías que decir que sí, Lucy —dijo Evie, queriendo recordarle a su hermana que ella era tan culpable de todo este lío como el duque. No es que la noticia de que el duque necesitaba una novia o se enfrentaba a la ruina financiera fuera una novedad para ella. No, ya se había enterado de esa desafortunada información. Sin embargo, había esperado salvar a Lucy de esa verdad.

Ninguna mujer quería saber que cualquier futuro marido la eligió por necesidad. El conocimiento de que su afecto hacia ella se había debido a su miedo a perder su fortuna le dejó un dolor en el pecho. Habían pasado tanto tiempo juntos, habían tenido intimidad... eso no podía haber sido todo falso. El duque era capaz de amar, Evie estaba segura de ello. Si el duque estaba seguro de ese hecho, sin embargo, era otra cuestión.

—Ya amabas al Sr. Brown antes de que el duque se ofreciera, solo tenías que ser honesta, Lucy.

Lucy hizo un gesto hacia el duque, que permaneció en silencio, desconcertante. —Es el duque de Carlisle. ¿Quién le dice que no a un hombre así?

—Deberías. —Evie asimiló toda esta información mientras el carruaje atravesaba Mayfair.

—Debo decir que estás actuando de manera muy prepotente en todo esto, Evie. Sabías que no quería casarme con el duque. Aceptaste tratar de disuadirlo de mí tal como te pedí.

—¿Sabías que la señorita Lucy no quería ser mi esposa? —El duque la miró como si la viera por primera vez, una desconocida a la que apenas conocía en lugar de una mujer que había compartido su cama, que había sido una compañera. La decepción en sus orbes azules dejó una sensación de vacío en el interior y ella hizo una mueca—. ¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó.

Evie miró a su hermana. ¿Cómo pudo Lucy involucrarla en su plan de falso corazón? —Le dije que te dijera la verdad, pero antes de que pudiera obligarla a hacerlo, se fue corriendo. Estuve de acuerdo en ayudarla, pero nunca lo iba a llevar a cabo, solo la dejé pensar que lo haría.

—No habría viajado tras de su hermana si hubiera sabido que el Sr. Brown era en verdad quien ella quería. La habría dejado enfrentar las repercusiones de su propia elección.

—Nunca te pedí que me persiguieras. Pensé que cuando me escapé, eso habría sido suficiente para que rompieras el entendimiento.

—A diferencia de su Sr. Brown, yo soy un caballero —reprendió Finn—. Un duque. No actuamos de una manera tan poco caballerosa. Habíamos firmado contratos matrimoniales y, lamentablemente, necesitaba una novia y en poco tiempo. Usted era mi única opción, así que tenía que ver si estaba segura de que el Sr. Brown era a quien deseaba antes de buscar en otra parte.

—Bueno, ciertamente parece que encontraste un reemplazo con mi hermana. ¿Se ha ofrecido por Evie ya, su excelencia?

—¿Será cierto lo que dijo el señor Smithers sobre las chicas Milton?

—¿Qué dijo él? —Exigió Evie, inclinándose hacia adelante.

Odiaba la idea de que la gente estuviera hablando de su familia, o que otros como el Sr. Brown pudieran escuchar esas mismas conversaciones.

—Que, porque era la menor de las hermanas Milton, me quedaría mejor ya que estoy en edad de dar a luz. Tú, soltera de casi veintiocho años, habías pasado tus años fértiles. O eso pensó el duque.

Evie jadeó, su estómago se revolvió y no solo por la verdad de su hermana, sino por el niño que llevaba y que supuestamente era demasiado mayor para tener. ¿Cómo se atrevía el duque a ser

tan cruel? Tan desdeñoso con una mujer que, por cierto, tenía la misma edad que él.

—No más, Lucy. —Evie miró a su hermana a los ojos y se alegró de que su hermana cerrara la boca y se recostara, aparentemente comprendiendo que había oído suficiente. Su matrimonio con el señor Brown tendrá lugar la semana que viene en lugar de casarse con el duque—. Una pequeña aventura es mejor, creo, y luego te retirarás a Wiltshire a la granja del señor Brown. Lejos de la sociedad y de cualquier ramificación que puedas enfrentar debido a tus acciones.

—¿Por qué deberíamos escondernos? —Lucy gimió, mirando al duque—. El duque tuvo más culpa que yo.

—Tendría que estar en desacuerdo con esa noción. —El tono bajo y acerado del duque interrumpió la conversación y Evie no se perdió la advertencia de sus palabras—. Viajé demasiadas millas estas últimas semanas tratando de asegurarme de que se salvara su reputación. No tenía que hacer esto. Podría haberle dejado tirar por la borda su reputación y su vida. No lo hice.

—Solo porque necesitaba una novia debido a las implicaciones económicas. No porque se preocuparas por mi familia o por mí. Su honor y sus motivos no son puros, su excelencia.

—Suficiente —dijo Evie, mirando entre su hermana y el duque. El carruaje se detuvo frente a su casa, y ella abrió la puerta y salió al sendero adoquinado. Su hermana la siguió y entró en su casa. El Sr. Brown fue a perseguirlas y Evie se paró frente a la puerta del carruaje y lo detuvo—. Puede visitar a mi hermana mañana por la tarde. Buenas noches, Sr. Brown —dijo, ignorando las protestas de su hermana antes de desaparecer en el interior, quejándose de la injusticia de la vida y de los hermanos mayores que interfieren.

El duque se apeó del carruaje y cerró la puerta con un chasquido decidido. —Necesito hablar con usted, señorita Milton.

—Mañana también le irá muy bien a usted, excelencia.

El carruaje se alejó por la calle y Evie se volvió, necesitando entrar y digerir todo lo que había escuchado sobre el duque y su hermana, quien decidió que no le gustaba mucho en ese momento. La joven de arriba no representaba cómo habían crecido ni la moral que pensaba que tenían ambas.

—Por favor, Evie. Déjame entrar.

Evie se detuvo en el escalón ante la súplica del duque. Maldita sea por ser débil cuando se trataba de él. Querer escucharlo explicar sus acciones. Miró a ambos lados de la calle y, al no ver a nadie y esperar que nadie la estuviera mirando desde las ventanas oscuras, cedió. —Muy bien, pero no por mucho tiempo. Estoy fatigada y necesito soledad después de la noche que acabamos de soportar.

El duque la siguió al interior de la casa, sin decir una palabra más cuando llegaron al salón delantero. Evie cerró la puerta, feliz de ver que el fuego todavía ardía en la habitación. Molly no debe haberse retirado hace mucho tiempo para pasar la noche. Se sentó frente a la chimenea, juntó las manos en el regazo y se preparó para escuchar al duque.

Caminó frente al fuego antes de sentarse a su lado, pero aun así, no dijo nada.

Evie no tuvo ningún problema en romper el silencio. —¿Pediste la mano de mi hermana simplemente para asegurar tu fortuna?

—Lo hice —dijo después de un momento, la vergüenza se filtró en sus orbes azules antes de que la molestia reemplazara esa emoción. —¿Y accediste a intentar persuadirme de que pusiera fin a mi compromiso con Lucy? Ninguno de los dos es inocente en esto.

—Lo sé —dijo Evie, odiando el hecho de que alguna vez accedió a ayudar a Lucy. No es que alguna vez hubiera planeado seguir adelante con su plan, había planeado hacer que Lucy dijera la

verdad. No es que el duque creyera eso. Ahora no, después del hecho. —Pero tenía la intención de hacer que Lucy rompiera el compromiso que no quería. Se fue antes de que yo tuviera la oportunidad de obligarla a hacerlo. Esa es la verdad.

El duque se frotó la nuca, mirándola. —Esto es una locura, Evie. No quiero pelear contigo.

—Yo tampoco, pero ofreciste por mi hermana por necesidad, no porque tuvieras alguna respuesta emocional hacia ella.

—¿Tu oferta para mí fue igual? ¿Cuánto tiempo te queda antes de que entre en vigor la cláusula de tu padre?

—Solo tengo unas pocas semanas antes de perder lo que necesito para mantener mis propiedades en funcionamiento. Me quedaré con tierras y propiedades, pero sin dinero.

—Así que sería suficientemente apta, ya que mi hermana ya no está dispuesta o tal vez no, ya que estoy en mi edad y no puedo tener hijos.

—Perdóname por pensar tal cosa. No creo que eso sea cierto, y no te veo como una solterona o una mujer en su edad. La suposición se hizo de manera irresponsable. Mi padre se casó a los treinta con una mujer diez años menor que él. Yo solo era de esa opinión porque es lo que se hace, pero no es lo que deseo hacer.

Ella arqueó la ceja, mirándolo con desprecio. No era la hazaña más fácil cuando se sentaba a su lado e incluso en esta posición la dominaba con su altura. —¿Te preocupas por mí, Finn? ¿O lo que siento por ti es unilateral?

—No, por supuesto que no está solo de tu lado. —Hizo una pausa, pasando una mano por su cabello y dejándolo de punta. —Todavía necesito una novia, desesperadamente, y mi padre decretó que debe ser una mujer de buena familia y de mi condado natal de Wiltshire. No tengo ninguna duda de que las estipulaciones eran muy concisas porque deseaba que fracasara en la búsqueda. Nunca se preocupó por su hijo, probablemente por qué dejó de ir a la cama de mi madre una vez que yo nací. Solo se preocupaba por sí mismo y sus putas. Era un pícaro infame que a Londres le encantaba odiar.

El duque se acercó y tomó sus manos, sosteniéndolas con firmeza. —Lo que siento por ti, Evie, no se parece en nada a lo que siento por tu hermana. Si bien ella me gustó, eres tú con quien anhelo ver, escuchar y pasar el tiempo. Eres tú quien capturó mi corazón.

Ella quería creerle. El tiempo que habían pasado juntos, había perdido su corazón por el duque. De hecho, temió que en su primera noche en el Bear Inn, donde él la había abrazado durante la noche, permitiéndole mantenerse caliente, fue cuando por primera vez sospechó que su corazón había sido tocado. Aun así, no cambió el hecho de que había perseguido a su hermana simplemente para casarse con ella y satisfacer su voluntad. Por supuesto, un duque necesitaba fondos para administrar sus propiedades, pero hacer creer a una mujer que la deseaban, cuando no la deseaban, no era un acto de caballero. ¿Cómo podía confiar en que él estaba diciendo la verdad ahora? Que ella era diferente. Que era deseada y amada.

—Me mentiste. A mi familia.

—No estaba solo en mi falsedad —respondió, silenciándola—. ¿Tú y tu hermana planearon cómo terminar con el entendimiento? ¿Pensaste en seducirme? ¿Fueron todas tus acciones en mi cama fingidas?

Evie jadeó. ¿Cómo se atrevía a preguntarle eso? —Yo nunca haría tal cosa, y si me conocieras, lo sabrías.

—Evie —suspiró, apretando un poco sus manos—. ¿Por qué no me dijiste que Lucy estaba enamorada de otra persona? Todo el tiempo que estuvimos juntos sentí como si me partieran en dos. Entre el honor y lo que deseaba, lo que quería. Me reprendí repetidamente a mí mismo por la

elección que hice, porque no era la correcta. Si supiera que mi preocupación no estaba justificada, que podía actuar según mis deseos, sin sentir que estaba imitando a mi padre, un sinvergüenza que disfrutaba del escándalo y actuaba sin honor, nuestro tiempo juntos podría haber sido mucho mejor.

—Estabas decidido a traerla a casa. Siempre estaba en mi mente el recordarle a mi padre el dinero que le pagaste junto con los contratos matrimoniales. ¿Cómo podría decirte? Pensé que una vez que vieras a Lucy, casada y feliz, no importaría lo que me haya pedido que hiciera porque sus acciones hubieran hecho que su plan fuera discutible al final.

—Hace mucho que he perdonado esa deuda. No haré que tu padre me pague si eso es asunto tuyo.

—No pensé que lo harías —admitió Evie, queriendo decirle que había más que decir entre ellos. Que estaba embarazada de él, pero quería que él la eligiera por ella misma, no porque necesitara una esposa. —¿Que hacemos ahora? —preguntó, odiando la inquietud en su tono. A pesar de todo lo ocurrido, no quería perder al duque, pero tampoco se casaría con él simplemente para asegurarse sus riquezas.

—De hecho —Dijo el duque, mirándola a los ojos.

* * *

FINN QUERÍA JALAR a Evie en sus brazos y besar su miedo, sus dudas. Necesitaba que ella supiera que la adoraba a ella y solo a ella y que condenaba el testamento y la cláusula de su padre que ensombrecía su vida, poniéndola patas arriba.

—Evie —dijo, arrodillándose ante ella. —Quiero que sepas que lo que voy a pedirte es porque, en mi esencia, es lo que quiero. Debes saber que lo que voy a preguntarte es porque te amo, más que cualquier herencia u honor que pueda tener un hombre. Te pregunto esto porque te quiero a ti y a nadie más, y si me hubiera dado cuenta antes podría haber ahorrado a todos muchos problemas y luchas.

Ella se movió en su silla. Sus hermosos ojos oscuros se enfocaron en cada una de sus palabras. —¿Qué querías preguntarme? —Tantas cosas, más de las que podía contar. —Mi primera pregunta sería, Evie, a partir de este día, ¿me harás el gran honor de convertirte en mi esposa? Cásate conmigo y sé mi duquesa como siempre debiste haber sido.

Su corazón latía rápido en su pecho, latiendo en un crescendo que estaba seguro de que ella podía escuchar. El reloj del manto marcó los segundos y, aun así, ella no habló. El fuego crepitaba en la chimenea y él luchó por tener paciencia, necesitaba saber qué estaba pensando ella. —¿Evie? ¿Te casarías conmigo?

Ella le lanzó una pequeña sonrisa y una pequeña parte de él se regocijó. Con la esperanza de que ella le diera una segunda oportunidad. Todos se merecían uno, seguramente. —¿Estás seguro de que no soy demasiado mayor para ser tu esposa? ¿Qué pasa si no puedo tener hijos?

—No me importa, mientras te tenga a ti. Significas más para mí que cualquier cosa que no tenga, que ya tenga o que nunca tenga. ¿Escuchaste lo que dije, mi amor? —preguntó cuando ella se quedó callada. —Te amo. Te deseo. Desde este día en adelante y para siempre. Dime que sientes lo mismo y sácame de esta tortura con la que he estado viviendo estas últimas tres semanas.

Ella sonrió, sus ojos calentándose sobre él. —Estoy tan contenta de que hayas dicho lo que acabas de decir, porque yo también siento lo mismo.

Finn se inclinó hacia adelante sobre sus rodillas, acercándose a los ojos de ella. —Cásate

conmigo. Cástate conmigo tan pronto como pueda obtener una licencia especial. No quiero pasar otra noche lejos de ti.

Ella le pasó los brazos por los hombros y el calor le bajó por la espalda. La había extrañado. Tanto que a veces pensó que se volvería loco por quererla. Una vida con Evie sería para siempre una aventura, al igual que sus viajes, y estaba ansioso por comenzar el viaje.

—Me casaré contigo —dijo al fin, cerrando el espacio entre ellos y besándolo suavemente en los labios. El abrazo fue breve y casto y no se acercaba a lo que necesitaba, quería de su futura esposa. —Yo también te amo —admitió.

Finn la tomó en sus brazos, sin querer nunca dejarla ir. Él tomó su boca en un beso abrasador, uno que se había estado formando durante las últimas semanas en la ciudad. Su lengua se fundió con la de él, y su cuerpo cobró vida por primera vez desde que ella salió de su vida.

—Te quiero —dijo, besando su camino en la mejilla para mordisquearle la oreja. Tenía las orejas más bonitas que había visto en su vida, y esta noche con el pequeño colgante de diamantes colgando de ellas, la hacían lucir aún más hermosa si eso era posible—. Debajo de mí y en tu cama esta noche. No quiero irme —le susurró al oído, sintiendo un ligero escalofrío recorrer su cuerpo.

—Yo también quiero eso. —Ella jadeó cuando su mano ahuecó un pecho, el pulgar y el dedo encontraron su pezón y lo hicieron rodar entre las dos almohadillas—. Esto es perverso, ¿comprendes?

—¿Estás seguro de que no quieres esperar hasta que nos casemos?

—No sabía cómo tener mis manos apartadas de ti estas últimas semanas. No voy a empezar a hacerlo ahora. Serás mi esposa en uno o dos días. No veo ningún daño en que estemos juntos.

—Hmm —dijo ella, poniéndose de pie y jalándolo para que se parara frente a ella. Él se alzaba sobre ella y no pudo evitar pasar las manos por la suave y deliciosa carne de su rostro. Diablos, ella era hermosa, dulce y suya.

Toda suya.

La tomó en brazos, ignorando sus protestas de que serían vistos y salió de la habitación. —¿Donde esta tu cuarto? —preguntó cuando llegaron a lo alto de las escaleras, Evie se puso de un rojo intenso cuando pasaron junto a un lacayo asustado.

—Segunda puerta a tu izquierda —dijo ella, jugando con el pelo de su nuca.

Su toque la volvía loca, y respiró hondo, calmándose. Pronto estarían solos y luego podrían tomarse todo el tiempo que quisieran. Y antes de que terminara esta semana, sería la nueva duquesa de Carlisle. Como siempre debería haber sido.

La puerta de su dormitorio estaba entreabierta y él la abrió y la cerró de una patada. El alivio se apoderó de él de que él era suyo y ella era suya, y pronto nadie ni nada podría arrancarla de él de nuevo. Ni la familia, ni el escándalo ni el honor inquebrantable.

Nada.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Evie se paró junto al duque de Carlisle en la hermosa iglesia parroquial de San Jorge en la plaza Hanover e intercambió votos con Su Excelencia. Como prometió, había obtenido una licencia especial y, dos días después de pedirle la mano, ella se casaba con él. Sus amigas estaban en los bancos detrás de ellos, cada uno de ellos incapaz de ocultar su placer, al igual que Evie no podía detener la sonrisa en sus labios.

El duque se volvió y repitió los votos que pronunció el sacerdote, y un calor fluyó por sus venas. Él estaba de pie junto a ella, vestida con un abrigo superfino de color azul oscuro. Su corbata resaltaba su dulce rostro, y necesitaba toda su concentración para no arrojarse a sus brazos, tal como lo habían estado haciendo los últimos dos días. Había insistido en que viajara con él a Doctor's Commons en Londres para obtener la licencia especial del arzobispo de Canterbury. Estar de regreso en el carruaje con Su Excelencia a solas durante algún tiempo terminó siendo un viaje bastante agradable.

El sacerdote los pronunció marido y mujer, y la tomó del brazo, volviéndose para sonreír a sus amigos.

Casados por fin.

* * *

MÁS TARDE ESA MAÑANA, se pararon en los jardines de la casa del duque en Londres, celebrando su ceremonia de boda. Al día siguiente regresarían a Wiltshire para informar a sus padres de su matrimonio y para ver casarse a su hermana. Lucy había regresado a casa el día anterior, después de haber declarado que quería casarse con el Sr. Brown en la iglesia de su familia en Marlborough. Su madre y su padre habían viajado con Lucy y su prometido, queriendo asegurarse de que Lucy, de hecho, regresara a casa para casarse.

Evie no les había contado a sus padres la oferta del duque. Pronto se enterarían y no los necesitaba en su boda. Cuando regresara a casa, habría tiempo para una celebración.

—Qué marido tan guapo tienes —dijo Molly, pasándole a Evie una copa de champán y sonriendo al duque, que hablaba con Whitstone, Lord Duncannon y el marqués Ryley.

—¿No es así? —Evie estuvo de acuerdo, esperando que el desayuno de bodas terminara pronto para poder estar a solas con él. No le había hablado del niño, pero lo haría hoy. Se había casado con ella sin saber que estaba embarazada. Ella no quería declarar sus votos sin ninguna duda de que él la estaba convirtiendo en su esposa porque la amaba, no porque estuviera embarazada de él. —Estoy tan feliz, Molly, y también estoy triste. Ya no viviremos juntas.

Molly hizo a un lado sus preocupaciones, tomando un sorbo de su bebida. —Olvida eso. Sabes que estoy más que feliz de visitar a mi familia en Hertfordshire. Luego, como estaba previsto, viajaré al extranjero a Francia. Deseo volver a ver París, y luego, cuando esté en casa, tal vez me permitas seguirte durante las temporadas de Londres, para tener algo en qué ocupar mi tiempo.

Puede que no esté casada y tenga dos o tres mechones de cabello grises en la cabeza, pero todavía hay mucha diversión por venir y estoy decidida a divertirme.

—Y lo harás —asintió Evie, uniendo los brazos a su amiga más antigua. —Te invitamos a quedarte con nosotros durante la temporada o cuando lo desees. Mi puerta siempre está abierta para ti. No puedo agradecerte lo suficiente por ser mi compañera y apoyo estas últimas semanas. Sé que a veces no he sido la persona más cuerda.

—Pensaste que habías perdido al amor de tu vida. Eso es suficiente para enloquecer un poco a cualquiera.

—¿Quién está loco? —preguntó el duque, rodeando con el brazo la cintura de Evie y abrazándola a su lado.

—Lo estaba, esposo, cuando pensé que te había perdido.

Se inclinó y la besó rápidamente frente a sus amigos. El beso, un dulce abrazo, duró más de lo debido y unas pocas risitas ahogadas alrededor de ellos los llevaron a sus sentidos. —Nunca me perderás, cariño. Te lo prometo —susurró el duque para que solo ella pudiera oír.

Ava, Hallie y Willow se unieron a ellos. Todas sus amigas aquí hicieron que el día fuera más especial y estaba agradecida por su amor y apoyo.

—Bueno —dijo Willow, con un brillo burlón en sus ojos—. Ahora, solo queda una.

—¿Una que? —Molly preguntó, mirándolos a todos por turno.

—Una de nosotras se quedó soltera. ¿Qué haremos, señoras? Sugiero que la próxima temporada prometamos estar todos en la ciudad para asegurarnos de que nuestra querida Molly encuentre al caballero de sus sueños —dijo Ava, sonriendo con picardía.

—Te ruego que no hagas tal cosa —dijo Molly, sacudiendo la cabeza—. Viajaré al extranjero, como bien sabes. Puede que ni siquiera vuelva antes del próximo año.

—Lo harás, nos aseguraremos de ello. Hay algunos conocidos de Whitstone que sé que son adecuados y honorables para nuestra Molly. Haré una fiesta y los invitaré.

—Por favor no lo hagas. —Molly negó con la cabeza, su rostro palideció un poco—. No seré negociada como una preciada yegua tuya, Ava.

Evie sonrió a sus amigas mientras planeaban y tramaban para Molly. Finn la tomó de la mano y la llevó hacia la casa, sus amigos estaban tan atrapados en su conversación que no se dieron cuenta de su despedida.

—¿Qué estás haciendo, Finn?

—Creo que nuestros amigos nos han tenido bastante tiempo. Es hora de que tú y yo nos conozcamos mejor como marido y mujer.

Ella arqueó la ceja, incapaz de evitar una sonrisa en sus labios. —¿De Verdad? Qué travieso de tu parte.

—No tienes idea. —Finn la llevó a través de su casa sin, afortunadamente, encontrar a un criado. Si los hubieran visto, no sería difícil saber que tramaban. Evie se rio entre dientes ante el pensamiento justo cuando la empujaba hacia los apartamentos ducales de la casa, cerrando y bloqueando la puerta con un chasquido decidido.

Se apoyó contra la puerta de madera pintada y lentamente se quitó la corbata del cuello antes de tirarla a un lado. El botón superior de sus pantalones fue el siguiente, y el calor lamió a través de su piel, la expectativa latiendo a través de su núcleo.

—Eres impaciente.

—Lo soy. —Se apartó de la puerta y se topó con ella en un par de zancadas. La tomó en sus brazos y la besó profundamente mientras se dirigía a la cama.

Evie esperaba que la arrojara sobre la opulenta ropa de cama, pero no lo hizo. En cambio, la

puso de pie, girándola, para que se enfrentara a la cama. —Baja las manos para sostenerte. — Hizo lo que le ordenó, la expectativa fluía a través de ella.

Podía sentir que se mojaba y movía su trasero contra Finn, deseándolo con una desesperación que la dejaba sin aliento.

El aire frío besó sus piernas mientras sus grandes manos agarraban el dobladillo de su vestido, deslizándolo hasta su cintura. Evie se mordió el labio, pensando en lo deliciosa que era la vida matrimonial.

Realmente traviesa.

* * *

LA POLLA de Finn había estado en un estado de semi-erección desde que había visto a su hermosa Evie caminar hacia él para convertirse en su esposa. Había charlado y entretenido a sus amigos en los jardines todo el tiempo que pudo, pero en lo único que podía pensar era en cuando tendría a su novia para él solo.

Sola en su cama. Su duquesa junto a él en los apartamentos ducales.

La duquesa, por supuesto, tenía su propia suite de habitaciones tanto aquí como en sus numerosas fincas de campo, pero quería que Evie durmiera con él. Para estar solo al alcance de los brazos a su lado.

Su esposa gimió mientras él deslizaba su mano por su muslo, deslizándola contra su pubis y provocando su húmedo coño. Ella estaba caliente y lista para él, y con la otra mano, liberó su polla, tomándose de la mano.

—Voy a follarte, Duquesa —dijo, levantando lo último de su vestido y empujando su polla contra su coño, provocándola con movimientos lentos y deliciosos.

—Oh, sí —jadeó, sus manos apretadas en la ropa de cama. Ella se deslizó hacia él, provocándolo a su vez—. Fóllame, Finn.

Sus palabras burlonas lo enloquecieron y, sin esperar, la penetró profundamente. Sus manos ancladas en sus caderas, sosteniéndola mientras recibía cada embestida. Estaba tan apretada, apretándose contra él, y él respiró hondo, deseando complacerla tanto como ella lo hacía con él. No podía tener suficiente de ella.

Finn empujó a Evie hacia la cama. —Ponte de rodillas, cariño.

Ella se apresuró a hacer lo que le pidió, y él se acercó a ella. Se deslizó dentro de ella de nuevo, y un placer exquisito los hizo gemir a ambos. Desde la primera vez que estuvieron juntos, cada vez fue igual. El disfrute que producían era algo de lo que nunca se cansaba. Finn empujó su polla, encontrando un ritmo rápido y delicioso que le gustaba a Evie. Ella jadeó y gimió ante él, agachándose para amortiguar sus ruidos en la ropa de cama.

La empujó hacia el clímax, provocándose a su vez. Su coño lo envolvió como un guante, ordeñándolo y su respiración se detuvo. Ella era tan hermosa, tan dispuesta y suya.

La palabra mía resonó en su mente, y se mantuvo profundamente en ella, sonriendo mientras ella se ondulaba contra él, buscándolo, deseando que la follara.

—¿Qué estás haciendo? Deja de burlarte de mí, Finn.

Finn se acercó a ella, deslizando una mano por su sujetador para agarrar su pecho, provocando sus pezones erguidos y fruncidos. Encajaban en sus palmas y estaba impaciente por besarlos, lamer su camino por su delicioso cuerpo hasta entre sus piernas y llevarla al clímax con su lengua.

Tantas cosas que hacer y ahora tenían todo el tiempo del mundo para hacerlo.

No dispuesta a esperar más, se empujó hacia él, follándolo en su lugar. Su cuerpo se agarró y

gimió, bombeándola de nuevo. Su relación sexual se volvió frenética cuanto más se acercaban al placer.

Finn gimió cuando las temblorosas contracciones de su liberación tiraron y apretaron alrededor de su polla, y se corrió, duro y largo, follándola hasta que ella colapsó en la cama, todavía vestida con su vestido de novia, pero satisfecha más allá de lo razonable.

Se dejó caer a su lado, riendo entre dientes por su estado de vestimenta y lo que habían hecho. —Al menos de esta manera, podemos volver al desayuno de la boda, y nadie se enterará.

—¿De Verdad? —Dijo Evie, sentándose y quitándose las horquillas del cabello.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, incapaz de formar suficiente energía para detener su progreso.

—No vamos a volver al desayuno, esposo. Vas a hacerme el amor todo el día y toda la noche. Si aún no lo sabías, tengo veintisiete años. Tengo algunos años que compensar por estar sin marido.

Él sonrió, tirando de su corbata. —Bueno, no puedo decir que no a eso.

Ella bajó sobre él, besándolo antes de bajar por su cuello. —No, no puedes. Y ahora que te tengo justo donde te quiero, hay algo más que me gustaría probar.

—¿Hmm? ¿Qué es eso? —dijo, cerrando los ojos y disfrutando de su toque.

—Bueno, lo que quiero besar a continuación es en sus pantalones, así que por favor, su excelencia, recuéstese y déjeme explorar lo que ahora es mío.

Finn gimió, su polla se contrajo ante la idea de ver a Evie tomarlo en su boca. La sola idea casi podría hacerle correrse. Puso los brazos detrás de la cabeza, sonriendo. —Soy todo tuyo, duquesa.

—Sí, ciertamente lo es —estuvo de acuerdo su excelencia.

* * *

EVIE SE DESPERTÓ a la mañana siguiente, con calambres en el estómago y protestando por el nuevo día. Apartó las mantas y salió volando de la cama, corriendo hacia el orinal detrás del biombo y vomitó. Solo haciéndolo a tiempo. Su estómago se revolvió como siempre durante esta hora de la mañana y se dejó caer contra la pared, esperando que las náuseas pasaran más temprano que tarde.

Sin embargo, ella lidiaría con un efecto secundario tan desagradable de un regalo muy preciado.

—¿Evie? ¿Estás mal? —Finn rodeó la pantalla y se arrodilló ante ella, extendiendo la mano para tocar su frente—. Estás un poco caliente y húmeda. ¿Fue algo que comiste?

La ayudó a ponerse de pie y luego la abrazó y los llevó a ambos hacia la cama. Evie disfrutó de su cálida y tranquilizadora presencia antes de que él la tumbara en la ropa de cama y la arropara de nuevo. El marido perfecto, le sirvió un vaso de agua y se lo entregó. —¿Quieres que llame para pedir una tisana? ¿Un baño? ¿Qué te hará sentir mejor, querida?

Evie extendió la mano y tiró de él para que se sentara a su lado. —Nada me hará sentir mejor al menos por un tiempo. Debes prepararte para soportar tales molestias durante algunas semanas. O eso me aconsejó mi médico cuando me reuní con él la otra semana.

El duque la miró con el ceño fruncido, su rostro una máscara de confusión. —¿Qué pasa? Debe haber algo que podamos hacer. Seguro que no puedes enfermarte así todas las mañanas.

Evie se rió entre dientes, sorbiendo su agua. —La enfermedad que me detectó el médico pasará, Finn. Dice que para el cuarto mes volveré a ser yo misma. —Ella estaba siendo vaga, queriendo que él adivinara sus felices noticias, que si sus ojos muy abiertos y su boca abierta eran

algo para pasar, él había descubierto su secreto.

—¿Estas embarazada?

Ella asintió con la cabeza, con lágrimas en los ojos ante la bienvenida noticia. Un bebé. Su bebé. —Lo estoy. Sé que debería habértelo dicho antes, pero tenía miedo. Realmente fui una tonta —dijo, secándose las mejillas—. Debí haber confiado en tu amor.

—Pensaste que si me hubieras dicho que solo me habría casado contigo por obligación, por necesidad debido al ridículo testamento de mi padre. —Finn se unió a ella en la cama, acercándola a su pecho—. Me alegro que no me lo dijeras. Ahora, ni tú ni nadie más puede pensar que me casé contigo por tales razones. Me casé contigo porque te amo. —La besó profundamente, tomando su taza de agua y colocándola sobre la mesa junto a su cama—. Te adoro. No puedo decirte lo feliz que me hace esta noticia.

—¿Verdaderamente? —preguntó, abrazándolo con fuerza—. Estoy tan feliz. Estaba un poco preocupada de que pensaras que era demasiado pronto.

—No —dijo, encontrándose con su mirada, el amor que brillaba en sus orbes azules hacía que su corazón se apretara—. Un niño contigo, para formar nuestra familia, nunca sería demasiado pronto.

Evie extendió la mano y tocó su mandíbula, sintiendo la barba corta contra sus palmas. Estaba muy guapo y desaliñado después de su noche de hacer el amor y dormir. Cómo lo adoraba. —Estoy tan contento de que hayas dicho eso, mi amor por no podría estar más de acuerdo.

—Deberíamos viajar de regreso a Wiltshire. Necesitas descansar y mi ama de llaves en Stoneheim sabrá exactamente cómo hacerte sentir cómoda, para que no sufras indebidamente.

La idea de volver a casa era atractiva. El aire del campo, su mamá para ayudarla durante los próximos meses. —Me gustaría mucho eso.

—Maravilloso. —Finn saltó de la cama, corriendo para llamar a los sirvientes—. Nos iremos hoy si estás de acuerdo.

—Definitivamente estoy de acuerdo —dijo Evie, antes de que otro calambre se apoderara de su estómago y saliera corriendo de la cama por segunda vez esa mañana.

El duque se acercó a la pantalla y le frotó la espalda. —Pensándolo bien, tal vez cuando su enfermedad se calme, regresemos a casa. No hay prisa.

Evie asintió con la cabeza, lanzándose una vez más al orinal. —Creo que eso puede ser lo mejor.

EPÍLOGO

La temporada, Londres - Un año después

Evie sacudía las cunas de Marcus Finlay Stone, Marqués de Lexington y Lady Marigold Stone en su dormitorio londinense recién decorado. Ella les acababa de leer un cuento antes de dormir, y esa noche ella y Finn iban a asistir a su primer baile de la temporada desde su matrimonio. Evie se inclinó, dándole a su perro lobo, Sugar, una gran palmadita y rasguño antes de irse.

No habían regresado a la ciudad después de haber viajado de regreso a Wiltshire, prefiriendo quedarse en el campo durante la duración de su confinamiento y porque el duque había perdido el interés por la alta sociedad.

Pero el deber la llamaba y les había prometido a sus amigas que asistiría a la temporada del año próximo, aunque solo fuera para asegurarse de que su amiga Molly encontrara un marido tan maravilloso y dulce como todos ellas.

—¿Estás lista, querida? —Finn dijo, entrando en la habitación, sus ajustados pantalones negros y su abrigo extrafino con un chaleco plateado bordado lo hacían parecer más que guapo. Los nervios se agitaron en su estómago, y sintió la necesidad de pellizcarse a sí misma para saber que él era suyo, todo suyo y de nadie más.

—Solo estoy acostando a nuestros bebés. ¿No son adorables?

Finn sonrió, entró en la habitación y besó a cada uno de sus hijos por turno. La sacó de la habitación, deseándole buenas noches a la niñera y diciéndole dónde podrían encontrarlos si necesitaban regresar a casa.

—Sé que estás nerviosa por dejarlos, pero todo estará bien. Están a salvo y felices y a punto de irse a dormir. La niñera se ocupará de ellos y yo debo cuidar de ti. Te mereces un poco de diversión y volver a ver a tus amigas. Ha pasado casi un año.

—Lo sé —dijo Evie, bajando las escaleras y tomando un chal de un lacayo que esperaba. Finn la ayudó a subir al carruaje y golpeó el techo. El carruaje avanzó y Evie miró hacia la casa, rezando para que todo saliera bien.

—Eres una madre maravillosa. Estoy muy feliz de que seas mía.

El calor se extendió a través de ella, y se volvió hacia Finn, acurrucándose contra él como solían hacer cuando viajaban solos. —Y eres un buen padre. Gracias por la maravillosa y plena vida que me has brindado.

Las lágrimas se acumularon en sus ojos y olfateó, sabiendo que no toda su emoción se debía a su amor por Finn, sino también a estar lejos de sus preciosos bebés por primera vez. Respiró para calmarse, repitiendo lo que Finn le había dicho. Todo estaría bien. Los niños estarían bien cuidados.

—¿Realmente van a intentar emparejar a Molly con un caballero que ustedes, damas, crean que es adecuado? No pude evitar sentir que ella está menos que entusiasmada de ser parte de tu plan si

sus palabras de la otra tarde en el té fueran algo para tener en cuenta.

Evie miró al duque. —¿De Verdad? Pensé que parecía bastante abierta a que la ayudáramos.

Finn se burló, sonriendo. —Estáis todos ciegos si pensáis que es así. Molly parecía que podía escupir fuego, sin mencionar que he escuchado rumores.

—¿Rumores? ¿Qué tipo de rumores? —Dios mío, Evie esperaba que su amiga no tuviera nada de malo. No había hablado mucho de su viaje al extranjero, solo que fue agradable y algo que le encantaría volver a hacer.

—Rumores de que ella estaba involucrada de alguna manera con cierto duque en Italia. Es inglés, ha vivido en el extranjero durante muchos años, de hecho, tiene casas en Italia, España e Inglaterra. Un pícaro, por supuesto, nunca se ha casado y es poco probable que lo haga, pero está en Londres durante la temporada, y es todo un escándalo.

—¿Él está aquí? ¿Qué fue lo que lo trajo de regreso a Inglaterra?

Finn le sonrió y le guiñó un ojo. —¿Qué lo trajo de regreso a Inglaterra? ¿No puedes adivinar, querida?

Evie miró fijamente a su marido un momento, casi sin poder creerlo. —¿Molly?

El duque la besó sonriendo. —Sí. Molly.

OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

Liga de Caballeros Incasables

Tiénteme, su Gracia

Infierno en el Corazón

Atreverse a ser Escandalosa

Ser Atrevida Contigo

Casarse con un pícaro

Solo un conde lo logrará

Solo un duque lo logrará

Solo un vizconde lo logrará

Lords de Londres

Atormentando a un Duque

Enloqueciendo a un Marqués

ACERCA DE LA AUTORA

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se originó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.

www.tamaragill.com
tamaragillauthor@gmail.com

